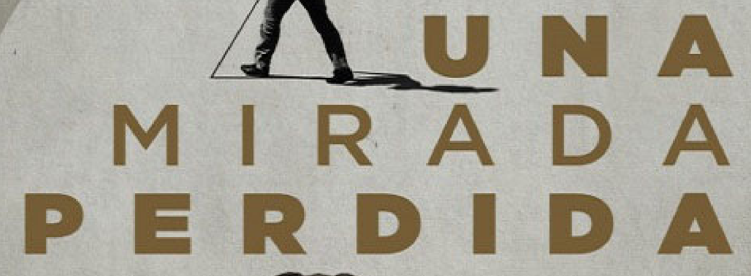




UNA MIRADA PERDIDA

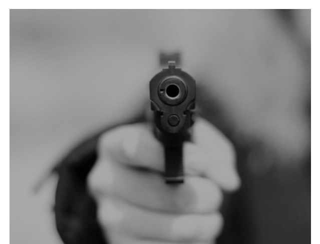
SALVA ALEMANY

La desaparición de un niño chino pone en marcha una investigación a cargo de un grupo variopinto de personajes, a cada cual más estrafalario, que se adentran en el mundo que se esconde tras la comunidad china. Casimiro, investigador en horas bajas, tiene una característica singular que lo hace único en su gremio: es invidente. Forzado a contratar a Conchita, su asistenta del hogar, como ayudante, junto a Benancio, un guardia civil orondo y bonachón y Julius Echevarría, un singular terapeuta sentimental, completan, con la señorita Pérez, el equipo investigador que tratará de desentrañar el misterio.

Salva Alemany



Una mirada perdida



Título original: *Una mirada perdida*
Salva Alemany, 2019
Diseño cubierta: Fernando García del Real
Fotografía del autor: Luis Orlando Martínez



Revisión: 1.0
Fecha: 27/02/2020

1

—¡Conchita! ¿Puedes venir un momento, por favor? ¡Necesito hablar contigo!

—¿Qué quiere? ¡Mire que tengo mucho lío! —Hay un deje de fastidio en la voz de la mujer que resuena en la habitación contigua.

Casimiro suspira con desesperanza. La cosa no va a ser fácil. De hecho, las cosas raramente resultan fáciles con Conchita.

—¡Que vengas!

Conchita aparece en el quicio de la puerta con los brazos en jarra y la mirada desafiante. Es una mujer menuda, de caderas anchas y mirada firme.

—¡Oiga, no me se ponga farruco que tengo mucho trabajo!

—Perdona, deja la faena y siéntate un momento, que tengo que decirte algo importante.

—Bueno, pero si luego no me da tiempo a terminar será culpa suya. Y que sepa que no me ha dado dinero para comprar el detergente y las bayetas que le dije. Yo así no puedo. Necesito mis *apechusques* para trabajar.

—Tú no te preocupes por eso y siéntate ahí. —Casimiro señala con el brazo hacia la ventana.

Ella hace un gesto de abatimiento y se sienta en el sillón frente a la mesa. Se coloca sobre el hombro el trapo que trae entre las manos. Cruza las piernas y los brazos.

—¿Qué pasa?

—Tengo que darte una mala noticia.

—Pues menuda novedad.

—Verás, voy a intentar ir al grano. Ya sabes que ando muy justo últimamente y, en fin, la cosa es que no puedo seguir pagándote.

Se produce un silencio incómodo durante algunos segundos.

—¿Me estás escuchando?

—Sí —dice secamente Conchita.

—Me duele mucho decirte esto, pero no puedo permitirme que

sigas viniendo a limpiar mi casa.

—¿Usted está tonto o qué le pasa?

—Conchita, no me fastidies, que ya bastante difícil es para mí decirte esto. Verás, he decidido montar un negocio y voy a tener que dedicar todo mi dinero a eso.

—¿Un negocio? ¿De qué va a montar usted un negocio, si puede saberse?

—Esa no es la cuestión. La cosa está muy difícil y no se me ocurre qué más puedo hacer.

—¿Que esa no es la cuestión? Pues ya me dirá usted *cuála* es si no. O sea que me despide y no puedo preguntar por qué.

—La razón es que apenas tengo ingresos y no puedo seguir pagándote y montar ese negocio al mismo tiempo, voy a tener que recortar algunos gastos superfluos.

—¿Super qué? ¿Se ha dado algún golpe en la cabeza últimamente?

—¡Conchita!

—A ver, no *me se* ponga nervioso y dígame qué está barruntando.

—Está bien, ya que quieres saberlo, voy a abrir una agencia de detectives.

Conchita se queda un momento en silencio. De pronto suelta una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes, si puede saberse?

—De usted.

—Conchita, no me cabrees.

—¿Está tonto o qué le pasa? No sé si se ha dado cuenta, pero usted es ciego.

—Ya sé que soy ciego. ¿Y qué?

—Pues que ¿cómo narices va a hacer de detective si no ve nada? ¿No se supone que los detectives tienen que ver cosas?

—No necesariamente. Tienen que investigar, analizar y deducir. Además, siendo ciego nadie podrá sospechar nunca que estoy investigando cosas. He leído todo lo que se puede leer sobre investigación. Llevo años dándole vueltas a la idea.

—Usted no está bien de la cabeza.

—Conchita, no me toques las narices. No te he llamado para que me des tu opinión, te he llamado porque no puedo seguir pagándote

el sueldo.

—¿Y cómo se supone que se va a apañar en la casa, si puede saberse?

—Ya pensaré algo. Además, pienso montar aquí la oficina, así me ahorro algunos gastos.

—Mire, yo no entiendo mucho de detectives, pero me parece que no es una buena idea, qué quiere que le diga.

—Tú no te preocupes por eso, además pienso contratar a un ayudante.

—¿Un ayudante?

—Sí, alguien que haga algunos recados, que pueda ver lo que yo no puedo y que me acompañe en las investigaciones. Será perfecto, alguien acompañando a un ciego tampoco es nunca sospechoso de nada.

—¿Y yo qué voy a hacer ahora?

—No lo sé, algo se te ocurrirá. Ya sé que estás sola y tienes dos hijos, pero seguro que podrás trabajar en otra casa.

—¿Otra casa? ¿Pero usted sabe cómo está el patio ahí fuera? ¿Y qué referencias va a darme un ciego? Si yo hace mucho tiempo que solo trabajo para usted.

—Conchita, la gente no tiene por qué saber que yo soy ciego, y te daré las mejores referencias del mundo. Total, yo no me entero de si limpias bien o mal.

—Pues para que lo sepa limpio que te mueres, y usted no es capaz de vivir solo, eso ya se lo digo yo.

—Ya te he dicho que no viviré solo, que tendré un ayudante.

—¿Y su ayudante va a lavarle los calzoncillos, a limpiarle el baño, a hacer la compra, a prepararle la comida?

—Conchita, hay muchos ciegos que viven solos.

—Seguramente no serán tan torpes como usted.

—No te enfades, mujer, que ya bastante mal me siento.

—¡Pues motivos tiene! No me esperaba esto de usted.

—Conchita, no me hagas chantaje emocional.

—Yo no le hago eso, para empezar porque no sé lo que significa, pero usted no puede vivir solo, eso lo tengo claro.

—Y dale.

Conchita mira al suelo con aire abatido y se queda un momento pensativa antes de volver a hablar.

—Muy bien. Vamos a ver ¿qué tiene que hacer ese ayudante que piensa contratar?

—Pues acompañarme en las investigaciones, recibir a los clientes, ordenar los expedientes, atender el teléfono cuando yo no esté, hacer recados, llevar las facturas…

—Vale. Yo sirvo para eso.

—¿Cómo?

—Pues eso, que me contrate de ayudante.

—Tú estás de broma.

—¿De broma? Para bromas estoy yo.

—Mira, no es por ofender, pero no creo que sirvas para eso.

—¿Y usted cómo coño lo sabe?

—No lo sé, pero me lo imagino. Y no seas soez.

—Eso lo será usted. Y no se imagine nada. Hágame una entrevista de trabajo de esas, venga.

—Conchita…

—¡Me lo debe! Es lo menos que puede hacer después de dejarme en la calle y con dos hijos ¿no le parece?

Casimiro suspira de nuevo como si soportase una pesada carga sobre sus hombros. Sabe que no puede negarse, pero la idea de una entrevista de trabajo con Conchita no le seduce en absoluto.

—Está bien, si es lo que quieres.

—Es lo que quiero, pero no se ponga muy borde porque no vengo preparada.

—No te preocupes. Veamos…

—¡Espere! Necesito una copa, que estoy muy nerviosa. —Conchita se acerca al aparador y extrae una botella de ginebra, vierte una generosa cantidad en un vaso y vuelve a sentarse en el sofá a la vez que da un largo trago.

—Tú no has hecho nunca una entrevista de trabajo, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Da lo mismo, no importa, pasemos por alto el detalle etílico. ¿Sabes leer?

—Le he dicho que no se ponga borde. Pues claro que sé leer, ¿qué se ha creído? Que no lea libros no significa que no sepa leer.

—¿Qué nivel de estudios tienes?

—¿Eso qué es? —Conchita da otro trago de su ginebra, nerviosa.

—Dios, que hasta qué edad fuiste al colegio.

—Hasta los quince años, y sin repetir ningún curso, para que se entere. Lo que pasa es que luego ya sabe que me quedé embarazada del pequeño y claro, con el niño.

—Vale, vale —la interrumpe Casimiro—, es suficiente. ¿Sabes lo que es un expediente?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? O lo sabes o no lo sabes.

Conchita duda un momento y cierra el puño en el regazo.

—¡Vale, no lo sé! Pero seguro que no puede ser tan difícil, joder. Se está poniendo borde…

—¿Y una factura?

—¿Una factura qué?

—Que si sabes lo que es.

—¡Pues claro! ¿Usted se piensa que soy tonta o qué? ¿Quién se cree que paga las facturas en mi casa?

—Conchita, no hablo de pagar facturas, hablo de emitir facturas.

—Ah, eso. Pues no, pero no puede ser tan difícil.

—¿Sabes lo que es una retención?

—No.

—¿Qué porcentaje de IVA se paga?

—No.

—¿Lo que es una licencia fiscal?

—No. Está usted en plan súper borde, que lo sepa.

—¿El IRPF?

—¡Sí! Eso es lo de la renta. Los impuestos y todo eso. ¡Toma!

—Conchita, esto no va a funcionar.

—Mire, usted póngame a prueba. Y si no valgo me despide y ya está. No pierde nada. Además, eso de despedirme se le da muy bien.

—Mira, Conchita…

—Además le limpio gratis el despacho.

—No, Conchita…

—Y el piso.

—Es que…

—Y le hago la compra y la comida.

—Conchita, por Dios.

—¿Qué más quiere, que me acueste con usted?

—¡No seas ordinaria!

—Si es que no puedo quedarme en la calle, de verdad.

Pruébeme, no se arrepentirá. Unos meses, y si no sirvo, de verdad que me voy, pero deme una oportunidad, es lo menos que merezco.

Casimiro se queda un momento en silencio. Se frota las sienes con las manos y finalmente las deja caer sobre sus muslos resoplando.

—Sé positivamente que me voy a arrepentir de esto, pero bueno…

—¡Lo sabía! ¡Bien! Tiene cara de amargado, pero en el fondo es buena persona, le prometo que no se arrepentirá, voy a ser la mejor ayudante del mundo, ya verá.

—Conchita, dos meses.

—¿Dos meses qué?

—Que estarás a prueba dos meses, y si no sirves…

—Prometido. Ya verá cómo le sobran uno y medio antes de contratarme *pa* siempre. ¿Cuánto me va a pagar?

—Jesús, Conchita, no pierdes el tiempo.

—¿Qué se creía? Que yo he visto muchas entrevistas de trabajo en las películas.

—¿Cuánto te pago ahora?

—¿Ahora? Una miseria. Que sepa que es usted un poquito roñoso. Siete euros la hora, y con lo que le cojo, más o menos diez.

—¿Que me coges dinero?

—¿Qué quiere? A ver si se piensa que con lo que me paga da para comprarle el pan todos los días.

—Bueno, da lo mismo, del sueldo ya hablaremos si superas la prueba. De momento te pagaré lo mismo que te pago ahora. Lo tomas o lo dejas.

—Borde.

—Conchita que no tengo un duro. De verdad que ya me gustaría poder pagarte un sueldo como Dios manda.

—Roñoso.

—¡Conchita, que soy tu jefe!

—¿Me va a hacer contrato?

—No.

—¿Me va a pagar la seguridad social?

—No.

—¿Y el bonobús? Porque encima querrá que vaya investigando a pie.

—Conchita, ¿tú conduces?
—No, pero el Charly sí.
—¿Y quién diantres es el Charly, si puede saberse?
—Mi hijo el mayor.
—Conchita, ¿cuántos años tiene tu hijo el mayor?
—Dieciséis para diecisiete.
Casimiro suspira de nuevo con un semblante de infinito abatimiento.
—En este país hace falta tener dieciocho años para poder conducir.
—A mí qué me cuenta, yo le digo que el chaval sabe conducir. No me pregunte cómo ha aprendido, pero saber conducir, sabe.
—Prefiero no preguntar cómo ha aprendido. Mira, Conchita, yo necesito que mi ayudante sepa conducir, esto no va a salir bien.
—Ay, me se ahoga usted en un vaso de agua. Si hay que aprender se aprende. Yo me saco el carné, usted no se apure. Seguro que el Charly me puede dar unas clases.
—¿Por qué diablos me tiene que pasar a mí esto? —exclama Casimiro alzando la cabeza hacia el techo.
—Pero si además usted no tiene coche.
—Pues ya compraremos uno de segunda mano. Ahora hay coches muy baratos.
—¿Me va a pagar la autoescuela?
—No.
—Mire oiga, si quiere montar un negocio tendrá que rascarse el bolsillo, que usted lo quiere todo sin pagar nada, y eso no puede ser. Si quiere me lo descuenta del sueldo.
—Conchita, pero si te pago una birria. ¿Cómo te lo voy a descontar del sueldo? De momento habrá que ir en autobús.
—Vale, usted no se preocupe, que el Charly conoce a uno que consigue permisos de conducir. Puedo preguntarle si son muy caros.
—¿Cómo que consigue permisos de conducir? ¿Quieres decir permisos falsos?
—Oiga, para ser usted detective no parece muy espabilado. Leche, pues claro que son falsos, pero se ahorra uno las prácticas y los exámenes. Y además, si nos ponen una multa, mi vecino trabaja en la Guardia Civil y me la puede quitar.
—Lo que faltaba.

—Mire, no sea agonías. Usted no se preocupe por nada. Olvídese de lo que le he dicho, hágase cuenta de que tengo carnet. ¿Qué más cosas nos hacen falta?

—Pues lo principal lo tenemos. Voy a montar aquí mi despacho. Teléfono ya tenemos. Hay que buscar un nombre para la agencia.

—¿El suyo no vale?

—Conchita, me llamo Casimiro y soy ciego, ¿no te parece bastante cachondeo?

—¡*Andá*, es verdad! —Conchita abre los ojos como platos y suelta una carcajada—. No había caído. ¡Es para descojonarse, es buenísimo!

—Conchita, ya vale.

—¿Pero cómo se le ocurrió a su madre ponerle Casimiro siendo ciego?

—Pues porque mi abuelo se llamaba Casimiro y porque cuando un niño nace, a veces no se sabe si es ciego enseguida. Cuando se dieron cuenta ya me habían bautizado e inscrito en el Registro con ese nombre.

—Pues menuda faena le hizo su querida madre.

—Eso ahora da igual. Hay que buscar un nombre. Ya pensaré algo. Lo siguiente es poner un anuncio en la prensa y buscar clientes.

—Vale, yo puedo buscarle clientes.

—¿Tú? ¿Dónde?

—Pues en el barrio. Seguro que hay señoritingas que quieren saber si su marido las engaña. No sabe usted de la de cosas que se entera una en el mercado. Y muchas son mujeres pijas de esas que tienen mucho dinero y muy mala baba. Usted no lo ve, pero aunque vive en un piso roñoso, este es un barrio muy fino, de gente de dinero, ya me entiende usted.

—Conchita, mi piso no es roñoso.

—¡Anda que no! Usted que no lo ve.

—Pues sí que estamos buenos.

—No se preocupe, que yo me traigo al Charly y a sus amigos y esto se lo pintamos y se lo dejamos como nuevo por cuatro duros.

—Conchita, que no tengo dinero.

—No sea angustias, que a los chavales ya me los toreo yo, pero por lo menos la pintura y las brochas tendrá que comprarlas.

—¿Pero tu hijo no va al colegio?

—¿Colegio? Ay qué risa, María Luisa. Ya me gustaría, pero hace un tiempo que decidió que no quería estudiar más. Se pasa el día delante del ordenador y no sé a qué se dedica, pero dinero no me pide. Yo ya no sé qué hacer con él.

—A ver si va a ser un *hacker* informático.

—¿Un qué?

—Un *hacker*. Un pirata informático. Da igual, olvídalo. Hablando de eso, ¿tú sabes informática?

—¿Informática?

—Sí, mujer, que si sabes de ordenadores.

—Pues no mucho, por no decir nada. A veces el Charly me enseña *internete*, el chico es un superdotado, se lo digo yo. Si quiere le pregunto si quiere trabajar para nosotros.

—Ni se te ocurra, Conchita, contigo ya tengo bastante. Y no te olvides de que estás a prueba.

—Qué borde es usted, de verdad.

—¿Te gustan los perros?

—Oiga, usted hace unas preguntas muy raras.

—De raras nada, necesitamos un perro.

—¿Y para qué queremos nosotros un perro?

—Conchita, porque soy ciego, y un perro guía de esos nos vendría de perlas.

—Lo que nos vendría de perlas es que no dijese usted tantas sandeces.

—¿Y por qué son sandeces, si puede saberse?

—Pues porque ya tiene usted bastante con lo suyo como para ocuparse de un perro. ¿Va usted a sacarlo a pasear?

—Se supone que va a sacarme él a mí, para eso son los perros guía. Además, igual puede defenderme en caso de necesidad.

—Oiga, lee usted demasiadas novelas en el Brille ese.

—No se llama Brille, se llama Braille y es la manera en la que los ciegos leemos, no seas inculta.

—A mí no me insulte, que desde que soy su nueva ayudante está usted muy borde.

—Déjate de tonterías, lo del perro está decidido.

—Pues sí que estamos buenos, y además seguro que esos perros cuestan una barbaridad.

—No mujer, la ONCE ayuda a conseguirlos, pero el tiempo medio de espera es de unos tres años, y como tú comprenderás no podemos esperar tanto. Por suerte, tengo un amigo que me vende uno por cuatro duros. Mañana he quedado para ir a verlo; y si me gusta me lo quedo.

—Lo de ir a verlo será un decir.

—Conchita, luego dices que si me pongo borde. ¡Si es que no paras de tocarme las narices!

—Vale, perdone. ¿Y yo por dónde empiezo con el nuevo trabajo?

—Veamos, ¿el piso está tan roñoso como dices?

—Más.

—Jolín.

—¿Cuánto hace que no pinta usted aquí?

—Leches, Conchita ¿cómo quieres que piense en pintar el piso si no veo las paredes y tú no me dices nada?

—Sí hombre, ahora la culpa será mía.

—Da igual. ¿Tú crees que con pintarlo habrá suficiente?

—Hombre, yo creo que sí, por lo menos la salita y la habitación que vaya a ser el despacho. Y unos muebles nuevos no vendrían mal.

—¿Qué les pasa a los muebles?

—Pasarles no les pasa nada, pero están un poco viejunos.

—Eso da igual, de momento no hay dinero para renovaciones de muebles. Aunque algunas sillas para la sala de espera nos harán falta.

—Hombre, tampoco creo que se nos amontonen los clientes de momento.

—En principio empezamos con la pintura y ya vamos viendo.

—¿Entonces hablo con el Charly?

—Si no hay otro remedio.

—Usted déjelo de mi cuenta, que esta tarde hablo yo con el chaval y en cuanto compre la pintura los tiene usted aquí pintando, de eso me encargo yo.

—Está bien, de momento sigue con lo tuyo que yo voy a gestionar lo del perro y lo de la pintura.

—¿Y yo cómo me visto?

—¡Y yo que sé, Conchita! Vaya pregunta. Con tal de que no recibas a los clientes en chándal.

—Mira quién habló.

—Ya vale, Conchita, tú ponte elegante y punto. Pero tampoco te pases, que no parezca que vayas de boda.

—Le preguntaré a mi vecina que sabe un rato de eso.

—Lo que quieras, pero no me marees.

—Borde.

—Mañana por la mañana estará aquí la pintura, así que cuanto antes empecemos con eso, mejor.

—Vale, yo sigo con lo mío. Que sepa que estoy muy contenta con este nuevo trabajo y que no se va a arrepentir, se lo prometo.

—Arrepentido ya estoy.

—Váyase a paseo, tío rancio.

Cuando Conchita sale de la habitación con gesto desairado, Casimiro descuelga el teléfono y pronuncia el nombre de la persona con la que quiere comunicar.

—Braulio, soy Casimiro. ¿Cómo va el asunto del perro? Estupendo, estupendo, mañana por la mañana me paso y si me convence me lo traigo. Muchas gracias, te llamaré antes de pasar.

Casimiro se levanta con aire resuelto y se dirige hacia su habitación. No ha dado dos pasos cuando algo se interpone en su camino. Da un traspiés y sale catapultado hacia delante braceando en el aire, seguro de que irá a romperse la crisma contra algún mueble. Afortunadamente, cae al suelo de rodillas sin más consecuencias que unas pulsaciones aceleradas y un acceso de mala leche. Busca a tientas detrás de sí y palpa el objeto causante de su desgracia. Un cubo de fregar y un mocho están esparcidos por la habitación. Tiene de pronto la impresión de que no han sido dejados allí al azar. Grita toda su furia en dirección a la cocina.

—¡Conchita, me cago en tu padre! ¡Un día de estos me vas a matar!

Conchita está en la cocina tapándose la boca con un trapo para ahogar un acceso de risa incontrolable.

2

Conchita baja del autobús, camina despacio hasta el portal, entra en el zaguán y mira lacónicamente el cartel del ascensor donde se lee «averiado». Ya no recuerda el ascensor sin ese cartel. Sube las escaleras resoplando hasta el cuarto piso mientras piensa en cómo reaccionará su hijo a la propuesta. Es impredecible. Lo mismo tiene un buen día y se lo pone fácil que empieza a gritar y se pone como loco. Asco de vida, piensa, mientras introduce la llave en la cerradura y entra en casa.

No parece haber nadie, pero eso no es extraño. Su hijo mayor se pasa la vida metido en su cuarto delante del ordenador y el pequeño solo está en casa lo imprescindible. Siempre en el parque con los amigos, siempre con el dichoso fútbol. Conchita ya ha tirado la toalla. No son malos chicos, pero la hacen sufrir.

—¡Charly! —grita.

Silencio.

Va a la cocina, deja algunas bolsas en la encimera, para lo cual tiene que apartar platos sucios que sus hijos no han tenido a bien meter en la pila —lo de fregarlos ya es ciencia ficción—, y de camino hacia su habitación, se para frente a la puerta del cuarto de su hijo. En un gran letrero clavado con una chincheta se puede leer: «Piérdete». Llama a la puerta con los nudillos y espera. No hay respuesta. Gira el pomo y abre lo justo para meter la cabeza por la rendija y echar un vistazo. Su hijo está de espaldas, sentado frente al ordenador con los auriculares puestos. Conchita piensa en gritar para que la oiga, pero no quiere asustarlo y que se ponga de mal genio, así que opta por encender y apagar la luz del cuarto varias veces, creando un efecto discoteca que hace que su hijo se gire. Al ver a su madre se quita los auriculares y pregunta.

—¿Qué pasa?

—Joder, Charly, podías saludar de otra manera, ¿no? —Su hijo la mira como si no entendiese el reproche.

—¿Qué quieres?

—Tengo un problema.

—A mí qué me cuentas. Déjame en paz —y se da la vuelta poniéndose de nuevo los auriculares.

Conchita se queda un momento quieta mirando a su hijo. ¿Qué ha hecho mal? No lo sabe. Ha intentado siempre ser una madre razonablemente buena, pero eso parece no ser suficiente. En fin, piensa, al menos lo he intentado. Cierra la puerta, sale al pasillo y camina despacio hacia su habitación. Se sienta en el borde de la cama con la mirada perdida. Su vida no ha sido fácil desde que se quedó embarazada con apenas quince años. Pero no derramó ni una lágrima. Su madre lo hizo por ella, hasta que se le secaron los ojos. Su padre, bueno, la llamó puta y esa fue la última vez que le dirigió la palabra. Ella nunca quiso decir quién era el padre. En parte porque no le daba la gana, y en parte porque nunca estuvo segura del todo. Eso le costó mucho sufrimiento.

En el barrio todos comenzaron a murmurar y a mirarla de un modo extraño. La gente es cruel, y Conchita aprendió esa lección muy pronto. Tampoco eso la hizo llorar. Sin embargo, algo dentro de ella cambió para siempre. Su corazón se cubrió de una costra dura como el barro seco, impermeable a la maldad de la gente y capaz de soportar todo lo que la vida tuviera a bien mandarle. Que no fue poco. Abandonó su casa una noche sin dejar una nota, sin decir nada a nadie. No lo merecían. Durmió con las monjas la primera noche, la alimentaron y la cuidaron. Y por primera vez en su vida, sintió que a alguien le importaba lo que le ocurriese. Ella no había tenido nunca un sentimiento religioso, pero aquellas mujeres le parecieron buenas personas que estuvieron a su lado cuando nadie más lo hizo. Se acostumbró a rezarle a la Virgen, y con el tiempo desarrolló una devoción por ella cercana a la que sentía por el cantante Luis Miguel.

Enseguida se puso a limpiar pisos para ganarse la vida y la de su hijo. A eso se ha dedicado toda su vida. No sabe hacer otra cosa. Las monjitas le buscaron buenas casas, entre las cuales se encontraba la de Casimiro, cuya madre fue en vida una de las benefactoras más devotas de la congregación, hasta tal punto que muy cerca estuvo de dejar sin nada a sus descendientes. Conchita sacó adelante a su hijo ella sola, sin ayuda de nadie, trabajando como una mula

durante el día y rezando cada noche.

Tuvo otras relaciones, pero ninguna le dejó buen sabor de boca. Un segundo hijo fue lo que sacó en claro. Hijos y disgustos, eso era todo lo que había obtenido de los hombres desde que era una adolescente. Ahora, ante este nuevo revés del destino, pensaba en lo ingrato que resultaba ser madre, pero ella había pasado mucho como para asustarse. Conchita es mucha Conchita, y su hijo, por muy listo que se crea, no es más que un mocoso maleducado que debería besar por donde ella pisa. ¿Quiere guerra? La va a tener.

Se quita los zapatos, se pone unas viejas zapatillas de andar por casa y sale camino de la entrada. Se para junto a la caja de registro de los fusibles, la abre y, no sin experimentar cierto regusto, baja el interruptor principal. Luego se va al salón y se sienta en el sofá a esperar. No pasan ni diez segundos cuando se escucha a su hijo maldecir a voz en grito. Aparece en el salón mirando con odio a su madre.

—¡Tú estás mal de la olla! —le grita— me acabas de joder un trabajo que estaba haciendo.

—¿Trabajo? No sabía que trabajases —dice, sin alterarse, Conchita—, tengo que hablar contigo, y no me grites, que soy tu madre. Siéntate un momento.

—¿Qué coño quieres? —pregunta su hijo sin sentarse.

—Ya te lo he dicho, tengo que hablar contigo. Siéntate y no digas palabrotas.

Su hijo se sienta con desgana en el sillón frente al sofá. Su actitud es de profundo fastidio, como si hablar con su madre fuese una tarea desagradable. Pone la pierna izquierda sobre el brazo del sillón adoptando una actitud abiertamente hostil.

—Me van a despedir del trabajo.

—De puta madre —es todo lo que Charly dice con un bufido, sin mirarla.

—No, de puta madre no, listo, porque como no consiga pronto otro trabajo, se acabó el ordenador, se acabó pagar la luz, se acabó comer de caliente todos los días y se acabó vivir en esta casa.

—¿Ya está? —pregunta Charly tras unos momentos de pausa.

—¿Cómo que ya está? ¿Pero a ti es que te da todo igual? Te estoy diciendo que podemos quedarnos en la calle ¿y solo te se ocurre preguntar si ya está?

—¿Y yo qué quieres que haga? —pregunta ofendido Charly.

—Que me ayudes.

—¿Que te ayude a qué?

—A conseguir otro trabajo.

Por un instante Charly la mira sin entender a qué se está refiriendo su madre.

—¿Y qué quieres que haga? Mira, yo paso de tus movidas.

—¿Puedo contarte un secreto? —dice, de pronto, Conchita.

Charly la mira con el ceño fruncido. Parece calibrar si su madre está perdiendo la chaveta. Por toda respuesta levanta los hombros con desgana.

—Tu madre no es lo que parece.

—Mamá, ¿de qué vas?

—Calla y escucha. Tú te crees que soy una pobre limpiadora, pero en realidad trabajo en secreto para el gobierno.

Su hijo la mira como si realmente hubiese perdido el juicio, y no sabe muy bien cómo reaccionar.

—Hace tiempo —continúa Conchita— que llevo una doble vida. En realidad soy una especie de espía.

—¿Tú has *fumao*? —dice Charly con desagrado.

—No he *fumao*, hijo, pero necesito tu ayuda.

—Tú estás hipando.

—Vale, lo que quieras. ¿Te crees que no sé a qué te dedicas? ¿Que no sé por qué no me pides dinero y estás siempre metido en tu cuarto con el ordenador?

—¿Ah, sí, lista? A ver, ¿a qué me dedico? —La reta Charly.

—Eres un *hacker* —dice aparentando seguridad.

Charly se queda callado un momento. Parece estar calibrando las palabras de su madre, no muy seguro de si está siendo objeto de una broma. Es imposible que ella sea otra cosa que lo que parece ser, una aburrida limpiadora sin otra inquietud que ver culebrones en la tele.

—Tú no sabes ni lo que es eso —contesta Charly con desdén.

—¿Ah no? Eres un pirata informático. A eso es a lo que te dedicas todo el día ahí con el ordenador.

Charly se queda mudo. No entiende muy bien lo que está pasando, ni cómo su madre puede saber a qué se dedica. Ella no sabe nada de ordenadores, ni siquiera puede navegar por Internet

sin su ayuda. Joder, si es incapaz de poner un DVD ella sola. ¿Cabe la posibilidad de que sea cierto lo que le está diciendo? ¿Puede su madre trabajar para el gobierno y ser de verdad una espía? Él nunca ha visto una espía, más allá de las que salen en las películas, y esas se parecen a su madre como un huevo a una castaña.

—Charly —dice su madre aprovechando su desconcierto—, no le puedes hablar de esto a nadie, ¿entiendes? Y yo tampoco le diré a nadie a qué te dedicas, pero necesito que me ayudes en un caso importante. Tienes que hacer lo que te diga sin hacer preguntas, ¿estamos? —Charly sigue mirando a su madre como si fuera de color verde y tuviera antenas en la cabeza—. Escucha bien, quiero que vengas con algunos de tus amigos a pintar un piso para una agencia de detectives. Es un trabajo importante, aunque no lo parezca, y si sale bien y te apetece, intentaré que trabajes para mí en la agencia.

Charly sigue con la boca abierta, preguntándose qué narices está pasando, calibrando si esto es un mal sueño o realmente su madre está ahí delante, diciéndole todo eso. Cuando habla, lo hace como si estuviera sonámbulo.

—¿A qué hora? —Es todo lo que puede articular.

—Con que estéis a las diez será suficiente. De la pintura y las brochas ya me encargo yo. Y recuerda, ni una palabra de esto a nadie. A tus amigos diles que te daré un dinerillo si hacen bien el trabajo y tienen la boca cerrada.

Charly se va a su cuarto todavía conmocionado, preguntándose qué acaba de suceder con su madre. Ella se queda en el salón con una sonrisa en la boca, pensando cómo es posible que alguien aparentemente tan listo sea tan tonto como para creerse ese cuento chino. A veces los hijos parecen muy listos y otras… no. Conchita se levanta de pronto y se pone a bailar ella sola un pasodoble imaginario en el salón, fingiendo estar cogida de la mano de alguien. Mueve sus caderas con alegría, con la mano izquierda apoyada en el estómago y la derecha levantada, mientras da vueltas sobre sí misma y se ríe de su ocurrencia.

3

Conchita llega a casa de Casimiro a las ocho en punto. Como cada día, ha pasado previamente por el horno para comprar pan y un cruasán. En lugar de la barra habitual, esta vez ha comprado cuatro, pensando en los bocadillos de su hijo y sus amigos. En cuanto entra en el recibidor se topa con unos cuantos botes grandes de pintura, una botella de aguarrás, dos cubos, varios rodillos y algunos pinceles. Piensa que Casimiro no pierde el tiempo y le alegra comprobar que la cosa va en serio. Está encantada con su nuevo empleo. Por primera vez en su vida va a tener la oportunidad de demostrar que sirve para algo más que pasar el mocho y fregar sartenes.

Escucha música procedente de la cocina e inconscientemente hace un mohín con la nariz. Ya está Casimiro con esa cosa tan rara que escucha siempre. Jazz, lo llama él. Pero ella no lo comprende. Raramente cantan, y Conchita no entiende la música si no se canta. Es imposible tararearla o seguir la melodía. Donde esté una buena copla o un buen bolero…

—¡Quíteme al tío raro ese, que no lo soporto! —Es el saludo de Conchita.

—El tío raro, como tú lo llamas, es ni más ni menos que Bill Evans, uno de los genios más grandes de la música del siglo pasado, Conchita, pero como la magnitud de tu osadía es directamente proporcional a tu carencia de conocimientos musicales, eres incapaz de apreciarlo. Hay más cosas que coplas y boleros —contesta Casimiro sin girarse.

—Y usted no es más redicho porque no se entrena, tío rancio.

—Para ser tu primer día de trabajo y estar a prueba, no estás ganando muchos puntos que digamos.

Conchita se queda unos segundos callada. Casimiro tiene razón. Ahora ya no es la asistenta, sino la ayudante de un investigador privado.

—Tiene razón. Perdone, jefe, estoy a su disposición.

—¿Jefe? ¿Ahora me llamas «jefe»?

—Pues sí, mire usted por dónde. Anoche vi una peli de detectives y el ayudante siempre llamaba jefe al protagonista. Y como ahora soy su ayudante…

—Cada día estás más loca, Conchita.

Conchita se da la vuelta sin hacer caso del comentario de Casimiro y se marcha por el pasillo canturreando alegremente *y los muchachos del barrio le llamaban loca…* Se cambia la ropa de calle con la que ha llegado y se pone un chándal viejo para la jornada de pintura que le aguarda. De regreso a la cocina se topa de nuevo con Casimiro, que está vestido y con los zapatos puestos, señal inequívoca de que piensa salir a la calle.

—¿Va a salir, jefe?

—¿Vas a llamarme jefe siempre a partir de ahora? —pregunta Casimiro con desagrado.

—Creo que sí —contesta Conchita tras meditarlo un instante—, queda más profesional y así voy practicando para cuando lleguen los primeros clientes.

—En fin —dice Casimiro con aire de resignación—. Sí, Conchita, voy a salir, ni más ni menos que a por mi nuevo cánido guía, un portento de inteligencia, olfato y sagacidad.

—¿No puede usted hablar como las personas normales, para variar?

—Que me voy a por el perro.

—¿Pero aún anda usted con eso en la cabeza? Mire que hoy tenemos mucho lío aquí y solo nos faltaba un chucho mareando por medio.

—Conchita, no llames chucho a mi perro guía, un poquito de respeto.

—Como quiera, jefe, pero las cagadas del perro las va a recoger otra.

—Conchita, no seas ordinaria. Es un perro guía adiestrado para invidentes y sabe dónde y cuándo tiene que hacer sus necesidades.

—Pues vale. No, si resultará que el perro se hace la comida solo y todo.

Casimiro pone cara de cansancio ante la tozudez de su nueva ayudante.

—Pienso, Conchita.

—¿Qué piensa?

—No pienso nada —dice Casimiro, con gesto de profundo cansancio—, digo que el perro come pienso.

—¿Pienso? Pero si eso es para las gallinas.

—Conchita, deja de marearme que tengo prisa. Tú ocúpate de la pintura, que del perro me encargo yo. Recuerda, el salón y mi despacho, de blanco. He dejado unos plásticos para que tapéis los muebles. Procura que no ensucien mucho y si necesitas algo me llamas al móvil.

—Descuide, jefe, déjemelo todo a mí, que le vamos a dejar el piso como nuevo.

—Me conformaría con que no me lo quemaseis… —masculla en voz baja Casimiro mientras se dirige hacia la entrada. Conchita, que ha oído el comentario, da media vuelta, pone los ojos en blanco, coge el palo del mocho e imita a Casimiro con el bastón, alejándose por el pasillo y farfullando a regañadientes.

Pasada media hora de la partida de Casimiro, y mientras Conchita está aún retirando muebles y tapándolos con plásticos en el salón, suena el timbre de abajo. Es Charly con sus amigos. Deja la puerta del piso abierta y, cuando los escucha entrar, grita desde donde se encuentra.

—¡Por aquí! ¡Pasar y cerrar la puerta!

Los muchachos se quedan parados en el quicio de la puerta sin decir nada. Son tres además de Charly. Conchita no los ha visto en su vida. De hecho, se da cuenta en ese instante de que no conoce a ninguno de los amigos de su hijo, es más, ni siquiera sabía que los tenía.

—¿Es que no me vas a presentar a tus amigos? —dice Conchita tratando de ser amable. Los chicos la miran como quien ve algo por primera vez en su vida.

—Estos son Vik, Igna y Rubén —dice Charly.

Conchita los mira con curiosidad. Como su hijo no dice nada más, se presenta ella también.

—Encantada. Yo soy Conchita, la madre de Charly.

Silencio.

¿Qué les pasa a los adolescentes?, piensa Conchita. Están como atontados, mirándola con ojos de pez y sin decir ni mu. Los observa

un instante.

Vik es muy delgado, con un corte de pelo a medio camino entre Tintín y los jugadores de fútbol esos modernos que se hacen una cresta más bien mustia. Tiene cara de listo, pero lleva los cordones de las zapatillas desabrochados y no parece importarle. Igna es alto como una caña de bambú, de piel morena y con el pelo ensortijado en caracolillos diminutos. Lleva unas gafas de pasta de color azul y las perneras de los pantalones son tan estrechas que a Conchita le parece imposible que no duerma con ellos puestos. Viste una sudadera negra en cuya pechera hay estampado un signo de interrogación. Rubén es menudo y viste unos vaqueros medio caídos que dejan al descubierto unos calzoncillos de color rojo. Parece un milagro que no se le caigan al suelo. Lleva el pelo cortado a cepillo y viste una camiseta roja estampada con una flecha señalando hacia arriba sobre la que pone «The Man» y otra señalando hacia abajo que dice «The Legend», pero como Conchita no sabe inglés, no entiende nada.

—¿Habéis pintado un piso alguna vez? —Los chavales se miran unos a otros sin contestar. Es evidente que no.

—Da igual, es muy fácil. Esto es un cubo, dentro hay pintura. Se mete el rodillo, se escurre en esta parrilla para que no gotee y se pasa por la pared. Así —Conchita hace una demostración para que los chavales vean cómo se hace.

—¿Creéis que podréis hacerlo?

—Mamá, no somos tontos —dice Charly. Conchita se queda mirando a sus amigos y cree más oportuno no decir lo que piensa.

—Tenéis dos cubos y dos rodillos, los otros dos cogéis las brochas y rematáis las esquinas y los rodapiés. Yo estaré por ahí con lo mío, si necesitáis ayuda, avisar. Tenemos que acabar esta mañana, así que no hay tiempo que perder. ¡Hala, todo el mundo a trabajar!

Al poco de estar trajinando por la cocina, Conchita no puede resistir la tentación de ir a echar un vistazo. Se oye una música horrible procedente del salón. Se asoma desde el pasillo y ve que la música procede de un teléfono móvil que los chavales han dejado encima de uno de los muebles. Dos de ellos pintan con los rodillos mientras los otros están sentados en el suelo con los pinceles rematando los rodapiés. Conchita se aparta para evitar que la vean,

pero se queda con la espalda pegada en la pared para poder escuchar lo que dicen.

—Yo lo flipo con que tu vieja sea una espía —dice Igna.

—Pues es verdad —replica Charly—, y este piso es una tapadera. El dueño es ciego y van a montar una agencia de detectives. Mi madre me ha dicho que si lo hacemos bien igual podemos colaborar con ellos.

—Hostias, molaría mazo ser un espía —dice Rubén.

—Ya te digo.

—Joder, ¿y para qué coño quiere un ciego pintar si no ve nada? Pregunta Vik.

—Si yo fuera tu madre —dice Rubén mirando a Charly—, le diría al ciego que ya he pintado. Total, no se va a enterar.

—¿Y el olor de la pintura qué, listo? Mira que eres *pringao*. Dicen que los ciegos huelen y escuchan el doble que los que ven.

—Pues como el ciego huela un cuesco del Rubén, se desmaya fijo.

—Imagínate, un *megacuesco* amplificado con *surround* y superpeste.

Los cuatro chavales se descojonan de la risa con la ocurrencia de Igna. Conchita también se ríe tapándose la boca con la mano. Le gusta escuchar a Charly bromeando con sus amigos, había llegado a pensar que su hijo había perdido el sentido del humor por completo. En su casa siempre está serio y enfadado. Había oído decir que los adolescentes pasan una fase en la que parecen estar cabreados con el mundo y a Conchita le alegra comprobar que eso no es del todo así. Se queda un rato más atenta a lo que dicen, pero la conversación se convierte en un galimatías indescifrable. Escucha palabras que no ha oído en su vida, tales como, *tuit, trendintopic, instagram, fifa, o residentevil*, y al cabo de un momento pierde el interés y se va a seguir con lo suyo. El trabajo avanza a buen ritmo y confía en que esté acabado antes del mediodía y le dé tiempo a limpiar y volver a poner los muebles en su sitio.

A eso de las doce, prepara unos bocadillos para los chavales y comprueba que han avanzado bastante con la tarea. Es asombroso lo que puede cambiar un sitio con solo pintarlo, las paredes amarillentas han dejado paso a una estancia luminosa y reluciente en la que todo parece más alegre y limpio. Sobre la una y media, el

trabajo de pintura casi está listo, tan solo queda despegar la cinta de carrocero que tapa marcos e interruptores de la luz, recoger los rodillos y brochas, fregar algunas gotas que han caído en el suelo, volver a colocar los muebles en su sitio y esperar a que la pintura seque un poco para colgar de nuevo los cuadros en las paredes. Atareados en eso están, cuando de pronto se abre la puerta de la calle y a continuación se escucha un aullido agudo, lastimero, de una profundidad y una tristeza que hace que todos se queden petrificados. Los chavales miran a Conchita en busca de alguna explicación, pero ella está tan sobrecogida que solo puede abrir los ojos de par en par en un gesto de terror. Entonces se escucha la voz de Casimiro.

—Vamos, vamos, señorita Pérez, no llore. Adelante, este es su nuevo hogar.

En el salón todos se miran unos a otros sin entender nada, y Conchita menos que nadie.

4

Conchita y los chavales se quedan paralizados en mitad del salón, se miran unos a otros, esperando. Casimiro aparece entonces bajo el quicio de la puerta. Tras sus piernas se esconde un perro famélico al que se le marcan todas las costillas en el lomo, un podenco desgreñado que asoma el hocico con timidez. Tiene una oreja tiesa y la otra vencida, su lengua cuelga a un lado de la mandíbula y tirita de miedo. En los ojos del pobre animal se adivina una profunda tristeza, la viva imagen de la lástima. Su pelaje tiñoso, mezcla de colores marrones y negros, se encuentra en la antesala de la sarna.

—Conchita, te presento a la señorita Pérez —anuncia Casimiro, orgulloso, mientras tira de la correa para que el pobre animal se sitúe frente a él.

—¿Pero eso qué es? —pregunta Conchita con asombro.

—Conchita, un poco de respeto. Eso, como tú lo llamas, es mi nueva perrita guía. Un portento de inteligencia y sagacidad. Una ayuda inestimable para esta nueva etapa que comienza.

—Ay, Casimiro, que le han *timao*.

—¿Timado, dices? Pero qué sabrás tú de perros guía, especialmente entrenados para asistir a los invidentes.

—¿Eso? ¿Pero usted ha visto a esta pobre criatura?

—Conchita, es evidente que verlo no lo he visto, pero me han asegurado que es de lo mejor en su campo. Quizás esté un poco asustada, todavía debe acostumbrarse a su nuevo ducho y a su nuevo hogar.

—Se ha *meao*.

Casimiro se sorprende al escuchar una voz que no reconoce.

—¿Quién está ahí? —pregunta.

—Es mi hijo Charly. Y sus amigos. Acaban de dejarle el salón como los chorros del oro. Da gloria verlo. Y el bicho ese acaba de mearse en sus zapatos.

Los chicos se miran entre ellos y a duras penas pueden contener las risas al contemplar a la criatura desvalida.

—Pobre animal —dice Casimiro—, debe estar nervioso con el traslado. Será mejor que baje a darle un paseo para que alivie su vejiga y haga una primera inspección de su nuevo barrio. Debe familiarizarse con todas las barreras arquitectónicas que nuestra difunta alcaldesa nos dejó como legado y que torturan a pobres invidentes como un servidor. Dios la tenga en su gloria.

—Espere —ordena Conchita—, no se mueva que me va a escampar los meados por todo el salón.

Conchita coge el mocho del cubo y seca los zapatos de Casimiro, absorbe los orines de la perra y los escurre. El animal, ante la sola visión del mocho, se agacha y tirita como si estuviera a los pies del cadalso.

—Pues sí que empieza bien el bicho este… ¡Muy mal, en casa no se mea! —grita Conchita dirigiéndose a la perra con un dedo en alto.

—¡Conchita! —exclama Casimiro mientras se dirige ya hacia la puerta—. Haz el favor de no gritarle a la pobrecilla. Venga, señorita Pérez, no haga caso de Conchita, es mi nueva ayudante, ya se acostumbrará.

—¡El encantador de perros ese de la tele dice que hay que reñirles!

—¡Bah! Paparruchas. ¡Qué sabrá de perros guía ese embaucador! Nos vamos de paseo.

Casimiro, orgulloso de pasear a su nueva compañera, se lanza con paso firme hacia la Gran Vía. Con su bastón tantea las baldosas del pavimento mientras con la mano izquierda sujeta la correa de la señorita Pérez, que no es más que un trozo de cuerda roñosa. Al llegar al semáforo, el animal se detiene a husmear el poste de una papelera para deleite de su nuevo dueño, que interpreta el gesto del animal como una señal de que el semáforo está en rojo.

—¡Muy bien, señorita Pérez! Para que luego diga Conchita que es usted un timo. Si es usted más lista que Rintintín y Lassie juntos.

El semáforo de peatones cambia a rojo y la perra avanza ajena a la señal. Casimiro la sigue seguro de sus pasos cuando una motocicleta pasa a escasos centímetros haciendo sonar el claxon y cagándose en la madre que parió al ciego y a su perra. Casimiro se

sobresalta y la perra sale disparada arrastrando a Casimiro a la mediana.

—¡Maldito lunático, hijo de cien mil perras sifilíticas! ¿Esos son los modales que os enseñan ahora en la escuela? ¡Asesino! Menos mal que llevo a la perra. Si no es por usted, señorita Pérez, ese malnacido se nos refila a los dos.

Casimiro cruza la mediana y se detiene en un nuevo semáforo a instancias de la perra, que se ha detenido a satisfacer la urgencia de su intestino. Tras alfombrar la acera con sus heces, ambos esperan pacientes el cambio de luces. En ese preciso instante, frente a ellos, un gato callejero cruza entre dos vehículos aparcados, momento en el que la perra lo detecta y sale de estampida haciendo valer sus instintos de cazadora. Casimiro, sorprendido por el repentino tirón, suelta la cuerda y tan solo tiene tiempo de emitir una maldición. Se escucha un frenazo agudo seguido de un golpe y al instante gritos angustiosos de otros viandantes. «Dios mío», «la ha matado seguro» «llamen a la policía», «una ambulancia, rápido»…

Casimiro se queda petrificado por el horror, avanza palpando al frente con su bastón hasta que nota un bulto inerte tendido en el asfalto. Tira el bastón al suelo y se agacha para palpar un cuerpo cubierto de pelo. La gente se arremolina alrededor mui murando su angustia. Casimiro está agachado acariciando el pelo suave del abrigo de visón de una señora que acaba de ser atropellada. Se arrodilla, convencido de que es su perra la que yace junto a él y pide socorro.

—¡Señorita Pérez! ¡Dios mío, no! ¡Por favor, que alguien llame a una ambulancia!

A lo lejos suena una sirena que poco a poco se acerca para finalmente detenerse con un frenazo junto al cuerpo. Del coche de la Policía Local bajan dos agentes uniformados que corren en auxilio de la señora atropellada sobre la que Casimiro derrama lágrimas de congoja.

—¡Circulen! ¡Aquí no hay nada que ver! —grita uno de ellos—. ¡Paco, llama a una ambulancia, rápido! ¡Tranquilo, señor, la ambulancia ya está en camino! —dice dirigiéndose a Casimiro.

—¡Ay, agente, qué disgusto más grande! ¡Por favor, tiene que ayudarla, por lo que más quiera! ¡Tranquila, señorita Pérez, ya está aquí la ley!

La señorita Pérez, ajena a todo el ajetreo y visto que el gato se ha escabullido tras una tapia, espera tranquilamente sentada sobre la acera mientras observa con curiosidad a la muchedumbre que se congrega frente a Casimiro.

Mientras un agente desvía el tráfico a golpe de silbato, el otro intenta tranquilizar a Casimiro.

—Disculpe caballero, ¿es familia suya?

—¿La señorita Pérez? Bueno, sí, es como de la familia —contesta Casimiro que aún acaricia el pelo del abrigo de la señora.

—Bien, tranquilícese, está inconsciente pero todavía respira. Puede que tenga algún hueso roto, pero no parece que haya lesiones graves. Parece conmocionada. Es mejor no tocarla ni moverla hasta que llegue la ambulancia. No comprendo por qué ha cruzado el semáforo en rojo, la verdad.

—¡Maldita perra! —exclama Casimiro, ofuscado.

—Oiga, caballero, un poquito de respeto, haga el favor.

—Disculpe, agente, es que esta perra es nueva en el barrio y todavía no conoce las calles, igual por eso ha cruzado en rojo.

—Caballero, le repito que guarde un poco de respeto por la víctima, o me veré obligado a detenerlo.

—¿Detenerme? ¿A mí? ¡Lo que me faltaba por escuchar! ¡No diga sandeces, agente, y haga el favor de centrarse en su trabajo, que para eso le pagan!

—Usted lo ha querido. Documentación, si me hace el favor.

—¡El favor me lo va a hacer usted a mí, pero el de irse a la santísima mierda ahora mismo, subnormal!

El agente, en un rápido movimiento, coge a Casimiro de la muñeca y le retuerce el brazo hasta inmovilizarlo contra el suelo. Los gritos de dolor de Casimiro atraen la atención de la gente que, como suele suceder, siempre se pone del lado del oprimido, y más si lo es a manos de los agentes de la ley. El personal empieza a imprecar al agente que sujeta a Casimiro por el brazo.

—¡Eh, déjelo en paz! ¡Asesinos! ¡Policía, torturadores! ¡Violencia policial! ¡Menos multas y más trabajar! ¡No hay pan para tanto chorizo!

Casimiro, con la cara pegada contra el suelo, sigue gritando y trata de zafarse sin conseguirlo. El otro agente, alertado por los gritos del respetable, se acerca a su compañero.

—Toño, coño, pero ¿qué haces? ¿No ves que está ciego?

—¡Pues claro que va ciego, o borracho, o las dos cosas! ¡No para de llamar perra a la señora!

—¡Que no, joder, que es ciego! ¿No ves el bastón?

—¡Suélteme, desgraciado! —chilla Casimiro.

El agente, ante la advertencia de su compañero y los gritos de la congregación, suelta el brazo de Casimiro, que palpa a tientas su bastón del suelo y cuando lo recoge lo levanta en el aire con intención de asestar un golpe a su atacante. En ese mismo instante, Conchita, que ha escuchado todo el alboroto desde el piso y ha bajado a husmear como buena ayudante de detective a prueba, lo sujeta por la muñeca.

—¡Casimiro! ¿Pero qué hace, hombre de Dios?

—¡Ay, Conchita, que me está atacando la policía *tardofranquista* y represora! ¡Han atropellado a la señorita Pérez, y este mameluco me quiere detener!

A Conchita, que aplica sus sagaces dotes deductivas, le basta un instante para, observando a la señora del abrigo tirada en el suelo y a la perra tranquilamente sentada en la acera, hacerse una composición de lo sucedido.

—¡Ay, Casimiro, que no es a la señorita Pérez a quien han atropellado, sino a una señora con abrigo de visón!

Casimiro, que tarda unos momentos en procesar la información, vuelve a palpar el cuerpo tendido y desliza su mano a lo largo del mismo hasta que toca una pierna.

—¡*Ostitú*! ¿Quién es esta? —exclama mientras aparta rápidamente la mano.

—Ya se lo he dicho, una señora a la que han atropellado.

—¿Y la señorita Pérez?

—Ahí delante, tranquilamente sentada contemplando el espectáculo.

—¿La perra se llama señorita Pérez? —pregunta el agente represor con asombro.

—Mejor no pregunte —responde Conchita—, mejor no pregunte.

—¡Sí, se llama señorita Pérez! ¿O es que también hay una ley que me prohíba llamar a mi perra guía como me salga de las meninges?

—¡Casimiro, déjelo ya, por favor!

¡Tráigame a la perra, sin ella no soy nadie!

—Mire que es usted *exagerao*.

Conchita se acerca a la acera y coge la cuerda de la señorita Pérez, la lleva junto a Casimiro, que se ha puesto en pie, y sujetándolo del brazo lo aleja de allí a paso vivo.

—Señorita Pérez… manda cojones —comenta el agente a su compañero en voz baja y con cara de fastidio.

—¡Le estoy escuchando, tuercebotas! —replica Casimiro, que intenta zafarse de Conchita—. ¡Se acaba de ganar una querella por lo criminal!

—¡Casimiro! ¡Ya está bien! ¡Tire pa casa, que menudos disgustos me da! Si no es por mí, acaba usted en comisaría. A quién se le ocurre. No tiene idea buena. Virgen del amor hermoso, qué espectáculo. Ya le dije que esto del perro no era una buena idea.

—Usted a lo suyo, que menudo día llevo.

5

Julius es un mediador del amor, o como a él le gusta decir, un agrimensor de los sentimientos. Su trabajo consiste en escuchar a parejas en crisis y darles consejos que por supuesto él es incapaz de seguir. Su aspecto, sin embargo, no inspira mucha confianza. Esconde su calvicie bajo un peluquín blanco que no oculta unos mechones morenos por encima de las orejas. Su nariz afilada sujeta unas gafas redondas diminutas tras las que escudriñan unos ojos profundamente miopes. Julius es delgado como un yogui y desproporcionadamente alto para el tamaño de su cabeza. Viste siempre de blanco hasta los pies y lleva una bata que considera le confiere autoridad frente a sus pacientes. Se mueve nervioso, como si recibiera descargas eléctricas.

Todo en su consulta es también blanco, desde las lámparas hasta las alfombras, las sillas, la mesa, las cortinas, la libreta en la que toma notas, los lápices, los vasos, la pantalla del ordenador e incluso la leche que bebe en lugar de agua. Le gusta decir que son sus pacientes quienes ponen una nota de color en su vida. Está echando una cabezadita recostado en su diván cuando suena el timbre de la puerta. Da un brinco y se pone en pie de un salto adoptando la pose defensiva de un karateca. Se gira en esta postura a derecha e izquierda hasta que comprueba que está a salvo, entonces junta las palmas de sus manos frente a su pecho y hace una reverencia a un oponente imaginario. El timbre vuelve a sonar. Mira su reloj de pulsera, también blanco, y comprueba que faltan aún veintidós segundos para las siete, hora en la que siempre cita a sus pacientes. Se dirige hacia la entrada sin dejar de mirar su reloj, se detiene, sujeta el pomo con la mano derecha mientras observa el segundero en su muñeca izquierda. Cuatro, tres, dos, uno… y entonces abre la puerta. Una pareja de hombres jóvenes está plantada en el rellano. Ambos visten camisa blanca, corbata negra y llevan lo que parece ser una Biblia en la mano. Son de la misma

estatura, los dos son delgados y Julius piensa que, si no fuera porque no se parecen en nada más, bien podrían pasar perfectamente por gemelos.

—Doctor Julius Echevarría, médico del amor total, a vuestra entera disposición. Pasad a mi humilde consulta, por favor.

Uno de los jóvenes mira al otro con desconcierto. No saben muy bien qué hacer, Julius sigue sujetando la puerta y esperando a que pasen. Cuando entran, cierra y los invita a sentarse con una indicación de su larguísimo brazo.

—Sentaos, por favor, no os quedéis ahí de pie. Ignoro por qué pero la gente suele quedarse en blanco al entrar en mi consulta —ante su propia broma, Julius profiere entonces una risita que más bien parece un acceso de tos; sin embargo la pareja no parece captar su sentido del humor.

Ambos se sientan sin dejar de mirar a su alrededor, comprobando así que todo allí es blanco, inmaculadamente blanco. Julius, dándose cuenta, habla con orgullo mientras se sienta en su silla al otro lado de la mesa.

—Bonito ¿no? El color blanco simboliza la pureza del amor, no importa de qué signo o creencia, tanto terrenal como divino, tanto heterosexual como homosexual —los dos jóvenes se miran sin comprender muy bien.

En un gesto rápido y atolondrado Julius abre uno de los cajones de su mesa, saca un marco de fotos blanco y se queda un instante mirándolo. Luego lo deja sobre la mesa y le da la vuelta para que la pareja pueda ver de quién se trata. Es una imagen del expresidente Zapatero. Ambos se miran sin comprender.

—Ahhh —exclama Julius—, qué gran hombre, José Luis. He pensado que os sentiréis más cómodos si él os observa, a fin de cuentas ha hecho tanto por vosotros…

—Perdone, señor, pero creo que no nos estamos entendiendo —dice uno de los jóvenes con un claro acento extranjero.

—Por supuesto, mi querido amigo, por supuesto, por eso venís todos a mi consulta. Pero tranquilos, estáis en buenas manos, el doctor Julius está aquí. Por algo me llaman el «loctite» del amor. Pero empecemos —Julius saca una libreta de tapas blancas de un cajón y prosigue—, ¿cómo os llamáis?

—Disculpe, pero es que creo que aquí hay un gran malentendido

—repite el mismo joven.

—Sí, sí, sí —dice Julius haciendo un gesto con las palmas de las manos hacia delante, como si quisiera frenar el avance de los jóvenes—, pero cada cosa a su tiempo, ya llegaremos a los malos entendidos. Sin duda tú debes ser el agente activo de la pareja, si no te molesta que lo diga de ese modo.

Los dos jóvenes se miran sin comprender. Se revuelven incómodos en sus sillas sin saber muy bien qué decir.

—Veamos, —prosigue Julius—, ¿cuál es la naturaleza de vuestro problema? ¿Incompatibilidad de caracteres? ¿Celos? ¿Vergüenza torera? ¿Convivencia tortuosa? ¿Enfermedades venéreas excesivamente habituales? Sea lo que sea, sabed que estáis en las mejores manos. Años de profesión avalan mi método infalible, que he bautizado con el ocurrente nombre de «Manzanas traigo», que consiste en ser capaz de que a uno todo le importe, como vulgarmente se dice, una higa. Y esto, que aparentemente es sencillo, no resulta en la práctica una tarea fácil en este mundo de envidiosos, lameculos, chupatintas, cainitas e incompetentes en el que vivimos. Pero no os quedéis callados, mis delicados amigos, la comunicación es esencial para un resultado óptimo de la terapia de pareja.

—Verá señor, creo que nos hemos equivocado de puerta —dice al fin uno de ellos al ponerse en pie mientras tira de la manga de su acompañante.

Julius los observa en silencio durante unos instantes antes de ponerse también en pie.

—Pues es una verdadera lástima, la verdad. Estoy seguro de que os habría sido de gran ayuda la terapia, pero no puedo ayudar a quien no quiere ser ayudado, eso es un hecho. Lamento mucho que no seáis capaces de derribar los muros de vuestra propia indecisión. En fin. Os acompaño a la salida, con gran dolor de mi corazón y enorme desazón de mi alma.

Ya en la puerta Julius observa cómo los dos jóvenes bajan apresuradamente las escaleras mirando de reojo, momento en el que suben Conchita y Casimiro acompañados de la señorita Pérez.

—¡Hola, mis queridos vecinos! Veo que han aumentado la familia con un bello ejemplar del género perruno.

—¡Ay, Julius, no me hable —se lamenta Conchita—, que

menuda mañana llevo! Esta es la señorita Pérez, y mejor no pregunte.

En ese momento, Casimiro, aún alterado por su altercado con la policía, siente un vahído y tiene que apoyarse en el brazo de Conchita para no desvanecerse. Julius lo sujeta por un brazo y lo sostiene para que no caiga.

—¡Casimiro! —exclama Julius—. Hace usted muy mala cara, será mejor que pase y se siente un instante.

Entre Conchita y Julius introducen a Casimiro en la consulta y lo tienden en el diván mientras la perra husmea la estancia con desgana.

—Arremánguelo, Conchita. Voy a buscar mi instrumental y le tomo la tensión —ordena Julius mientras Casimiro yace desplomado con la cara pálida, a juego con la consulta.

Julius regresa con un estuche blanco del que extrae un tensiómetro del mismo color inmaculado. Coloca el brazalete hinchable en el bíceps de Casimiro, lo infla e indica a Conchita con un gesto que guarde silencio. La señorita Pérez se ha ovillado en un rincón y ha cerrado los ojos con un resoplido. Julius se introduce las olivas del estetoscopio en los oídos y mide la presión arterial de Casimiro con gesto profesional.

—¡Válgame el cielo! —exclama—. No se oye nada. Tiene la tensión por los suelos. Será mejor que le ponga los pies en alto.

—¡Ay, Julius, que me está usted asustando! —dice Conchita.

—¿Ha tenido algún disgusto hoy? —pregunta Julius a Conchita mientras eleva los pies de Casimiro con un almohadón (adivinen el color).

—¿Algún disgusto, dice? No ha parado de tener disgustos. Casi se lo lleva la policía detenido hace un momento. Pensó que habían atropellado a la perra y era una señora con abrigo de visón. Este hombre me va a matar a disgustos.

Al cabo de un instante Casimiro parece volver en sí y mira a su alrededor desorientado.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Tranquilo, Casimiro —dice Conchita al levantarse y cogerle la mano—, estamos en casa de Julius, el vecino de abajo. Se ha desmayado usted cuando subíamos las escaleras. Tiene la tensión muy baja. Es mejor que descanse un poco.

—Enseguida se encontrará mejor. Espere un momento y le traigo una Coca-Cola. Mano de santo para la tensión, azúcar, cafeína y frescor. Con un poquito de Ron es néctar de los dioses, pero usted el alcohol ahora ni probarlo. Se siente, mi querido e invidente amigo.

Julius desaparece de la habitación y vuelve al cabo de unos segundos con una lata que le tiende a Conchita.

—Désela a sorbitos. Toda. Se repondrá en un momento.

Casimiro se incorpora mientras Conchita le da de beber de la lata. La señorita Pérez sigue durmiendo en un rincón, ajena al trajín de su atribulado amo. El rostro de Casimiro ha recuperado algo de color tras ingerir el refresco y se incorpora poco a poco en el diván. Conchita se sienta nuevamente frotándose la cara con las manos en un gesto de profundo abatimiento.

—Bien, querida Conchita, dígame qué está ocurriendo aquí.

—Ay, Julius, que no ganamos para disgustos. Resulta que aquí al señor no se le ha ocurrido otra cosa que despedirme porque ha montado una agencia de detectives. Figúrese. Y ahora me tiene a prueba como ayudante. Que yo muy contenta, oiga, que a una le gusta un trabajo con tanto misterio. Pero no ha tenido otra ocurrencia que comprarse un perro guía de esos, y menudo timo le han pegado con la pobre criatura esta, que ni es guía ni es *ná*, el bicho.

—Conchita, no empiece, que no tengo el cuerpo para jotas —se queja amargamente Casimiro.

—Usted recuéstese y descanse, mi querido vecino y sin embargo amigo. Deje que su ayudante se desahogue. Prosiga, Conchita.

—Pues eso, que nada más empezar y casi acabamos en comisaría. Un desatino.

—Bueno, bueno. Escuchen los dos, nadie dijo que los comienzos en la vida fuesen sencillos. Admito que la idea de un detective que ve menos que una lombriz es, cuando menos, original, pero oigan, como tapadera no tiene resquicios, de eso no cabe duda. La perra no parece muy lista, eso también es cierto, pero no lo es menos que con paciencia y mano izquierda se le puede enseñar el oficio. Y estoy seguro de que usted, Conchita, mujer multidisciplinar y renacentista será capaz de dirigir esta nave hacia el éxito empresarial más pronto que tarde. ¿Y ya tienen algún caso interesante entre manos?

—Uy, qué va. Si aún estamos adecentando el despacho, como para tener ya clientes. Si se entera usted de algo nos hará un favor enorme.

—Descuide, Conchita, desplegaré mi red de contactos y les remitiré a cualquiera que pueda necesitar los servicios de un buen detective. Estoy encantado de contar en el edificio con una agencia de investigación, eso sin duda le otorga misterio y *glamur* al inmueble, cosa que me viene muy bien, todo hay que decirlo.

6

Conchita mira con orgullo el salón recién pintado. Casimiro descansa en su habitación tras el incidente con la perra, a la que se niega a llamar señorita Pérez, faltaría más. El chucho la mira con ojos lastimeros desde un rincón en el que ella le ha colocado una manta vieja. Pese al fastidio que supone su presencia no puede evitar sentir pena por ese animal. Sabe Dios qué vida habrá llevado la pobre.

—Si al final te cogeré cariño y todo, cachis la mar. Venga, acompáñame que tengo que ir al chino a comprar unas bayetas, que capaz eres de mearte otra vez.

La perra, como si hubiera entendido las palabras de Conchita, se pone de pie y se acerca a ella meneando el maltrecho rabo.

—¡Sopla! Si vas a ser más lista de lo que pareces. Anda, vamos. Que te voy a comprar un collar y una correa como Dios manda, que ya le vale al Casimiro este, llevarte con una cuerda como si fueras un gorrino.

Ante la puerta Conchita se detiene y da una voz que hace retumbar las paredes.

—¡Casimiro! ¡Me bajo al chino con la perra a comprarle unos apechusques!

Sin esperar respuesta cierra la puerta y baja a la calle con la señorita Pérez. Nada más pisar la acera el animal alivia su vejiga y Conchita sonríe. Es una sensación agradable pasear con la perra de su lado, la hace sentir un poco especial.

Ante la puerta del chino, del que Conchita es sin ningún género de duda su mejor cliente, la perra se detiene temerosa, como si presintiese algún peligro.

—No tengas miedo, tonta. Los chinos son buenos. Ven, que te presento a Li, verás qué encanto de mujer.

La tienda está vacía a esas horas. No parece haber nadie. Conchita se asoma por los pasillos extrañada. Li siempre suele estar

en el mostrador. Da una voz sin obtener respuesta. Se acerca a la trastienda y escucha un gemido que más parece un llanto. La puerta está entornada.

—¿Li? ¿Estás ahí? —pregunta Conchita.

Conchita empuja la puerta y ve a Li arrodillada en el suelo. Sostiene una pequeña caja entre las manos y sus hombros tiemblan por el llanto.

—¡Pero chiquilla! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Li se sobresalta y en un primer momento intenta esconder la caja. Levanta la mirada y en sus ojos enrojecidos Conchita ve la congoja.

—¿Qué tienes, Li? ¿Qué te pasa?

Li niega con la cabeza. Parece asustada, le tiemblan las manos.

—Déjame ver, mujer —Conchita coge la caja y no puede creer lo que contiene.

Es del tamaño de una cajetilla de tabaco, de un cartón basto, y dentro hay un dedo meñique. Pequeño. Demasiado pequeño para ser de un adulto.

—Li, ¿qué es esto?

—Es dedo, Conchita.

—Ya veo que es un dedo, pero ¿de quién? ¿Qué significa esto?

Li baja la mirada. Conchita la ayuda a levantarse y la sienta en una silla. Aparta algunos trastos y se sienta en un taburete frente a ella.

—Li, tienes que decirme qué está pasando.

—Es dedo de mi niña —dice entre sollozos—. Es aviso para pagar.

—¿Aviso? ¡Pero qué estás diciendo mujer! ¿Cómo va a ser eso? Además, tú solo tienes un hijo.

—No, Conchita. Yo hijo aquí, pero otra niña en China. Yo no poder mantener ella aquí y dejar allí con los hombres que me pagaron viaje. Así es como yo venir. Es como podemos venir los chinos.

—Pero ¿qué me estás contando? ¡Tienes que acudir a la policía! ¡Inmediatamente!

—¡No! No policía, por favor. No. Ellos harán daño a mi niña.

Li niega repetidamente con la cabeza y vuelve a sollozar.

—Li, eso no puede ser. Cierra ahora mismo la tienda y te

acompaño a tu casa y pensamos qué hacer.

—Yo no casa. Esto casa —dice bajando la mirada.

Conchita se gira y lo que ve a su alrededor la paraliza. La trastienda es una especie de zulo con un colchón en el suelo. En un rincón hay una palangana con agua que debe servir para lavarse. Sobre un mueble viejo descansa un infiernillo junto al que se apilan algunos cazos y sartenes. No puede creer que Li viva en ese agujero. No tiene ventana, ninguna luz llega hasta allí del exterior.

—Pero… entonces, ¿esta tienda no es tuya?

—No, tienda de ellos. Yo no tengo nada. Solo trabajo. Para pagar deuda.

—¿Y tu marido?

—Él dejar a mí cuando nacer niña. En China niñas no sirven para nada. Por eso venir. Primero en Italia y luego aquí.

En ese momento se escucha la voz de un niño desde la entrada. Grita algo en chino que Conchita no entiende, pero reconoce la voz. Es Xin, el hijo de Li. Tiene ocho años y domina perfectamente el español. Al escucharlo Li coge las manos de Conchita y le suplica.

—¡Por favor, no decir nada a Xin, por favor! ¡Tú sal, yo ir enseguida!

Conchita sale de ese cuarto macabro y cierra la puerta a su espalda. Xin es un niño gordito y alegre. Llega montado en un patinete algo destartalado con una mochila a la espalda. Se queda mirando a la señorita Pérez con una sonrisa.

—Hola, Xin —saluda Conchita.

—Hola, Conchita. ¿Es tuyo el perro?

A Conchita siempre le ha hecho gracia escuchar a un niño chino hablar perfectamente el español. Es algo que no le entra en la cabeza.

—Sí, es una perra. A que no adivinas cómo se llama.

Xin niega con la cabeza mientras acaricia a la perra, le rasca las orejas y el animal lame la mano del pequeño que sonríe encantado.

—Se llama señorita Pérez.

—¿Señorita Pérez? Pero si eso es nombre de persona, es un nombre tonto.

—Tan tonto como su dueño, Xin, pero así se llama. Parece que le gustas.

Xin sonríe encantado y se arrodilla junto a la perra que no deja

de lamerle. Amor a primera vista.

—¿Dónde está mamá?

—Mamá está dentro, saldrá en un momento. ¿Qué tal te va en el colé, Xin?

—Bien. He sacado un sobresaliente en matemáticas.

—¡Oye, eso está muy bien! —exclama Conchita, cuyas matemáticas terminan en sumas y restas básicas.

Li sale de la trastienda. Parece recompuesta pese a que sus ojos denotan que ha estado llorando. Se arrodilla junto a su hijo y lo abraza. Conchita siente una punzada de pena y envidia. Ya no recuerda la última vez que sus hijos dejaron que los abrazara de ese modo. Li ordena a Xin que meriende y se ponga a hacer los deberes. El niño pregunta a su madre si puede jugar un rato con la señorita Pérez antes de ponerse con sus tareas. Li interroga a Conchita con la mirada y esta asiente. Cómo podrían negarse ninguna de las dos. Xin sale al parque frente a la tienda con la perra cogida de la cuerda. Camina con el orgullo que solo sienten los niños al pasear un perro por primera vez.

Cuando se quedan solas Conchita duda si volver sobre el tema. Y entonces recuerda que ahora es ayudante de un investigador, que está a prueba y debe demostrar que vale para esto. Tras comprar unas bayetas, un collar y una correa para la perra, tiende a Li un papel con su número de teléfono.

—Li, llámame mañana a este número. Puedo ayudarte. No policía.

7

—Pero vamos a ver, Conchita, ¿es que has perdido el juicio?

Casimiro ha atendido con paciencia mientras escuchaba el relato de Conchita. Está sentado a la mesa de su nuevo despacho. Conchita le ha contado lo sucedido en la tienda con Li. Ya han pasado varios días, pero está convencida de que Li llamará.

—¿No es esto una agencia de investigación? ¿No dice usted que quiere ser detective? ¡Pues aquí tiene un caso, narices! A esa pobre mujer la están chantajeando. Ha recibido un dedo de su hija, por el amor de Dios. ¿No le parece suficiente?

—Conchita, ¿tú sabes dónde está China?

—¿Quién?

Casimiro resopla con paciencia.

—El país, Conchita. China es un país. ¿Sabes dónde está?

—¡Ya sé que China es un país! ¡Es que me pone usted nerviosa, con sus preguntas raras! Ya sé que está muy lejos, pero eso no tiene nada que ver, esa mujer está aquí y necesita que alguien la ayude porque…

—Para, para, Conchita. En el hipotético caso de que esa mujer nos llame, cosa que no ha sucedido todavía, ¿me puedes decir cómo va a pagarnos si ni siquiera tiene dinero para evitar que a su hija le corten un dedo? Eso por no hablar de las posibles mafias que deben estar detrás de semejante barbaridad.

Conchita ni siquiera había pensado en la cuestión del dinero. Se muerde el labio inferior, pero no se le ocurre nada que decir. Además, Casimiro tiene razón, Li ni siquiera ha llamado. Se levanta y se aleja cabizbaja mientras refunfuña.

—Li es una buena mujer. Este mundo es una mierda. ¡Y me debe veinte euros de la correa del perro, que lo sepa!

Casimiro se queda solo en su despacho. Chasquea los dedos y la señorita Pérez, que parece haberse adaptado bastante bien a la vida en su nueva casa, acude junto a su amo y posa su hocico sobre las

piernas de este. Le gusta que le rasquen tras las orejas. En ese instante suena sobre el escritorio un bolero de Luis Miguel a un volumen obsceno. Casimiro se sobresalta, no se acostumbra al tono de llamada del móvil de Conchita que ha dejado olvidado sobre su mesa.

—¡Conchita! ¡La llaman al móvil!

Conchita regresa dando pequeños saltitos por el pasillo. Trota como si estuviera de maniobras militares. Mira la pantalla de su móvil y no reconoce el número.

—¿Sí? —contesta.

—Conchita, soy Li. Xin no está. Tengo miedo.

8

Casimiro ni siquiera sabe cómo se ha dejado convencer. Es una absoluta locura. Debería avisar a la policía de inmediato. Si lo que cuenta Conchita es cierto, y no tiene duda sobre eso, un niño ha sido secuestrado y pese a que no conoce el procedimiento a seguir en estos casos, está casi seguro de que está obligado a comunicarlo a las autoridades. Tan solo la posibilidad de poner en peligro al pequeño y empeorar la situación lo ha disuadido de hacerlo. Pero siente que el asunto le viene grande. Su idea de abrir una agencia de detectives tenía mucho más que ver con infidelidades conyugales, seguimiento de trabajadores de baja fraudulenta y ese tipo de cuestiones. No pensó en la delincuencia organizada, ni mucho menos en la mafia china. Necesita información de manera urgente. Y piensa en Julius, su vecino de abajo. Parece un hombre de mundo y con cierta cultura, además es médico y parece saber lo que se hace. También recuerda que Conchita le habló de un vecino suyo, Guardia Civil, tal vez una consulta discreta con ese vecino pudiera ser una buena idea.

Pero sea como sea, ya se han puesto en marcha. Conchita ha ido al colegio del pequeño para intentar averiguar si alguien vio algo cuando salía de clase. Fue entonces cuando desapareció, sin dejar rastro. No llegó a la tienda donde trabaja su madre y ahí se le perdió la pista.

Según el relato de Li, esa pobre mujer entró en España de la mano de una gente que se dedica a traer compatriotas a cambio de una suma nada despreciable de dinero. Seis mil euros. Pagar esa deuda con trabajo es una de las condiciones. Vive en un almacén en la tienda china en la que trabaja. Todo su sueldo sirve para amortizar su deuda, pero apenas le alcanza para cumplir con los plazos que le imponen. Lleva ya tres años trabajando en la tienda y apenas ha pagado la mitad de lo que debe. Antes estuvo limpiando en un restaurante. Le retiraron el pasaporte y apenas sale a la calle.

No sabe si tiene papeles para trabajar legalmente. Le dijeron que sí, pero ella nunca los ha visto. Xin, su hijo de ocho años, va al colegio público. Le arreglaron la documentación para su matrícula, no sabe cómo, pero ella intuye que esa es otra deuda que también tiene que pagar. Xin es un muchacho inteligente y despierto, sus notas en el colegio son el orgullo de su madre. En realidad, él es el único motivo por el que Li sigue luchando sin abandonar. Sin Xin hace ya tiempo que hubiera regresado a China y se hubiera dado por vencida, pese a que eso supondría acarrear la vergüenza del fracaso de por vida.

Escucha la puerta de casa abrirse y al instante Conchita se planta en su despacho.

—Hola, Conchita. ¿Qué noticias me traes?

—Pues ninguna, Casimiro, ninguna. A ese chiquillo se lo ha tragado la tierra. He interrogado a algunos de sus compañeros de clase, pero ninguno vio nada raro. Xin iba y venía solo al colegio. No queda lejos de la tienda y es bastante despierto.

A Casimiro le aterra la palabra interrogatorio en boca de Conchita, pero no hace ningún comentario.

—Bien —dice Casimiro—, nuestro primer callejón sin salida.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que no sabemos para dónde tirar, Conchita. Este asunto es muy lamentable, pero no veo cómo, sin un duro, podemos ayudar a esa pobre mujer. Investigar cuesta dinero. Y es evidente que no va a poder pagarnos.

—Ella dice que nos pagará. Que tardará, pero que nos pagará si la ayudamos a encontrar a Xin.

—Conchita, por favor, seamos realistas. Esto no es para nosotros.

—¿Ya se me arruga? ¿Pero qué clase de detective es usted? Yo es que lo flipo.

—¿Que tú qué? ¿No puedes hablar con corrección para variar?

—Déjeme en paz, tío rancio. No podemos dejar a esa mujer abandonada, hay un niño en peligro. Por ahí sí que no paso. Además, ¿ha pensado usted en que esto puede ser nuestra gran oportunidad?

—Pues no. Explícate, porque no te sigo.

—Figúrese que rescatamos al chiquillo. ¿Sabe usted la fama que eso nos puede dar? Saldremos en los telediarios, nos lloverán

solicitudes de otros clientes.

Casimiro debe admitir que no había pensado en eso. Sin duda sería una publicidad estupenda, pero tiene serias dudas de que puedan tener éxito. Por otro lado, y a falta de ningún otro cliente, poco tienen que perder por intentarlo. Y toma una decisión.

—Puede que tengas razón, Conchita, pero necesitamos ayuda. Y tiene que ser gratuita, porque dinero no tenemos. He pensado en consultar el caso con Julius y con tu vecino, ese que dices que es guardia civil. ¿Qué tipo de persona es?

—¿Benancio? Pues muy buena gente, la verdad. Y no le vendría mal un poco de actividad, porque se está poniendo como un tonel. Desde que lo dejó su mujer come fatal, el pobre. Había pensado en preguntarle si necesita alguien que le limpie, porque como usted no me paga un duro…

—Ya, ya, eso ya lo hemos hablado. ¿Crees que se puede confiar en él? ¿En su discreción?

—Ay, pues no sé. Yo creo que es de total confianza. No perdemos nada por intentarlo. Si quiere puedo decirle que venga.

—Inténtelo.

—Estupendo. ¿Ve como en el fondo es usted una buena persona?

—Conchita, no me líes. Vamos a tantear la situación, si no lo veo claro lo dejamos correr.

—Hombre, verlo no lo va a ver de ninguna manera, ya se lo digo yo.

—¡Conchita! ¡No me toques las narices!

Conchita no puede reprimir la risa, como tampoco puede evitar lanzarle a Casimiro estas puyas, sobre todo cuando está contenta.

—Vale, vale, no se enfade.

—Yo voy abajo a hablar con Julius y usted llame a su vecino, el Benancio ese, a ver si podemos vernos aquí mañana los cuatro.

—Voy volando. ¡Ay qué contenta estoy, señor, qué contenta!

9

La reunión se ha fijado para las cinco de la tarde. Conchita y Casimiro están nerviosos. Jamás pensaron que algo así pudiera suceder. Un caso como ese, el secuestro de un niño. Casimiro pulsa su reloj y una voz robótica le informa de que son las dieciséis cincuenta y nueve. Pasados unos segundos se escucha el timbre de la puerta.

—Conchita, vaya a abrir a Julius, por favor.

—¿Y cómo sabe que es Julius y no Benancio?

—Pues porque ha sonado la puerta. Julius vive dos pisos más abajo. Si fuera Benancio habría sonado el timbre del portal.

—Hay que ver lo que sabe este hombre —comenta Conchita mientras se dirige hacia la puerta.

Conchita se aúpa sobre las puntas de los pies y se asoma por la mirilla. Julius está plantado esperando y ella abre con una sonrisa.

—Pase, Julius, pase. No sabe lo contenta que estoy de que haya venido. Es usted un sol.

—Querida Conchita, su sonrisa es el presagio de cosas buenas, no me cabe duda. No podía negarme a ayudar a nuestros hermanos amarillos, y más si es una pobre mujer la que se encuentra en apuros. La ciencia criminalística tiene en mí a un ferviente admirador y un modesto practicante. Vamos allá.

Conchita hace pasar a Julius al despacho de Casimiro.

—Buenas tardes, mi querido Casimiro. Se presenta Julius Echevarría, compuesto y dispuesto a ponerse a sus órdenes en este tan delicado asunto de alcance internacional.

—Buenas tardes, Julius. Gracias por prestarse a colaborar en este extraño caso.

—Es un placer para mí, se lo aseguro. Últimamente, lamento decirlo, las terapias de pareja andan a la baja y dispongo de tiempo para dedicarle a la investigación. ¿Tenemos alguna novedad en el caso?

—De momento esperamos la llegada de otro colaborador. Un agente de la guardia civil, amigo de Conchita, que ha accedido a entrevistarse con nosotros.

—Magnífico, magnífico —exclama Julius—, contar con un cuerpo de élite en nuestras filas hace que nuestras probabilidades de éxito aumenten exponencialmente.

Conchita los mira con cierta hartura. Piensa que no ha visto nunca juntos a dos tipos más redichos que estos dos.

—¿Quiere usted tomar algo mientras esperamos, Julius? —pregunta.

—Pues si no es molestia, agradecería un vaso de leche. Templadita, a ser posible.

Conchita sale del despacho y regresa al cabo con un vaso de leche para Julius. Con el primer trago, un bigote de nata blanca se dibuja sobre su labio superior.

Han pasado ya diez minutos y Benancio no aparece. Julius, amante de la puntualidad, parece contrariado cuando pregunta.

—¿Seguro que va a venir la benemérita?

—¿Quién? —pregunta Conchita.

—Conchita, a la guardia civil se la conoce también como la benemérita.

—Ah —exclama Conchita, que no entiende nada.

Suena entonces el timbre del portal y Conchita da un brinco entusiasmada.

—¡Ya está aquí Benancio! Voy a abrir.

Conchita confirma por el interfono que se trata de él.

—Suba, suba. Es el quinto piso.

Pasan sus buenos cinco minutos antes de que Benancio haga su entrada en el domicilio. Aparece resollando como un búfalo, apoya el codo en el marco de la puerta con la frente perlada de sudor. Le falta el aire y necesita unos momentos para recomponerse. Su ombligo, presionado por su prominente barriga, asoma por debajo de un suéter verde militar.

—Pase por aquí, por favor, le estamos esperando.

Benancio entra en el despacho. Es un hombre enorme, todo en él son formas redondeadas, su cara, su abultado estómago, su bigote poblado.

—¡*Jodó*, ya podían haberme dicho que no funcionaba el

ascensor!

—Benancio, le presento a Casimiro, el jefe de la investigación y al doctor Julius Echevarría.

—Buenas tardes tengan ustedes. Permitan que me siente que vengo desfondado.

—¿Quiere usted tomar algo, Benancio? —pregunta, solícita, Conchita.

—Pues un carajillo de Terry, si me hace el favor.

Conchita esboza una sonrisa y sale a preparar la bebida reconstituyente.

—Bienvenido, Benancio —empieza Casimiro—, creo que Conchita ya le ha puesto al corriente del problema que tenemos entre manos.

—Sí, algo me ha *contao*. Feo asunto, *pardiez*, feo asunto. Es una lástima que pasen estas cosas. Ustedes dirán en qué les puedo ayudar.

—En primer lugar, debo advertirle que no podemos implicar a las fuerzas del orden, de momento. La vida de ese chiquillo correría grave peligro. Pero contar con su colaboración sería fantástico.

—Perdone que le interrumpa, ¿es verdad que es usted ciego?

—De nacimiento. ¿Le supone eso un problema?

—A mí ninguno. Pero jamás he oído de un detective ciego, si le soy sincero.

—No se deje engañar por las apariencias, mi querido Benancio —le interrumpe Julius—, nos fiamos en exceso del sentido de la vista. Demasiadas veces la verdad es algo oculto a nuestra vista. Si nos fiáramos más de nuestros otros sentidos, otro gallo cantaría, se lo puedo asegurar.

—Pues no le falta razón, oiga. Si me hubiera fiado más de mis otros sentidos habría adivinado que mi mujer me la pegaba con otro. Le aseguro que no lo vi venir.

—Ahí lo tiene, amigo.

—Caballeros, no nos desviemos del tema, por favor —tercia Casimiro.

—Usted perdone.

Conchita regresa con el carajillo de Benancio y se sienta junto a este.

—Bien —prosigue Casimiro—, vamos a centrarnos en el asunto.

En primer lugar, Conchita, es importante que Li llame al colegio y diga que Xin está enfermo, eso nos dará unos cuantos días sin que nadie sospeche que ocurre nada anormal. ¿Qué sabemos de los hombres que pueden haberse llevado al niño?

—Li dice que cada semana llega un hombre a la tienda a por la recaudación. Se llama Chang, pero cree que es un simple recadero.

—Bien. Julius, ¿se ve usted capaz de seguir a ese hombre y tratar de averiguar a dónde lleva ese dinero?

—Nada más fácil, mi querido amigo. Seré su sombra invisible, puede estar seguro. Conchita, dígale a Li que me avise al teléfono en cuanto ese hombre aparezca y me pegaré a él como una lapa.

—Estupendo. Necesitamos algún nombre, algo que nos permita comenzar a tirar del hilo. Es importante que Li nos informe si se ponen en contacto con ella. Benancio, ¿podría usted sacar información de sus bases de datos sobre mafias chinas, trabajadores ilegales, tráfico de personas?

—Bueno, lo mío son las escopetas, pero lo puedo intentar.

—¿Escopetas? —pregunta Casimiro.

—¿Conoce usted la Comandancia de la calle Calamocha? Ahí pasamos revista a las armas. Cazadores, mayormente. Y es donde presto servicio. Un poco aburrido, todo hay que decirlo.

—Bien, no podemos elegir. Es usted nuestra mejor baza. Haga lo que pueda e infórmenos de lo que averigüe. Por mi parte voy a desplazarme a la Junta Municipal de Abastos para preguntar por la licencia de la tienda, intentaré averiguar el titular de la misma. Si tenemos suerte eso nos dará un nombre para poder empezar a investigar.

Conchita les dará ahora un papel, apunten sus teléfonos móviles en él, si son tan amables. Así estaremos todos conectados y podemos compartir información. Si les parece abriremos un grupo de wasap que se llamará «Chino Xin» para enviar mensajes.

—Disculpe, Casimiro —interrumpe Benancio—, ¿cómo va a leer usted los mensajes si no ve ni torta?

—Entiendo su inquietud, Benancio, pero la tecnología avanza mucho en ayuda de los invidentes. Tenemos una aplicación capaz de leer de viva voz los textos del teléfono. En cualquier caso, le agradeceré que en lugar de texto me manden mensajes de voz, eso me facilita mucho la tarea.

—Entendido.

—Supongo que ya les habrá informado Conchita que, de momento, nuestro presupuesto es más bien escaso, por no decir inexistente. Quiero que sepan que aprecio mucho su ayuda y que no olvidaré su colaboración si este asunto tiene éxito. Levantamos la sesión hasta nuevo aviso. ¡A trabajar!

10

Julius está boca abajo, apoyado sobre sus codos, que forman un triángulo equilátero, cuando suena un mensaje en su teléfono móvil. Todavía boca abajo alarga la mano y lee el mensaje. Es de Li. «*Está aquí*», es cuanto dice. Sabe que el momento de entrar en acción ha llegado. Se impulsa contra la pared y cae de pie exhalando una profunda respiración. Da una vuelta sobre las puntas de sus pies al estilo Michael Jackson, coge el teléfono y las llaves de casa, sale y se precipita escaleras abajo. En unos pocos segundos está en la tienda de Li. Entra y finge curiosear por los pasillos. Un chino, enorme para ser chino, habla con Li. Tiene la cara redonda y el pelo rapado casi al cero. Julius no entiende ni una sola palabra de lo que dicen, pero como especialista en las emociones humanas y en el lenguaje corporal, deduce lo siguiente: uno, que Li tiene miedo; y dos, que el chino tiene mala hostia. Parapetado tras un panel de cacerolas y sartenes *made in china* ve como ella le tiende un sobre al chino. El hombre no parece muy satisfecho con el contenido y amedrenta a la pobre Li alzando excesivamente la voz. Julius coge una sartén antiadherente y se acerca al mostrador mango en ristre.

—Perdone, ¿esta vale para inducción?

El chino se gira y lo mira con desdén. Julius le obsequia con su mejor sonrisa. Li le contesta que sirve para todo. El chino señala a Li con el dedo y se marcha con lo que sin duda es una advertencia china.

—¿Es él? —pregunta Julius—, ¿el que recoge el dinero?

Li asiente con la cabeza y Julius levanta el pulgar, gesto universal que ella comprende con alivio.

Julius se asoma y ve al chino internarse en el pasadizo del antiguo mercado de Abastos, hoy reconvertido en polideportivo municipal. Con la sartén en la mano todavía, lo sigue de cerca. Y cuando ambos pasan frente a la comisaría de la Policía Nacional, una idea brillante lo ilumina. Se sitúa tras el chino y le arrea un

sartenazo en toda la cocorota. El golpe no ha sido muy fuerte, pero el sonido del impacto retumba en la bóveda del pasadizo. El chino, conmocionado por el mamporro, se gira sin comprender y le arrea a Julius una patada en todos los huevos. Lo pilla desprevenido. Las piernas de Julius se doblan como si fueran de gelatina y solo tiene tiempo de agarrarse a la pierna del chino y tratar de morderle la rodilla mientras se desmadeja.

—¡Policía! ¡Socorro! —grita una mujer que pasea a un perro diminuto.

La pareja de policías que están en la puerta de la comisaría y han presenciado la escena se aprestan a sujetar al chino y a pedir refuerzos. En pocos segundos Julius y el chino están sentados con dos policías a su espalda frente a un agente que les toma los datos. El rostro de Julius ha adquirido el tono amarillento propio del que acaba de ser pateado en los huevos. El chino grita, furioso. El agente trata de calmarlo.

—¡Que se calle, coño! ¿Me pueden explicar qué ha pasado aquí?

—¡Este subnormal me ha dado sartenazo!

—Perdone —exclama Julius, sorprendido del excelente castellano del chino—, ¿sería tan amable de insultar a su puta madre de China?

El chino hace amago de abalanzarse sobre Julius y los dos agentes lo retienen en la silla.

—¡Cierren la boca los dos! ¡Si alguno vuelve a decir algo sin que yo le pregunte le pongo las esposas y lo mando al calabozo! ¿Estamos?

Se hace un silencio que parece agradar al agente de la autoridad.

—A ver, usted —dice, dirigiéndose a Julius—, ¿me puede explicar lo sucedido?

—Pues verá, señor agente, venía yo de comprar una sartén antiadherente cuando he escuchado a este sujeto mascullar «puta policía» al pasar frente a la comisaría de usted. Y claro, no me he podido contener y le he arreado un sartenazo. Sé que he obrado mal, pero comprenda que todo tiene un límite. Yo soy un rabioso defensor del orden establecido.

—¿Es eso cierto? —pregunta mirando al chino.

—¡No! ¡Eso mentira!

El agente, curtido en mil peleas de borrachos, riñas de vecinos y

altercados de fin de semana, sabe que no va a sacar nada en claro de todo aquello. Es perder el tiempo. Y hace lo que hace en todos estos casos.

—¿Van a presentar denuncia?

El chino mira con odio a Julius, pero sabe que no le conviene. Julius le devuelve su odio envuelto en una sonrisa cuando exclama.

—Yo sí quiero denunciar. Que me ha machacado los huevos por defenderles a ustedes.

El agente sabe que cuanto antes empiece antes acabarán con el papeleo y podrá deshacerse de esos dos sujetos.

—Está bien, como quiera. Permítanme sus documentaciones.

Y así es como Julius sale de la comisaría con una denuncia en la que constan los datos del chino. Pan comido. Ha esperado un tiempo prudencial para evitar que el chino lo aguarde para romperle la crisma. Tiene los huevos magullados, pero es poseedor de una información muy valiosa. Debe acordarse de retirar la denuncia al día siguiente.

11

Casimiro se dirige a cumplir con su parte del plan. Sale a la calle con la señorita Pérez sujeta con su nueva correa, cortesía de Conchita. Cruza por el mismo pasadizo en el que Julius ha sido pateado en el escroto, gira a la derecha y se planta en la puerta de la Junta Municipal de Abastos. Es un portal antiguo, con unas puertas descomunales de madera maciza y escaleras de mármol con balaustrada. La señorita Pérez se muestra reticente a entrar, no parece que el sitio le inspire mucha confianza.

—Vamos, señorita Pérez, no tenga miedo. Ya verá como los funcionarios no son tan malos.

Casimiro da un pequeño tirón y la perra lo sigue. Palpa con su bastón las escaleras y comienza el ascenso. Los tramos de escaleras son proporcionales a la desmesurada altura de los techos del edificio. Tras alcanzar el primer piso encuentra lo que parece ser una puerta abierta. Entra y espera. No sucede nada. Escucha algún movimiento, pero no sabe si su presencia ha sido advertida.

—¡Buenas! —saluda.

Nada.

—¿Hay alguien aquí? —Esta vez habla en voz más alta. Al cabo de unos cuantos segundos escucha una voz.

—¡Acérquese al mostrador!

Bien empezamos, piensa Casimiro, que comienza a caminar hasta que tropieza con algo que parece ser una silla y a punto está de irse de bruces.

—¡Tenga cuidado, hombre!

Casimiro gira en la dirección de la que procede la voz y avanza hasta topar con lo que parece un mostrador. La perra se sienta a su lado, distraída.

—Buenos días —saluda—, quería hacer una consulta sobre una licencia.

—¿Tiene cita previa?

La que habla es una funcionaría con cara de hastío que sorbe sonoramente de un vaso de cartón humeante.

—No, no tengo cita.

—Pues tiene que pedir cita. No atendemos sin cita previa.

—Verá, señorita, no sé si se ha dado usted cuenta de que soy ciego.

—Eso da igual. Necesita pedir cita.

—Le dará igual a usted, pero le aseguro que en absoluto da igual.

No hay respuesta.

—¿Sigue usted ahí?

—Sin cita previa no le pueden atender.

Casimiro suspira con fastidio. Siempre la misma historia.

—¿Puedo hablar con el responsable de la Junta, por favor?

—No está.

—¿Su nombre, por favor?

—¿El mío o el de la secretaria?

—El de la secretaria.

—Yesiré.

—¿Perdón?

—Ye-si-ré.

—¿Cree usted que tardará mucho?

—No lo sé.

Casimiro pulsa el botón de su reloj, que le contesta que son las ocho y media.

—¿Y el responsable de licencias?

—Tampoco está.

Casimiro empieza a perder la paciencia.

—¿Hay alguien en esta oficina, aparte de usted?

—Pues no, pero ya le he dicho que sin cita previa no le pueden atender.

—Y dale con la cita previa. O sea, las ocho y media de la mañana y aquí no hay un alma. ¿A usted esto le parece normal?

En ese momento la perra suelta un ladrido, sin venir a cuento.

—Perdone, no pueden entrar perros en la Junta.

—¡Señorita, esta perra es una perra guía, y como no aparezca un responsable en menos de diez minutos, les voy a meter una denuncia que se van a cagar! ¿Estamos?

Casimiro escucha cómo la funcionaría hace una llamada y habla en voz baja.

—Modesto, ¿puedes venir ya, por favor? Hay aquí un señor muy nervioso que quiere consultar una licencia. No, no tiene cita previa, pero es ciego. No, Yesiré no ha llegado. No, tampoco está. Estoy yo sola, como siempre. Date prisa.

A los cinco minutos aparece un hombre por la puerta con cara de pocos amigos. Resopla por el esfuerzo de haber transportado su enorme barriga por las escaleras. En su aliento Casimiro puede detectar el olor del tabaco, el café y el anís. Y no son aún las nueve de la mañana. La señorita Pérez se yergue con cara de pocos amigos.

—Buenas —dice el funcionario ejemplar—. ¿Qué quiere?

—Quiero consultar una licencia de actividad. Y no me salga con lo de la cita previa porque le arreo con el bastón.

—Joder, siempre igual. ¿Y qué quiere saber?

—Vengo en representación de la ONCE para averiguar el titular de la licencia de la tienda de chinos de la calle Sanchis Sivera, 18. Están pensando en traspasarla y a la ONCE le interesa el local, pero debemos averiguar si la licencia está en regla.

—Espere aquí un momento.

El funcionario se aleja y Casimiro espera acodado en el mostrador. La señorita Pérez, ajena a todo el trajín, suelta una copiosa meada que tiñe de amarillo el mármol blanco del *hall* de la entrada. Al cabo de un rato el orondo funcionario regresa con un papel que deja sobre el mostrador.

—Aquí tiene los datos de la licencia. Está en vigor y con todo en regla.

Casimiro palpa el mostrador hasta que da con el papel. Se lo guarda en el bolsillo interior de su americana.

—¡Oiga! ¡Que el perro se ha meado!

—Vaya, no sabe cuánto lo lamento. Tal vez si en lugar de estar en el bar soplando hubiera estado en su puesto de trabajo, como es su obligación, la perra no hubiera tenido que esperar tanto tiempo. Una verdadera lástima que tenga usted que limpiar meados a estas horas, con lo ocupado que debe estar. Que pase usted un buen día.

12

Xin es un niño valiente. Pero tiene miedo. Y el miedo de un niño no es como cualquier otro miedo. Es el miedo en estado puro. No sabe qué está ocurriendo. Caminaba distraído a la salida del colegio cuando un vehículo se ha parado a su lado. Se ha abierto la puerta trasera y alguien lo ha llamado por su nombre. Al acercarse al coche ha reconocido al hombre que pasa todas las semanas por la tienda donde vive con su madre. Todo ha sucedido demasiado rápido para la mente del pequeño. La mano enorme de ese hombre lo ha levantado en vilo y lo ha metido en el interior. Se ha quedado paralizado, incapaz de gritar o resistirse, encogido en el asiento, haciéndose pequeño, cada vez más pequeño. Dos hombres en la parte delantera y el otro, el más grande, sentado a su lado. Xin ha visto la tienda al pasar y algo invisible se ha cerrado alrededor de su cuello. Porque el miedo es invisible, ahora lo sabe.

Durante el trayecto los hombres hablaban en chino, ajenos al terror que poco a poco se iba instalando en la mente de Xin. El pequeño miraba fugazmente por la ventanilla, deseando que alguien se diera cuenta del secuestro. Tan solo un deseo, un ruego, una súplica. Nada. En el semáforo se han detenido junto a un coche de la policía. Xin se ha girado y la mirada del hombre a su lado ha sido más fuerte que su voluntad, más poderosa que una mano gigante que lo retuviera por el cuello, una pura amenaza cargada de violencia. Más adelante ha visto un cartel indicador del aeropuerto. Si el miedo le hubiera dejado pensar se habría aterrorizado, pero el miedo no deja pensar. Afortunadamente no se han dirigido al aeropuerto. Han entrado en una nave enorme con caracteres en chino. Cajas y más cajas apiladas en estanterías enormes, tan altas como un edificio. El hombre que da miedo lo ha conducido a una pequeña habitación, le ha quitado la mochila en la que guarda sus libros y su teléfono móvil, lo único que podría conectarlo con su madre y le ha preguntado en chino si tenía hambre. Xin no ha

respondido, no porque no entienda el chino, sino porque está paralizado por el miedo. El hombre ha repetido la pregunta en castellano, y Xin ha negado con la cabeza.

—Joder, chinos que no hablan chino. Sois una puta vergüenza.

Y en ese instante Xin entiende que es mejor fingir que no sabe chino. Li se preocupó de que supiera chino desde que nació. Le habló siempre de su país, de sus gentes, de sus mayores, de sus tradiciones, de sus orígenes. Trató de que no olvidase de dónde venía su madre, que entendiese que el objetivo era volver algún día y poder vivir allí, con los suyos. A Xin ahora ese sueño le parece tan lejano.

13

Reunión en casa de Casimiro para poner en común lo avanzado hasta el momento. El doctor Julius relata su encontronazo con esa mala bestia de chino y trae la denuncia en la que pueden leerse los datos del sujeto.

—Julius, ha sido usted muy valiente —dice Conchita con admiración.

—Gracias, Conchita. Lo más complicado fue dejarme golpear en la entrepierna sin hacer uso de mi extraordinario dominio de las artes marciales. Cuesta controlar los impulsos defensivos cuando uno ha sido entrenado para ello. Hubiera podido dejar sin sentido a esa mole de carne con un solo golpe en la carótida, pero el autodominio también es una disciplina que practico.

—¡Coño! ¿Controla usted de artes marciales? —pregunta, sorprendido, Benancio.

—No quiera probarlo, querido amigo. No se lo recomiendo.

—Bien —tercia Casimiro—, gracias a la intervención de nuestro querido doctor contamos con unos datos muy valiosos. Conchita, dele a su hijo el nombre y el documento de identidad del energúmeno ese y veamos qué puede averiguar.

—¿A qué se dedica su hijo? —Quiere saber Benancio.

—Es una fiera con los ordenadores. Aquí Casimiro dice que es muy probable que sea una especie de *hacker*, de esos que pueden averiguarlo todo con un ordenador. Pero todavía tengo que camelármelo.

—¿Alguna novedad por su parte, Benancio?

—Va a ser que sí. He hablado con un compañero que lleva temas de inmigración ilegal. Me dice que andemos con ojo, que esos chinos no se andan con tonterías. Por menos de nada le dan a uno *matarile* si mete mucho las narices en sus asuntos. Ah, y también me ha hablado de un anciano, un tal señor Fang, que parece ser toda una institución en el mundo chino. Lleva más años en España que la

bandera y según parece no ocurre nada en la comunidad sin que él se entere. Sería cosa de ir a verle.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Parece que pasa el tiempo en uno de los restaurantes de su hija. Uno que está en la calle Viana, en el barrio chino.

—¿Hay un barrio de chinos en Valencia? De la de cosas que se entera una.

—No, Conchita —aclara Julius—, el barrio chino no es de chinos, es de putas. Bueno, ahora ya quedan pocas, la verdad, les cerraron todos los locales y andan en la calle, las pobres. He tenido a más de una en la consulta arreglando sus asuntos amorosos.

—Bueno, manos a la obra. Julius y Benancio, permanezcan atentos. Conchita tratará de aportar más datos sobre el chino ese y yo iré a hablar con el señor Fang, a ver qué podemos averiguar.

14

El señor Fang hace tiempo que perdió la visión casi por completo. Su mundo es ahora una sucesión de sombras acuosas, como sus recuerdos. Sin embargo, la gente sigue acudiendo a él en busca de consejo. Es uno de los inmigrantes más antiguos que hay en España. Vive junto a su hija y su yerno, que tienen un bar y dos restaurantes en la ciudad. Cada día se sienta a una de las mesas en un rincón apartado y escucha las conversaciones de la gente. El bar está en pleno barrio chino, es un establecimiento de los de toda la vida, solo que ahora lo regenta la hija y el yerno del señor Fang. Su clientela es la gente del barrio, prostitutas, camellos y jubilados en busca de compañía. Es un lugar muerto en vida, pero al lado del Liberty o el Niágara conserva cierto aire de normalidad. El señor Fang ya no recuerda la última vez que albergó la idea de volver a su país natal, sabe que su hija lo necesita, igual que muchos de sus compatriotas que acuden a su mesa a charlar con él, a buscar en su sabiduría algo que les ayude a encajar en este mundo occidental que muy pocos comprenden. Aquí se siente útil, y sabe que lo malo no está tan mal si solo se han conocido tiempos peores. Como reza el refrán, es mejor una cabaña en la que estar feliz, que un palacio en el que llorar.

Escucha a su hija acercarse a la mesa, pero son dos sombras las que están paradas frente a él.

—Padre, hay una persona que quiere hablar con usted.

—Ah, estupendo. Dile que se siente.

—Padre, no es de los nuestros —la mujer lo dice con naturalidad.

—Bueno, dile que se siente igualmente. Para un viejo como yo, cualquier compañía es buena.

—Por aquí, señor —escucha el señor Fang hablar a su hija—, deje que le ayude. Le siento frente a mi padre. Él tampoco puede verle, hace tiempo que perdió casi por completo la vista. ¿Quiere

tomar algo?

—Si es tan amable de traerme un vaso de agua, se lo agradeceré.

—En seguida.

La hija del señor Fang se aleja hacia la cocina y los dos hombres quedan frente a frente sin poder verse.

—Hola, señor Fang. Muchas gracias por recibirme. Deje que le diga que yo tampoco puedo verle a usted, soy ciego de nacimiento. Mi nombre es Casimiro.

—Encantado de saludarle. Las conversaciones entre dos ciegos siempre tienen algo de verdad. La vista a menudo nos engaña con sus prejuicios y sus falsas impresiones. ¿En qué puede ayudarle este pobre viejo?

—Verá —parece dudar Casimiro—, es un asunto un poco delicado.

—Bueno, los asuntos delicados siempre suelen resultar interesantes. Usted dirá.

—El caso es que yo me dedico profesionalmente a la investigación. Y tengo entre manos un asunto relacionado con la comunidad china.

—Disculpe que le interrumpa. ¿Es usted investigador siendo ciego de nacimiento?

—Así es.

—No es que tenga nada en contra, no me malinterprete, es tan solo que en toda mi vida no he escuchado nada parecido. Le felicito. Prosiga.

—La cuestión es que represento a una compatriota suya y me preguntaba si pudiera usted orientarme.

—¿Una compatriota? Es ciertamente extraño que alguien de la comunidad china acuda a un occidental para resolver sus problemas, muy extraño. No tengo nada en contra de esa manera de proceder, pero unas veces el idioma, otras la desconfianza natural, hace que prácticamente nadie acuda a occidentales para resolver sus problemas.

—Verá, es una mujer en una situación muy comprometida. De momento no estoy autorizado a revelarle su nombre, pero me ayudaría bastante si pudiera responderme algunas preguntas.

—Adelante.

En ese momento se acerca la hija del señor Fang con una

bandeja en la que trae una botella de agua y una copa. La deja sobre la mesa.

—¿Desea usted algo, padre?

—Nada, hija. Todo está bien.

La mujer se retira y Casimiro aborda su problema con cautela.

—Me gustaría saber cómo llegan los chinos a España.

El señor Fang parece meditar durante unos segundos su respuesta.

—Normalmente entran con un contrato de trabajo y un permiso temporal o por reagrupación familiar, que suele ser lo más habitual. Cada vez llegan menos, con la crisis económica esto ya no es el país de las oportunidades que solía ser. Algunos lo consiguen, pero son muy pocos. Y el viaje es largo y caro. Requiere una inversión que no todos son capaces de recuperar.

—¿Y todos llegan de manera legal?

—Le mentiría si le dijera que sí. Muchos llegan como patos.

—¿Como patos?

—Patos es como se llama a los que entran ilegalmente.

—Supongo que habrá gente que les ayude a entrar.

—La hay, claro. Siempre que haya dinero por delante habrá hombres sin escrúpulos por detrás. Es algo inevitable. A los encargados de introducirlos en el país se les llama Cabeza de Serpiente.

—¿Conoce usted a alguno de esos hombres aquí, en Valencia?

El señor Fang se queda callado. Su silencio es bastante elocuente.

—Sí, conozco algunos —dice, al fin—, para llegar a la fuente hay que nadar a contracorriente. Pero créame, no son gente a la que convenga acercarse.

—Ya imagino, pero desgraciadamente para poder ayudar a su compatriota necesitaría hablar con uno de esos hombres.

—No se lo recomiendo.

—Ya me gustaría seguir su consejo, señor Fang, pero me temo que no puedo elegir. El tiempo es un lujo que ahora no podemos permitirnos, créame.

El señor Fang medita unos instantes.

—¿Cómo de delicada es la situación de esa mujer?

—Muy delicada, señor Fang. Hay vidas en peligro.

—Déjeme su número de teléfono. Alguien le llamará.

15

Casimiro sale del restaurante y se dirige hacia su casa. El barrio chino bulle a esas horas de la mañana. Apoyados contra las fachadas del barrio esperan prostitutas y camellos a sus clientes. Es lo único que esperan ya de la vida, clientes. Ancianos decrépitos deambulan en busca de las provocaciones de las prostitutas; es la única manera que tienen de sentirse queridos. Porque es eso o la soledad más absoluta. Amistad previo pago y el cariño sincero que garantiza la contratación del servicio.

Una chica morena se acerca a Casimiro. Tiene la piel oscura y el pelo rizado. Exhibe sus generosos pechos, apenas ocultos tras un top de *lycra* amarillo limón. Casimiro percibe el olor de su perfume barato aun antes de que hable.

—Papaíto, ¿te ayudo a cruzar la calle?

—No, hija, gracias. Me apaño bien solo.

—Venga, papito, sube un rato conmigo y te aseguro que verás en colores.

Casimiro decide entonces probar suerte.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Yasmina, papito. Soy *todita* tuya, mi amor.

—¿Cuánto por media hora?

Yasmina parece dudar, puede que sea su día de suerte.

—Cincuenta euros. Pero para ti te lo dejo en cuarenta.

A Casimiro le parece que la inversión puede merecer la pena. Cuando uno busca información, las prostitutas suelen ser una buena fuente en la que beber.

—Media hora. ¿Podemos hablar en un sitio tranquilo?

Yasmina no se extraña. La mayoría de sus clientes jubilados tan solo quieren hablar, alguien que escuche sus historias. Al principio le parecía triste, pero con el tiempo se ha acostumbrado. La pasión de unos cuerpos que ya no responden a los estímulos del sexo deja paso a conversaciones mundanas. Es el placebo del flirteo, un

sucedáneo erótico que les permite creer que le importan a alguien, da igual que paguen por ello, es la única compañía que la vejez les ofrece.

—Claro, mi amor, hay una habitación aquí arriba en la que podemos estar muy *agustito* los dos.

Yasmina coge del brazo a Casimiro y lo guía a través de un portal oscuro escaleras arriba. Casimiro tiene suerte de no poder ver la habitación del primer piso en la que entran. Tan solo una cama desvencijada, una silla destartalada y cortinas que tamizan la escasa luz del callejón. Algunas baldosas rotas. Las sábanas ametralladas con quemaduras de cigarrillos. Yasmina ayuda a Casimiro a sentarse en la silla que cruje al recibir sus posaderas. Pese a que Casimiro le ha dicho que solo quiere hablar, ella le coge la mano y se la introduce debajo del top sobre uno de sus pechos. Casimiro percibe el pezón blando y da un respingo retirando la mano.

—¡Jesús, Yasmina! ¡Que solo necesito hablar un rato contigo!

—Venga, papito, a nadie le amarga un dulce, y también podemos hablar mientras hago que te relajes un poquito.

—No, gracias, hija. Te lo agradezco, pero no estoy yo ahora para estos menesteres.

Yasmina se deja caer de lado en la cama y enciende un cigarrillo con desgana. Ni se molesta en buscar un cenicero. Es la primera vez que está con un ciego.

—Pues tú dirás de qué quieres hablar, soy todita para ti.

—¿Tienes alguna amiga china?

—¿Amiga china? ¿Te ponen las chinas?

—No, solo quiero saber si conoces alguna china.

—¿Putas?

—Por ejemplo.

—Alguna conozco, pero esas no se acuestan con los de aquí.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—Y yo que sé. Los chinos son muy suyos. Solo se acuestan con chinos. Igual a sus chulos no les gusta. Ni idea.

Yasmina se incorpora, deja caer el cigarrillo al suelo y se levanta para sentarse a horcajadas sobre las rodillas de Casimiro. La silla amenaza con partirse. Sus grandes pechos quedan a escasos centímetros de la cara de un inmovilizado Casimiro que trata en vano de zafarse. La mano experta de Yasmina escudriña su cartera

mientras le besuquea en el cuello. Con dedos hábiles consigue sacarla del bolsillo interior de su chaqueta y arrojarla sobre la cama. En el forcejeo, Casimiro empuja a Yasmina que cae de espaldas al suelo. Se pone de pie dispuesto a largarse cuando una mano lo abofetea obligándole a sentarse de nuevo.

—¡Siéntate, viejo! No deberías tratar así a una mujer —es una voz de hombre. Casimiro no sabe en qué momento ha entrado en la habitación.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es usted? —Alarmado, se palpa por instinto la pechera y descubre que su cartera no está.

—¡Maldita ladrona! ¡Devuélveme la cartera ahora mismo!

Casimiro se lanza hacia adelante esperando encontrar al hombre que lo ha golpeado, pero solo consigue caer de bruces al suelo. Trata de incorporarse, pero un zapato le pisa la mano.

—¡Ni te muevas, capullo! Ahora te vas a quedar ahí quietecito si no quieres que te muela a palos.

—No le hagas daño, Rudy. Vámonos.

Casimiro grita entonces con todo el aire de sus pulmones.

—¡Policía! ¡Ladrones!

Una patada en las costillas corta el grito de Casimiro por la mitad haciendo que se oville en el suelo.

Yasmina y Rudy, el macarra que la ha seguido hasta la habitación, se disponen a salir por la puerta, pero de pronto se detienen. Ninguno de los dos ha visto nada igual en su vida. Impidiéndoles el paso se encuentra un tipo vestido de blanco de la cabeza a los pies en una pose de karateka profesional.

—Yo de vosotros dejaría esa cartera sobre la cama y saldría de aquí ahora mismo. La otra opción es una muerte segura. Vosotros decidís.

Yasmina y Rudy se quedan paralizados. Debe ser una broma. El tipo parece estar como una cabra, pero ahí está, en la puerta, moviendo los brazos adelante y atrás con lentitud, la mirada concentrada, los nervios en tensión.

—Pero ¿quién cojones eres tú, payaso? A que te meto dos hostias ahora mismo.

Julius levanta una rodilla en ángulo recto y queda en equilibrio alzando los brazos.

—Vosotros lo habéis querido. Vais a conocer el golpe mortal de

la grulla. Una pura maravilla de técnica y precisión.

—Rudy, dale una hostia a este gilipollas.

Rudy se abalanza sobre Julius en el preciso momento en el que Casimiro se agarra a sus piernas haciendo que se vaya de bruces para golpearse el mentón contra la rodilla levantada de Julius. KO. fulminante. Julius se sujeta la rodilla contusionada mientras da saltitos con la pierna sana y profiere gritos de dolor. Yasmina, ante el *knock out* de su chulo, da un empujón a Julius y se dispone a darse el piro por donde ha venido. Nada más traspasar el quicio de la puerta, un bolso de imitación impacta en su cara haciéndola caer de espaldas. Una vez en el suelo, Conchita sigue arreándole bolsazos con una furia desconocida. Patadas puntiagudas acompañan a los bolsazos hasta que Yasmina ruega que pare la lluvia de mamporros soltando la cartera de Casimiro. Mientras tanto, Julius ha ayudado a Casimiro a incorporarse y los tres abandonan la habitación dejando a sus ocupantes contusionados en el suelo. Corren escaleras abajo hasta ponerse a salvo en la calle.

—¡Conchita, Julius! ¿De dónde habéis salido? ¡No sabéis cuánto me alegro de escucharos!

—¡Casimiro! —le reprende Conchita—. ¡Por el amor de Dios, esto se tiene que acabar!

16

Conchita llega a casa agotada. No sabía que el oficio de ayudante de un detective privado podía llegar a ser tan cansado. Pero está satisfecha. Por primera vez en su vida siente que está haciendo algo importante, lo de menos es que vaya de la mano de un ciego y un terapeuta que parece habitar un universo que nadie más ha conocido. Menos mal que también está Benancio con ellos, su enorme vecino miembro de la guardia civil. Le inspira ternura este hombre. Pese a lo grande que es, Conchita ve en él una parte vulnerable y sensible, una bondad difícil de ocultar.

Deja las bolsas del supermercado en la cocina. Sus hijos han dejado los platos con restos de comida en el fregadero. Ni se han molestado en enjuagarlos. Nada nuevo, ya no sabe cómo hacer para que colaboren un poco. La batalla diaria es siempre la misma; de tanto repetir las cosas una y mil veces, estas dejan de tener significado, se convierten en una letanía que sus hijos ya no oyen, como ese rumor sordo que solo percibimos cuando cesa. Es tanto esfuerzo y supone tanto desgaste que la mayoría de las veces Conchita claudica antes de haberlo intentado siquiera. Escucha la televisión en el salón y sabe que su hijo pequeño está sentado en el sofá con los dibujos animados a todo volumen. Se asoma y saluda. Su hijo le dedica un «hola» sin entonación, sin girarse para mirarla, absorto en la pantalla.

—¿Has hecho los deberes?

—Sí —no suena en absoluto a verdad.

—¿De qué?

—¿De qué, qué?

—Que de qué eran los deberes.

—No sé, de todo.

Conchita se pone delante del televisor. Y eso solo puede significar una cosa para su hijo. La trola no ha colado.

—¡Jooooo, mamá!

—Va, tira. No me hagas enfadar. Luego te pones un rato.

Conchita apaga el televisor. Su hijo está tentado de protestar, pero la mirada de su madre lo disuade.

—¿Dónde está tu hermano?

—En su cuarto, como siempre.

—Dile que venga, que tengo que hablar con él.

Su hijo desaparece por el pasillo y Conchita se sienta en el sofá a esperar. Piensa en Li. No se puede quitar de la cabeza la angustia que debe estar pasando esa madre. No se le ocurre nada peor que la desaparición de un hijo.

Por asombroso que pueda parecer, Charly aparece al cabo de unos pocos segundos. Todavía no ha decidido si su madre ha perdido el juicio o es realmente un agente encubierto del gobierno.

—Hola, hijo. ¿Has averiguado algo del chino?

—Sí.

—¿Y?

—Parece que el nombre es real. Hace transferencias periódicas a una cuenta de una empresa de importación de productos chinos.

—¿Me lo puedes apuntar todo en un papel? —pregunta Conchita.

Charly saca un folio doblado del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros y se lo tiende.

—Aquí lo tienes todo.

Conchita mira el papel con asombro. Es la primera vez en su vida que está realmente orgullosa de su hijo. Se pregunta cómo es posible que no sepa nada de su vida, de lo que es capaz de hacer. Siempre lo ha visto como a un bicho raro, metido en su cuarto con sus ordenadores y sus maquinitas. Pensaba que solo era un vago que se pasaba el día jugando a los videojuegos. Y resulta que no.

—¿Algo más?

—De momento, no. Muchas gracias.

—¿Me vas a contar de qué va todo este rollo?

—No puedo, hijo. Hay vidas en peligro.

Su hijo la mira con asombro. Se da la vuelta y regresa a su cuarto, a su mundo de ordenadores. Nunca lo admitirá, pero su madre le tiene impresionado.

Suena el timbre de la puerta. Conchita no espera visita. Su casa es una de esas casas a las que nunca va nadie de visita. Se acerca a

la entrada y se pone de puntillas para observar por la mirilla. La cara de Benancio aparece redondeada por el efecto de ojo de pez de la lente.

—Hola, Benancio —saluda Conchita tras abrir la puerta—. Qué sorpresa.

—Hola, Conchita. ¿La pillo en mal momento?

—No, para nada. Pase, pase, por Dios.

Ambos pasan al salón. Conchita se disculpa por el desorden. Benancio le quita importancia. Se sienta en el sofá.

—Tengo información importante —dice nada más sentarse.

—Cuente, cuente. Esto es muy emocionante.

—Verá, se me ocurrió pensar en las cámaras de tráfico. Tengo un amigo en el Ayuntamiento y le pedí que me dejara ver las grabaciones del día que desapareció el chiquillo. Y se ve al niño subir a un coche.

—¡Qué me dice!

—Lo que oye. Tengo aquí apuntada la matrícula del vehículo.

Benancio saca un papelito de su bolsillo y se lo tiende a Conchita.

—Espere aquí un segundo.

Conchita sale del salón y regresa al cabo de unos minutos.

—¡Lo tenemos! ¡Está a nombre de la misma empresa!

Benancio no parece entender nada. Conchita le muestra el papel en el que su hijo Charly ha apuntado los datos de las transferencias bancarias que el chino que pateó a Julius en el escroto realiza periódicamente. Le cuenta lo que Charly es capaz de hacer con un ordenador.

—Oiga —dice Benancio—, su hijo es una mina.

—Ya ve. Y yo que pensaba que era tonto de remate. Con los hijos va una de sorpresa en sorpresa. Voy a llamar a Casimiro para ponerle al día de estos avances. ¿Cree que deberíamos avisar a la policía?

—No lo sé, Conchita. Podemos poner en peligro al chiquillo. Esperemos a ver que dice Casimiro. Parece un hombre cabal.

—¿Cabal, ese zangolotino? Si le cuento lo que ha hecho hoy, se cae de culo.

Conchita llama a Casimiro y lo pone al día de las novedades. Le gusta poder compartirlas con Benancio.

—¿Tiene usted hambre? ¿Le gustaría quedarse a cenar?

Benancio duda, hace mucho tiempo que cena solo.

—Si no es mucha molestia —dice con timidez.

—Ninguna molestia, por Dios. A mí también me vendrá bien tener compañía.

—No se hable más. Subo a mi casa a por una botella de vino y bajo en un momento.

17

Esa misma noche, al cerrar la tienda, Li se dirige a una peluquería china de la calle Cuenca. Es un sitio impersonal, corte japonés, manicura, uñas de gel. Pero no es en el pelo o las uñas en lo que está pensando. Li sabe lo que se cuece en la trastienda de esa peluquería. Ha sido su perdición desde que llegó. Es su veneno, su adicción. Es lo que ha hecho que pierda a su hijo; y sin embargo no puede dejar de ir casi cada noche. Una pulsión superior a su voluntad. Se detesta por ello, pero allí está una vez más.

Julius ha seguido a Li por indicación de Casimiro. La ve entrar en la tienda y desaparecer por una puerta interior. Se sienta en un banco en la acera de enfrente. Entran otros clientes, todos chinos, que desaparecen por la misma puerta. Al cabo de un rato las luces de la peluquería se apagan. Pasan varias horas antes de que vea salir a Li, ya de madrugada. Camina con paso errático, se tambalea. Al llegar a la Gran Vía, Li se sienta en un banco del jardín, esconde el rostro entre sus manos y llora.

18

Reunión de control en la Central. Así es como Julius denomina al despacho de Casimiro, la Central. A los demás les ha parecido bien, le da cierto aire profesional. Puede que incluso acabe siendo el nombre definitivo de la agencia de detectives. Recopilan la información a la luz de los acontecimientos recientes. Tienen al chino que recauda en la tienda de Li y realiza transferencias bancadas periódicas en la cuenta de una empresa, Shanghai Import, SL. Tienen la matrícula del vehículo en el que fue raptado Xin, y curiosamente está a nombre de esa misma empresa. Y luego está la misteriosa peluquería en cuya trastienda ocurre algo que ninguno acierta a adivinar. Todos coinciden en que deben averiguar lo que ocurre en esa trastienda. Sin duda tiene relación con lo que le ha pasado a Li, y descubrirlo es una prioridad. Benancio y Julius son los encargados de averiguarlo. Conchita debe conseguir que su hijo siga recabando información acerca de la empresa. Hacer una visita a la sede social de la misma se convierte en el siguiente objetivo.

Se discute si dar parte a la policía, pero todos coinciden en que eso pondría en peligro la vida de Xin. Todos tienen muy presente el pequeño dedo que le fue enviado a Li. El tiempo corre en su contra y deben moverse deprisa.

Cuando la reunión se disuelve, Casimiro se queda repasando todo lo que han conseguido averiguar. Y entonces suena su teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Casimiro?

—Dígame.

—Llamo de parte del señor Fang. Mi nombre es Jian. Sería conveniente que nos viéramos.

—Claro, cuando usted quiera, Jian.

—Le espero dentro de dos horas en el Tian Tian Da Rou Bao. Está en el número quince de la calle Pelayo. Junto a la Librería París Valencia.

—Perfecto. Allí le espero. Debo decirle que soy ciego, así que tendrá que encontrarme usted a mí.

—No se preocupe. Estoy al corriente.

La línea se interrumpe y Casimiro queda pensativo. La señorita Pérez ha posado la cabeza sobre sus piernas y parece suplicar que Casimiro la lleve con él.

19

Xin no entiende lo que sucede. Está solo, encerrado en una habitación en la que hay un jergón en el suelo, un cubo y una silla. Una anciana entra de tanto en tanto y le lleva algo de comer, poca cosa, arroz y una botella de agua de plástico. Xin orina en el cubo cuando tiene ganas, pero pese a estar solo, siente un pudor irracional al hacer sus necesidades en ese cubo que apesta. La vieja nunca le habla, tan solo deja la comida, cambia el cubo por otro vacío y se marcha. La mujer le da miedo, pero no tanto como la soledad. Llora a ratos, con una angustia que le corta la respiración. La habitación no tiene ventanas. No sabe medir el tiempo. Ignora si es de día o de noche, es incapaz de calcular cuánto lleva allí metido. Pero ahora escucha voces al otro lado de la puerta. El hombre que se lo llevó abre la puerta y le habla en chino, como siempre. Xin sigue fingiendo que no lo entiende, pero sabe que se lo llevan a otro sitio. Sale del cuarto y lo que ve es una nave enorme. Hay una gran puerta al fondo por la que puede ver la oscuridad de la noche al otro lado. Un todoterreno negro lo espera con las puertas abiertas. Lo suben en la parte trasera. El vehículo se pone en marcha. Al volante va un chino, y detrás, junto a él, ese hombre cuya mirada le infunde más terror que la soledad del cuarto. Apenas puede ver nada a través de los cristales tintados del coche. Las luces de la ciudad son pequeños puntos en la ventanilla del auto. Al cabo de un rato que no puede calcular sede tienen. Escucha el ladrido de un perro. Lo bajan del vehículo. No hay luces alrededor, tan solo oscuridad. Campos de cultivo rodean una casa vieja. Un perro enorme ladra encadenado a una palmera. Su corazón quisiera salir corriendo por esos campos y perderse en la noche, escapar, pero su miedo es más fuerte. El hombre que lo aterra lo coge del brazo y lo acompaña al interior, hasta una habitación en la que hay una cama, una mesilla de noche y una cómoda de madera antigua. La ventana está cegada por una contraventana de madera. El hombre se marcha

y Xin escucha cómo le da instrucciones en chino a la mujer. No debe salir bajo ningún concepto, la puerta debe estar siempre cerrada por fuera. Y si grita debe castigarlo. Péguele si hace falta. Que aprenda a no hacer ruido. En unos días comenzarán las visitas.

20

La calle Pelayo y sus aledaños se han convertido desde hace algunos años en una especie de *Chinatown* en Valencia. Comercios de teléfonos móviles, restaurantes, bazares, supermercados y todo tipo de establecimientos por y para chinos se han asentado en la zona. Es curioso que tan solo la librería París Valencia, una pequeña tienda de discos de vinilo y el trinquete Pelayo hayan resistido el asedio de oriente.

Casimiro se hace acompañar de la señorita Pérez en un agradable paseo por la ciudad. Como tiene tiempo, regala a la perra unos momentos de esparcimiento por los jardines del Muvim, el Museo de la Ilustración. El animal gruñe a los *skaters* que fabrican ruidosas piruetas sobre el pulido pavimento. Casimiro se niega a dar un rodeo para buscar los semáforos adaptados con señales acústicas, que para algo va acompañado de la señorita Pérez. En el primer semáforo de la calle Guillem de Castro el bocinazo de un autobús de línea por poco le provoca un infarto. Puede que sea demasiado pronto para la pobre perra que aún no conoce los itinerarios. Decide dejarse guiar por su aplicación móvil para invidentes. El mundo de un ciego es un mundo en el que todo te habla. Termómetros, relojes, básculas, el teléfono.

Cuando calcula que ha llegado frente al restaurante en el que ha sido citado por el tal Jian, espera hasta percibir que alguien pasa junto a él y pregunta si está en el sitio indicado. Ante la respuesta afirmativa entra en el local. Se queda parado y espera a que alguien se dé cuenta de su condición de invidente. Escucha una voz.

—¿Casimiro?

—¿Jian?

—Sí, soy yo. Permítame que le ayude a sentarse.

—Gracias.

Casimiro se sienta palpando la mesa y una de las sillas. La señorita Pérez se ovilla en el suelo a su lado y emite un suspiro

complaciente. Casimiro escucha cómo su interlocutor se sitúa frente a él.

—El señor Fang me ha dicho que necesita información.

—Así es. Le agradezco que haya accedido a entrevistarse conmigo. ¿Es usted chino?

—Muy chino. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, no sé si está usted al corriente, pero una cliente mía, compatriota suya, se encuentra en serios apuros. Y me temo que pueda haber caído en manos de alguna mafia de inmigración ilegal.

—¿Y qué le hace pensar eso? —pregunta Jian.

—Tengo motivos para sospechar que la están extorsionando. Han puesto en peligro a su hijo.

—Eso son palabra mayores, don Casimiro.

—¿A qué se dedica usted, señor Jian?

—Soy abogado. Me dedico a ayudar a mis compatriotas en asuntos legales, ya sabe, licencias, permisos, toda la burocracia que para ellos resulta casi incomprensible. Unas veces el idioma y otras las trabas administrativas hacen que un abogado sea muy necesario.

—Supongo que por su trabajo estará enterado de la forma en que muchos entran en nuestro país. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. La mayoría entran legalmente, pero incluso estos tienen que pagar cierta cantidad. El viaje, los papeles, todo eso cuesta dinero. Y luego, claro, hay algunos que deciden entrar de forma irregular. Eso cuesta todavía más dinero. Contraen deudas que luego pueden tardar años en poder saldar. Antes de la crisis era un negocio seguro, pero ahora ya no es lo mismo. Cada vez es más complicado tener éxito en los negocios, aunque somos un pueblo esforzado que no le teme al trabajo duro. Lo que no entiendo es cómo podría yo ayudarle.

Casimiro parece dudar antes de hablar.

—Tal vez usted conozca a alguna de esas personas que ayudan a sus compatriotas a entrar de manera ilegal.

—No son personas muy recomendables, se lo aseguro. Además, sin conocer la identidad de su cliente es muy complicado que pueda serle de utilidad. Mire, como abogado, mi consejo es que no se meta en estos asuntos. Normalmente se suelen resolver por sí solos.

—Ya me gustaría a mí poder hacer eso, señor Jian. Pero lamentablemente me temo que eso pondría en peligro la vida de su

hijo.

—Tal vez si me dijera de quién se trata yo podría darle algún consejo. Somos una comunidad pequeña aquí en Valencia. No puedo decir que los conozca a todos, pero es casi seguro que puedo averiguar algo que le sea de utilidad.

—¿Puedo confiar en usted, señor Jian?

—Eso debe decidirlo usted, Casimiro. Pero le aseguro que mi única intención es serle de utilidad y ayudar a una compatriota.

—Está bien. La mujer se llama Li. Trabaja y vive en una tienda de todo a cien. Su hijo ha desaparecido, y me temo que tiene algo que ver con las deudas que esa mujer contrajo al venir a España.

Jian se queda en silencio durante unos momentos. Parece estar procesando la información. A Casimiro le sorprende que su reacción no sea de alarma, como si esa circunstancia no fuera algo anormal.

—Es muy triste lo que me cuenta. Preguntaré por ahí y volveré a llamarle con lo que consiga averiguar. Es todo lo que puedo hacer por usted.

—Se lo agradezco mucho, señor Jian. Esperaré su llamada. Es importante.

—Descuide, tendrá noticias mías. Ahora tengo que dejarle. Si quiere probar auténtica comida china yo de usted me quedaría a comer aquí.

—Pues, mire, sí, voy a seguir su consejo.

—Permítame que encargue por usted.

Casimiro escucha a Jian llamar a una camarera con la que habla en chino, por tanto, no tiene ni la más remota idea de lo que va a comer. En cualquier caso, su bolsillo agradecerá una comida a precio de chino.

21

Benancio y Julius se han apostado frente a la peluquería en la que Li entró la otra noche. Su misión: descubrir lo que ocurre en la trastienda. Como la vez anterior, el establecimiento recibe algunas visitas que desaparecen por la puerta interior de la peluquería. La luz del comercio se apaga, pero la persiana permanece subida. El trasiego de gente es intermitente. Mientras unos salen pronto, otros siguen llegando. La mayoría son de origen chino, aunque de vez en cuando entra o sale algún occidental. Es un auténtico misterio que han decidido averiguar de manera expeditiva.

Pasadas unas horas ven salir a un chino menudo con cara triste. Es el objetivo perfecto. Benancio ha aparcado su Land Rover destartalado unos metros más adelante de la peluquería. Cuando el chino se aproxima al vehículo, se ponen un par de pasamontañas. Al llegar a su altura, Benancio abre la puerta trasera y agarra al chino del brazo metiéndolo dentro. Julius le tapa la boca con cinta americana y le pone una capucha en la cabeza. El chino se revuelve, pero en brazos de la enorme humanidad de Benancio es como un juguete en manos de un niño. Julius salta a la parte delantera y arranca.

Durante el trayecto, el chino se menea como una trucha fuera del agua, pero Benancio lo sujeta con sus poderosas manos. Julius conduce hacia las afueras en dirección a la huerta. En pocos minutos se hallan en mitad de los campos de hortalizas. La noche es tranquila y no hay ninguna casa en las inmediaciones. Julius para el motor junto a una acequia. Ayudan a bajar al chino y lo apoyan contra el vehículo. Le quitan la capucha. El oriental pone cara de terror al contemplar a esos dos sujetos con sus pasamontañas. Sin pensarlo dos veces le arrea a Julius una patada en la entrepierna que lo pilla desprevenido y le hace doblarse como un muñeco. Un gemido sordo es cuanto puede balbucir. Desde el suelo ve a su atacante emprender una carrera enloquecida entre los surcos del

sembrado.

—¡Vaya tras él! ¡Deténgalo! —grita Julius todavía doblado sobre sí mismo.

Benancio emprende entonces una persecución desigual. El chino es menudo y rápido, mientras Benancio avanza resoplando como un búfalo. Los orificios del pasamontañas apenas le dejan ver. Tarda en alcanzar velocidad, pero cuando lo hace es como un mercancías sin frenos. El oriental le saca ventaja, pero la cinta americana que le cubre la boca hace que respire con dificultad y a mitad campo empieza a perder fuelle, se trastabilla, cae de bruces, pero se recupera y consigue continuar. Demasiado tarde. El expreso de la guardia civil lo tiene a tiro. Benancio, que ha sido jugador de *rugby* en su juventud, todavía tiene la capacidad de lanzar un placaje asesino. Impacta con su hombro en la cadera del chino y lo derriba sujetándolo por la cintura. Una jugada perfecta. Ambos quedan jadeantes en el suelo, pero la mole de Benancio impide que el otro pueda moverse. Tras recuperar el resuello lo ayuda a levantarse y lo coge por el pescuezo. El chino parece comprender que es mejor obedecer.

Cuando regresan al vehículo, Julius está apoyado en una de las puertas sujetándose las pelotas magulladas.

—¡Magnífico trabajo amigo! Un placaje de primer nivel.

—Gracias —jadea Benancio—, era una de mis especialidades. ¿Qué hacemos con este?

—Átele las manos, que no tengo las pelotas para más caricias.

Benancio rebusca en el maletero sin soltar al chino y le ata las manos a la espalda con una brida. Le sujeta los hombros con sus grandes manos y trata de que le preste atención.

—No vamos a hacerte daño. ¿Me entiendes? —Julius trata de tranquilizarlo.

El asustado chino asiente.

—¿Cómo te llamas?

—Ao.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Julius con cara de extrañeza a Benancio.

—Ni idea. No se le entiende nada. Creo que ha dicho que se llama Bao, o algo así.

—Bien, Bao. No queremos hacerte daño. Solo necesitamos saber

lo que pasa en la peluquería de la que has salido hace un rato.

Bao no dice nada. Mira alternativamente a uno y a otro con ojos asustados.

—Bao, si no nos dices qué ocurre en esa peluquería entonces sí vamos a hacerte un poquito de daño. ¿Me comprendes?

Bao sigue sin soltar prenda.

—Está bien —suspira Julius—. Hágale un poco de daño —dice mirando a Benancio.

Este parece dudar. Una cosa es detener a un delincuente, pero pegarle a un inocente sin motivo no es algo con lo que se sienta cómodo.

—Hombre, me da cosa, así, sin que haya hecho nada.

—Joder. ¿Darme una patada en los huevos no es hacer nada?

—Ya, ya, pero así en frío no me sale.

Bao los mira alucinado. No entiende nada.

—Dele una torta. Sin mucha fuerza.

—Hombre, si le doy sin fuerza no creo que hable. La cosa está en que se acojone pero que tampoco acabe en el hospital. ¿Y si le doy una patada en los huevos? Ojo por ojo, yo lo veo justo.

—Con lo que pesa usted y lo esmirriado que está el chino, no estoy yo muy seguro de que no acabe en urgencias.

—¿Y por qué tengo que pegarle yo? —pregunta, algo molesto, Benancio.

—Por la sencilla razón de que yo estoy entrenado para matar. Me resulta muy difícil medir mi capacidad para infligir dolor sin resultado de muerte.

—¿Y un puñetazo en el estómago?

La cara de Bao empieza a descomponerse.

—No sé, no lo veo. Si le da por vomitar lo va a poner todo perdido. ¿Y un rodillazo en el muslo? De esos que te dejan cojo para un buen rato.

—No me acaba. Tiene que ser algo que acojone más.

Bao cambia el peso de un pie a otro. Está empezando a sudar a mares.

—Si es por acojonar, le clavamos astillas bajo las uñas y verá usted cómo canta. —Entonces Julius mira la acequia que tienen detrás y se le ocurre una idea.

—Espere. ¿Y si le cogemos por los pies y le metemos la cabeza

en la acequia hasta que hable? No deja secuelas y admita que eso acojona un rato.

—Mmm… ¡fuebo! —grita Bao.

—¿Qué dice? —pregunta Julius.

—¡Fuebo!

—No le entiendo nada. Hable más claro.

—Tal vez si le quitamos la cinta entendamos algo —sugiere Benancio.

—Joder, se me había olvidado. Es que de noche y con el maldito pasamontañas no veo ni torta. Y ya podía haber traído unos de verano, que son de lana y nos va a dar una lipotimia si no acabamos pronto con esto.

Julius le retira la cinta de la boca a Bao de un tirón.

—¿Qué decías?

—¡No daño! ¡Yo no hacer nada!

—Que sí, que ya, que vale, pero dinos qué ocurre en la peluquería.

—¡Juego! ¡Gente apostar dinero!

—¿Quieres decir que es un casino ilegal?

—¡Eso! ¡Casino ilegal! ¡Apostar!

—¿Conoces a una mujer llamada Li?

—Yo no conocer nadie. Solo apostar.

—¿Qué hay que hacer para entrar en el casino?

Bao parece dudar. Teme estar hablando demasiado.

—Cójalo por los pies —ordena a Benancio.

—¡No! ¡Por favor!

—Dinos cómo podemos entrar a jugar.

—Hay que pagar dinero. A señor Wu.

—¿Cómo encontramos a ese señor Wu?

—Trinquete Pelayo. Él siempre desayuno en trinquete. Chino gordo.

—Gracias, Bao. Ahora vamos a llevarte de vuelta. No tienes nada que temer. Pero será mejor que no me entere de que dices algo de esto a Wu o a cualquier otra persona. ¿Has entendido?

—Bao promete.

22

Conchita se aferra a su bolso. Nunca ha llevado tanto dinero encima. No le hace mucha gracia el encargo, pero ser detective tiene estas cosas. Mira a un lado y a otro antes de entrar en el trinquete de la calle Pelayo. Es un lugar extraño. Parece un restaurante de lujo dentro de una nave industrial. Una mano gigante y una pelota, realizadas con varetas de madera, cuelgan de una de las paredes de ladrillo caravista. El sitio impresiona a Conchita, que esperaba más un tugurio que este luminoso restaurante. En uno de los laterales una puerta de cristal deja ver el antiguo trinquete, ahora remozado y pintado de un blanco reluciente. Es un templo de la *pilota* en pleno centro de la ciudad. De las paredes cuelgan imágenes de las leyendas de este deporte, Nel de Murla, Quart, Juliet, Rovellet, Genovés. Para Conchita son solo señores vestidos de blanco con fajín que parecen golpear una pelotita con la mano. Su objetivo es otro. Un chino gordo. Y ahí está, en una de las mesas. Es realmente grande para ser chino. Tiene el pelo liso y de un negro brillante. Sus mofletes mascan un bocadillo de chorizo y morcilla del que rezuma un aceite rojizo. Lleva una servilleta prendida del cuello de su camisa blanca.

Conchita se detiene junto a la mesa del orondo chino. Este no parece advertir su presencia.

—¿Señor Wu?

El señor Wu deja de masticar unos segundos y la mira sin levantar la cabeza. Asiente, pero no dice nada.

—¿Me puedo sentar con usted?

Wu la invita a ello con un gesto de la mano. Conchita se sienta frente a él sin dejar de aferrarse a su bolso. Mira a su alrededor con desconfianza. El señor Wu sigue comiendo sin decir nada. Conchita parece comprender que la prioridad es el bocadillo y espera con paciencia a que termine. Al señor Wu parece agradarle ese respeto por parte de la mujer que tiene delante. El almuerzo es para él casi

una religión y el bocadillo una liturgia. Cuando termina se limpia la boca con la servilleta y empuja el plato hacia el centro de la mesa. Parece satisfecho.

—Buenos días —saluda con educación—, ahora ya puedo atenderla. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi nombre es Conchita. Me han dicho que usted tiene un sitio en el que se puede jugar.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le ha dicho eso?

—Una amiga.

—¿Y tiene nombre esa amiga suya?

—Li.

—Ya veo. ¿Y a qué juega usted?

—Bueno, yo soy muy viciosa del bingo, pero me acabo aburriendo. Li me ha dicho que hay muchos otros juegos más divertidos y en los que se puede ganar más dinero.

—Y también se puede perder —advierte el señor Wu con seriedad.

—Es verdad. Pero yo nunca me gasto lo que no tengo.

—Es usted una mujer inteligente, pues.

—Gracias.

—Jugar en uno de esos sitios cuesta dinero —advierte el señor Wu.

—Sí, ya me ha dicho Li —miente Conchita.

—La matrícula, por decirlo así, son doscientos euros. Luego deberá pagar veinte euros cada vez que quiera entrar. Hay unas pocas reglas que debe cumplir. No puede entrar con teléfono móvil, calculadora ni ningún otro aparato electrónico. Las fichas que le darán para jugar no tienen valor fuera del local. No se fía a crédito. Si no tiene dinero, no juega. Puede fumar y beber, pero no puede entrar comida ni bebida del exterior. Si se emborracha la expulsarán del local y no podrá volver a entrar nunca. ¿Lo ha entendido?

—Creo que sí.

—¿Ha traído el dinero?

—Sí, lo tengo en el bolso.

—Bien. Métalo dentro de esa servilleta con disimulo y déjela encima de la mesa.

A Conchita le tiemblan un poco las manos cuando oculta los

billetes en los pliegues de tela y deja la servilleta sobre la mesa. El señor Wu se la acerca y cuenta que está todo.

—Necesitará una contraseña para entrar. La suya es «cabeza de serpiente». No la olvide. Ah, y otra cosa. No vuelva nunca por aquí. Si tiene algún problema, en el local se lo resolverán. Ha sido un placer conocerla, Conchita. Que tenga suerte.

23

Li está sentada frente a Casimiro. Se retuerce las manos. Conchita está sentada a su lado. Hace ya varios días que Xin ha desparecido. En su mirada se aprecia el calvario que debe estar pasando, sin embargo hay una suerte de aceptación en su actitud, como si supiera que la desaparición de su hijo es una consecuencia esperada. Tiene un aspecto desaliñado, profundas ojeras y sus manos tiemblan incontrolables. Casimiro puede percibir el aliento alcohólico de la mujer.

—Li —comienza Casimiro con calma—, tiene que decirnos la verdad. No podemos ayudarla si no sabemos lo que está pasando.

La mujer mantiene la mirada hacia el suelo. Resulta evidente que siente vergüenza.

—Li —interviene Conchita—, piense en Xin. Tiene que decirnos lo que ha pasado.

—Debo dinero. Por eso se lo han llevado —dice al fin.

—¿Cuánto dinero? —Quiere saber Casimiro.

—Tres mil euros.

—¡Jesús, María y José! —exclama Conchita.

—¿Eso es por traerla aquí o por el juego?

—Por el juego. La otra deuda la pago trabajando. Pero no se acaba nunca. Ellos me cobran por la casa también.

—¿La casa es esa cochambre de almacén en el que vives? —Se escandaliza Conchita.

—Conchita, por favor, déjeme a mí —la reprende Casimiro.

—Li. —¿A quién le debe ese dinero?

—No sé. Un hombre presta dinero en la peluquería, pero no sé cómo se llama.

—¿Cuánto tiempo tiene para pagar la deuda?

—Una semana. Si no pago, le harán algo malo a Xin, lo sé. Es todo culpa mía. Soy una mala madre.

Conchita acerca su silla a la de Li y la coge de la mano. Li no

puede contener las lágrimas.

—No diga eso, mujer, ni en broma. Usted no es una mala madre.

—Li —continúa Casimiro—, por desgracia nosotros no tenemos ese dinero, pero vamos a hacer lo que podamos por encontrar a Xin y liberarlo. Luego ya veremos. De momento nos tiene que prometer que no volverá a jugar en esa peluquería. ¿Lo entiende?

—Sí —contesta Li entre sollozos.

—Usted quédese en la tienda, si ocurre algo o si tiene noticias de esos hombres, llámenos en seguida. Debe hacerme caso. Conchita, acompañe a Li a casa, por favor. Tenemos que ponernos en marcha.

24

Reunión de control en La Central. Tienen el nombre y la sede social de la empresa, Shanghai Import. Está una de las naves del polígono que hay junto al aeropuerto de Manises. Muchas empresas chinas tienen sus almacenes en ese polígono, son naves enormes a las que llega toda la mercancía que importan y que luego se distribuye a los comercios chinos. Todavía no saben si hay conexión entre la empresa y el casino ilegal que se ubica en la trastienda de la peluquería. Según lo que el señor Wu le dijo a Conchita, en el local no se presta dinero, si uno no tiene para apostar, no juega. Pero de las palabras de Li se deduce que debe haber gente que se dedica a prestar dinero a los que lo han perdido jugando. No se puede descartar que sean los mismos que ayudan a los inmigrantes a entrar en el país. Aunque lo de ayudar suena un poco a eufemismo.

Tras un breve debate, se decide que será Conchita quien entre en el casino a jugar y a intentar averiguar quién presta dinero a los jugadores. Casimiro presenta algunas objeciones, como el hecho de que Conchita no tenga ni pajolera idea de cómo se juega a la ruleta o al *black jack*. Ella tan solo ha jugado alguna vez al bingo, sin suerte. Benancio y Julius consideran este hecho una ventaja a su favor, pues de lo que se trata es de que Conchita pierda su dinero con la esperanza de que los prestamistas se acerquen a ella. Casimiro sugiere que Conchita aparente ser una mujer rica, como parte del cebo, a lo que Conchita replica que ella dinero no tiene, ni joyas, ni trajes elegantes, tan solo un vestido de fiesta de la vez que fue a la boda de una prima suya en Tomelloso. Benancio se ofrece a prestarle algo de ropa que su mujer dejó abandonada en su casa cuando se largó con otro. No es gran cosa, pero servirá. Julius cree poder conseguir algo de bisutería barata que espera dé el pego en la oscuridad del local. Deciden que no hay tiempo que perder. Será esta misma noche.

Por su parte, Casimiro quiere que Benancio y Julius acudan a la sede de la empresa en el polígono industrial a ver qué pueden averiguar, con discreción, por supuesto. Pone al corriente a los demás del plazo que tiene Li para pagar su deuda y les hace ver que deben actuar sin demora. Esta noche, Benancio y Julius acompañarán a Conchita a la peluquería y montarán guardia hasta que salga. La misión de Conchita es conseguir un préstamo e identificar al prestamista.

Se disuelve la reunión hasta nueva orden.

25

El destartalado Land Rover de Benancio transita despacio por el polígono. Julius ha marcado el lugar en la aplicación de mapas de su teléfono móvil. Cuando llegan al lugar estacionan el vehículo frente a la entrada. Es una nave alargada, de una sola planta y pintada de azul celeste. Sobre la puerta hay unas grandes letras en chino que ninguno de los dos entiende. El lateral de la nave tiene enormes huecos para carga y descarga de camiones, todos cerrados con persianas. No parece haber mucha actividad. Durante un buen rato nadie entra ni sale. La entrada principal es una gran puerta metálica que contiene una más pequeña. El tiempo transcurre despacio y nada sucede.

—Benancio —propone Julius—, voy a acercarme a la gasolinera a por unas cervezas, parece que la espera va a ser larga.

—Si le gusta el coñac tengo una botellita y unos vasos en el maletero.

—¿Coñac, dice? No se hable más, querido amigo.

Al cabo de dos horas la botella solo es un recipiente vacío. Benancio y Julius balbucean bajo los efectos del licor.

—*Maburro* —sentencia Benancio con la voz pastosa.

—Ya somos dos. *Burp*. Propongo una escaramuza.

—¡*Enga! Alea yasta es. Hic*.

Ambos abandonan el vehículo tambaleantes. Se apoyan el uno en el otro para mantener la vertical. Benancio empuja la puerta que cede con un chirrido. La nave está en penumbra. Silencio. Caminan en zig zag y de pronto la puerta se cierra a sus espaldas con un estruendo. Cuando se giran, Chang, el chino al que Julius propinó un sartenazo, está parado junto con otros cuatro orientales de proporciones descomunales.

—¡Ostias, el chino! —exclama Julius poniéndose en guardia.

—Caballeros, no nos pongamos nerviosos —trata de calmarlos Benancio.

—Estáis jodidos —es cuanto dice Chang, que avanza hacia ellos con los otros cuatro.

Julius y Benancio retroceden, pero los enormes chinos los rodean. La cosa no pinta nada bien.

—Benancio, colóquese tras de mí, espalda con espalda. Táctica de combate. ¿Domina algún arte marcial?

—Va a ser que no, querido Julius, pero suelto hostias como panes.

—Tendrá que servir. Prepárese, esto va en serio.

—¿Que cojones hacéis aquí? —pregunta Chang.

—¿Dónde está el niño? —contesta Julius.

—¿Qué niño? —Quiere saber el chino.

—Para ser chino, te haces el sueco de puta madre. Xin, el hijo de Li. ¿Dónde está?

—No sé de qué me hablas. No sé nada de ningún niño.

—Ya, y yo soy sobrino de Mao Tsé Tung.

Uno de los chinos se aproxima demasiado, a juicio de Benancio, que tiene los nervios a flor de piel. Cierra los puños y tensa todo su cuerpo. Julius puede notar la electricidad que desprende su enorme amigo. Cruza las manos frente a su rostro y se prepara para entrar en acción. El chino se abalanza sobre Benancio y cuando traspasa la zona de seguridad recibe un guantazo a mano abierta que retumba en la enorme nave. Es el pistoletazo de salida. Aprovechando que su chino aún se tambalea, Benancio embiste como un rinoceronte y lo derriba. Se gira entonces para recibir al segundo. Se mueve con una agilidad impropia de su envergadura. Otros dos chinos se abalanzan contra Julius. Intenta una patada voladora que falla y recibe entonces un puñetazo en los huevos que lo manda a la lona. De rodillas se sujeta sus partes sensibles y aúlla de dolor.

—¡Mis pelotas! —gime en el suelo.

Benancio se lanza contra el atacante de Julius y lo derriba de un formidable placaje, pero otros dos chinos se le echan encima propinándole golpes sin descanso. Rueda sobre sí mismo tratando de esquivar la lluvia de patadas. La situación es desesperada. Julius gime y trata de ponerse en pie, momento en el que recibe un golpe por la espalda que lo manda de nuevo contra el suelo. Benancio está inmovilizado bajo el peso de dos chinos y Chang pone su pie en la espalda de Julius impidiendo que pueda moverse.

Cuando todo parece encaminado a una brutal paliza resuena una voz desde el interior de la nave. Alguien pronuncia unas palabras en chino que hace que los atacantes se detengan. Una nueva orden hace que liberen a Julius y Benancio. Estos se incorporan como pueden, se sujetan el uno al otro doloridos sin comprender muy bien qué está sucediendo. La voz procede de la penumbra, por lo que no pueden ver a quien acaba de hablar.

—¡Largaos! —ordena Chang—. Esto es un aviso. Si os vuelvo a ver no tendréis tanta suerte.

Julius está a punto de decir algo, pero se dobla sobre sí mismo y el coñac sale despedido de su estómago con un estertor. Benancio se sujeta los riñones y ayuda a su amigo a salir de allí como puede. Definitivamente, no se puede calificar la visita como un éxito, pero al menos han localizado a Chang.

26

Conchita está nerviosa. Se ha vestido para la ocasión con las prendas que le ha prestado Benancio. Un conjunto verde esmeralda de falda y chaqueta demasiado estrecho. Los collares y pulseras que le ha proporcionado Julius la asemejan más a un rapero de tres al cuarto que a una dama de la alta sociedad. Los zapatos de tacón alto le están dos números grandes. Los ha rellenado con algodón, pero aun así los tobillos se le tuercen al andar. Pintada como una puerta parece una *drag queen* de metro cincuenta.

—¿Qué tal estoy?

Benancio y Julius no saben qué decir.

—Déjense de tonterías —tercia Casimiro—. El aspecto es lo de menos, lo importante es que entre ahí y pierda todo el dinero lo más rápido que pueda. Cosa nada difícil dado su escaso conocimiento del juego. Lo más seguro es la ruleta, Conchita. Recuerde, ponga las fichas en un número y recemos para que no acierte.

—¿Y qué pasa si gano?

—¡Pues sigue usted jugando hasta que pierda, narices!

—¡Vale, vale! Hay que ver qué antipático se pone usted.

—Aquí tiene el dinero, procure no gastarlo todo que no nos sobra.

—Ay madre, en menudos líos me mete usted.

—¿Usted no quería ser mi ayudante? Pues en marcha, no hay tiempo que perder. Benancio y Julius estarán fuera vigilando. En cuanto identifique al prestamista salga y espere con ellos a que abandone el local. ¿Está claro? Yo pasearé a la perra por la calle por si me necesitan.

Benancio y Julius se apostan en el Land Rover frente a la peluquería. Casimiro camina con la señorita Pérez arriba y abajo. Observan a Conchita caminar hacia la peluquería con paso inestable.

Conchita entra en el establecimiento. Una joven tras el mostrador de la peluquería se lima las uñas con desgana. Apenas levanta la cabeza para mirar a la nueva clienta. El local está casi a oscuras. Conchita da la contraseña y la mujer aprieta un botón junto a la caja registradora. Se escucha un clic metálico y una puerta tras ella se abre. Conchita entra. Todo a su alrededor es oscuridad. Ahora sabe cómo se siente Casimiro cada día de su vida. Y tiene miedo. Está en un recibidor al que no llega luz alguna. Otro clic y una nueva puerta que se abre. Un rumor amortiguado llega a sus oídos. Lo primero que percibe es olor a humo y a sudor. Franquea la segunda puerta. El local es amplio, iluminado escasamente solo por encima de las mesas. No hay ninguna ventana, imposible saber si es de día o de noche. Los jugadores no necesitan saber esas cosas. El mundo del juego es un mundo en el que el tiempo no importa. Hay mesas diseminadas por todo el recinto. Ruleta, póquer, *black jack*, un par de máquinas tragaperras. La clientela es mayoritariamente oriental, pero hay algunas personas occidentales. Una mujer de edad indefinida la saluda desde un pequeño mostrador a la entrada. Conchita rebusca en su bolso y le tiende los veinte euros de la entrada. La mujer, con acento chino, le pregunta cuántas fichas quiere. Conchita le da cien euros y recibe a cambio un puñado de fichas. Ante la pregunta de si quiere beber algo, Conchita pide un anís. La china no tiene. Tal vez no sepa ni lo que es. ¿Cerveza? Cinco euros. Jesús, ¿cinco euros por una cerveza? Es dinero de Casimiro, y el plan es perderlo cuanto antes, así que cerveza. No quiere vaso. Se queda indecisa observando el movimiento de la gente. Le impresiona el silencio. Todo el mundo parece absorto en su mesa. Apenas un par de cabezas se giran para mirarla. Le pican los ojos por el humo. Da un sorbo de su cerveza y se aproxima a la mesa de la ruleta. Observa unas cuantas rondas antes de hacer su jugada. Coge una ficha de veinte euros y la deposita sobre el número trece. El crupier la mira, es un chino enorme que no mueve un músculo de su cara. Los demás jugadores hacen sus apuestas. No va más. La bola gira en sentido contrario a la ruleta. A Conchita se le acelera el pulso. La diminuta esfera blanca tropieza, da un par de brincos y cae en la casilla. La número trece. Conchita tarda un buen rato en ser consciente de que acaba de ganar. El crupier la mira y le entrega fichas por valor de treinta y

cinco veces lo apostado. Un buen montón. La gente se gira para mirar con desprecio a la recién llegada. Conchita duda si dar brincos de alegría. Es la primera vez en su vida que gana un dinero tan fácil. Pero está ahí para perder dinero, no para ganarlo. Maldito Casimiro, para una vez que tiene suerte en la vida y tiene que renunciar a ella. En la siguiente apuesta pone cincuenta euros en el número siete. Se repite el proceso con idéntico resultado. Sale el número siete. Conchita no puede creérselo. Los jugadores empiezan a murmurar en chino palabras poco amistosas. La suerte del recién llegado nunca es bienvenida. Conchita siente la garganta seca y da un trago a su cerveza. Mira a su alrededor como disculpándose por su buena fortuna. A la siguiente tirada pone fichas por valor de trescientos euros en la casilla roja. Y sale la casilla roja. El crupier la mira con desconfianza cuando le entrega fichas por valor de seiscientos euros. Repite la operación y apuesta cuatrocientos euros al negro. Y sale negro. Ha ganado tres mil ochocientos euros en pocos minutos. No puede creerlo. Y entonces tiene una idea. Recoge sus fichas, las mete en el bolso y se va a la tragaperras. Rebusca en su bolso y encuentra unas cuantas monedas de euro. Introduce una moneda y aprieta botones al azar. No tiene ni idea de cómo funciona una tragaperras. Es un galimatías de colores, imágenes, sonidos. Unas ruedas giran cada vez que aprieta un botón, pero Conchita apenas les hace caso. Su atención está puesta en aquellos jugadores que pierden. Observa los gestos, las miradas de abatimiento. Las frentes sudadas. Los ceniceros llenos. Las maldiciones pronunciadas en chino suenan como en cualquier otro idioma. A desgracia y desesperación. No tarda mucho en identificar a un chino enorme que se sienta en una de las esquinas. No juega, tan solo observa. De tanto en tanto alguno de los jugadores se le aproxima. Son los perdedores. El intercambio es rápido. Billetes a cambio de una firma. Luego, al mostrador a cambiarlos por fichas. Es él. El prestamista. Conchita no cabe en sí de gozo. Ha conseguido un pleno. Tiene dinero de sobra para pagar la deuda de Li y ha identificado al hombre que buscan. Se queda un rato más observando para estar segura. Entonces cambia las fichas. El corazón se le sale del pecho. Teme que algo salga mal, no puede ser tan sencillo. Sale del local, acelera el paso y los tobillos se le tuercen. Benancio y Julius no entienden cómo sale tan pronto.

Conchita sube a la parte de atrás del Land Rover en la que están sentados Casimiro y la señorita Pérez. Ambos se sobresaltan al escuchar a Conchita emocionada.

—¡Tiene usted una ayudante que no se la merece, Casimiro!

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Julius—. ¿Ya ha perdido todo el dinero?

—¡Mucho mejor que eso, amigo! Lo he intentado, pero no ha habido manera, ha sido una cosa maravillosa.

—¿Me está diciendo que no ha perdido el dinero?

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué noche, Casimiro, qué noche! No se lo van a creer.

La señorita Pérez, contagiada por la alegría de Conchita, menea el rabo y aúlla.

—¡Explíquese, que me está poniendo nervioso! ¡Calle, señorita Pérez!

—¡He ganado, Casimiro! ¡Ha sido una cosa de locos! Yo intentaba perder rápido, pero no ha habido manera. Ficha que ponía en número, número que salía. Luego he cambiado al rojo y ha salido rojo. Negro y salía el negro. No podía parar de ganar. Al final he tenido que dejarlo porque todos me estaban mirando mal. ¡Mire, Casimiro, mire! —Abre el bolso y muestra el fajo de billetes.

—¿Me está diciendo que no ha perdido? ¡Es usted un desastre!

—¡Cállese, tío rancio! ¿Pero es que no se da cuenta de la suerte que hemos tenido?

—Francamente, no.

—¿Cuánta pasta hay ahí? —pregunta Benancio.

—¡Más de tres mil euros! ¿No se dan cuenta de que con esto podemos pagar la deuda de Li?

Silencio. Todos en el coche parecen estar procesando esa idea.

—Pues razón no le falta. Eso hay que reconocerlo —afirma Julius.

—Y eso no es todo —prosigue Conchita—, también sé quién es el prestamista. Me he fijado bien y me he quedado con su cara.

—Conchita, es usted asombrosa.

—Gracias, querido Benancio. ¿Y ahora qué, Casimiro? ¿Soy o no soy una buena ayudante?

—Tengo que admitir que así es, querida Conchita. Pero no debemos confiarnos. No tenemos ninguna garantía de que pagando

la deuda nos devuelvan a Xin. Propongo esperar a que salga el prestamista y seguirlo. Es mejor tener localizados a nuestros enemigos.

—Secundo la idea —exclama Julius.

—Yo también.

—Yo, si me disculpan, espero a que salga el prestamista y luego me voy a casa, que ya he tenido bastantes emociones por esta noche.

Durante un buen rato nada sucede. Algunos clientes entran en la peluquería, otros salen con gesto abatido. Perdedores. Al cabo de un par de horas el prestamista sale flanqueado por dos armarios roperos orientales.

—¡Es ese! —grita excitada Conchita.

—¿El de la chaqueta negra?

—¡Sí, ese! ¡Estoy segura!

—En marcha. Conchita, dele el dinero a Julius y llévese a casa a la señorita Pérez, nosotros vamos a seguir a ese fulano.

Conchita se aleja por la acera mientras los tres hombres se introducen en un BMW todo terreno y arrancan. El Land Rover sale tras ellos. Casimiro pide que le vayan radiando sus movimientos. Recorren la Gran Vía, cruzan el puente sobre el cauce del Turia y se encaminan hacia la ciudad de las ciencias. El BMW se detiene frente al garaje de un edificio. Si el vehículo entra en el garaje los perderán. Casimiro salta del coche e indica que lo esperen. Julius opina que es mejor que vaya él mismo, pero Casimiro lo disuade, un ciego nunca es sospechoso de nada. El todoterreno se introduce por la rampa y la puerta comienza a bajar. Casimiro se apresura guiado por su bastón y por el ruido de la puerta corredera, cuando solo falta medio metro para que se cierre del todo se echa al suelo y rueda hasta el interior de garaje. Se guía por el ruido del motor del BMW y se agazapa entre dos coches. Escucha los pasos de los tres hombres encaminarse hacia el ascensor. Cuando se detienen, sale de entre los vehículos y da las buenas noches. Los chinos lo miran con asombro, pero responden al saludo. Cuando se abren las puertas los cuatro se introducen en la cabina. Uno de los chinos pregunta a qué piso va Casimiro. Tiene que pensar deprisa. Lo más seguro es decir que al último piso, pero si los chinos viven en el ático y solo hay una vivienda por planta está perdido. El penúltimo es más seguro.

Silencio de ascensor. Casimiro puede sentir los codos de los chinos a su alrededor. Cuando el ascensor se detiene le indican que ha llegado a su piso. Estaba en lo cierto, los chinos van al ático. Casimiro sale y se despide. Se queda escuchando cómo el ascensor asciende una planta y se detiene. Espera durante un buen rato antes de volver a llamar al ascensor para que no puedan escucharlo desde arriba. Afortunadamente los botones están adaptados para invidentes y Casimiro puede palpar el de la planta baja. Pulsa y cuando llega al zaguán se deja guiar por su bastón. Baja cinco escalones y toca una puerta de cristal. Está cerrada. Busca a tientas un botón en el interior que la abra. Al cabo de unos cuantos intentos localiza el botón y la cerradura emite un chasquido. Benancio y Julius están esperándolo fuera.

—¿Algún problema? —Quieren saber.

—En el ático —responde Casimiro—, memoricen la calle y el número. ¿Hay algún nombre en el telefonillo?

—Ninguno.

—Bien, ya podemos irnos.

27

Xin pensó que nada podía dar más miedo que la soledad o el hombre que lo secuestró. Pero se equivocaba. Ahora sabe a qué se refería cuando dijo que en unos días comenzarían las visitas. Siempre de noche, siempre de la misma manera. Lo primero que hace la mujer es bañarlo con una toalla húmeda. Luego le pone ropa limpia. Pero no es ropa suya. La anciana estira las sábanas en la cama y a continuación se lleva el cubo del cuarto. A partir de ese momento es solo cuestión de esperar. Cuando escucha pasos al otro lado ya sabe lo que va a ocurrir. Un hombre, siempre un hombre pero cada vez uno distinto, entrará en el cuarto. Alguno le traerá regalos. Regalos que Xin ni siquiera mirará, porque sabe lo que viene a continuación. Ese hombre, cada hombre, se acercará, le hablará sin esperar respuestas, le pedirá que se acerque a la cama y se quite la ropa. Y luego sus manos, manos grandes que a Xin le parecen tentáculos, recorrerán su cuerpo menudo con caricias. Xin luchará para imaginarse que eso no está pasando, pensará en su colegio, en sus amigos, en su madre, pero nada impedirá que deje de suceder. Siempre lo mismo. Luego la mujer volverá a lavarlo, traerá de nuevo algo de comida y el cubo, saldrá, cerrará la puerta por fuera y dejará a Xin allí, solo. Xin se ovillará en el suelo, cerrará los ojos con fuerza, llorará sin lágrimas y los fantasmas lo abrazarán hasta la siguiente visita.

28

Benancio silba una cancioncilla mientras prepara la mesa. Ha pasado la tarde arreglando su piso para que esté presentable. Desde que su mujer se marchó ha descuidado un poco el orden en casa. El comedor luce impecable. Hasta ha comprado unas velas para dar un toque romántico a la cita. Dudó mucho antes de invitar a Conchita a cenar a casa. Es un paso importante. Le daba miedo hacer el ridículo y que todo fuera producto de un malentendido. Pero ella aceptó encantada. Es curioso cómo suceden las cosas. Antes de todo el asunto de la china tan solo se habían saludado con cordialidad al encontrarse en el portal. Le parece una mujer admirable. A veces la escucha por el deslunado cantar boleros y se imagina en secreto sacándola al cine, invitándola a cenar a un sitio bonito, paseando con ella por el parque. Cuando se fue su mujer el mundo se le vino un poco encima. Se veía incapaz de retomar una vida en soledad, como si no pudiera imaginar una rutina sin alguien a su lado. Pero a la fuerza ahorcan y tuvo que hacer de tripas corazón, tragarse su orgullo y tirar para adelante. Y en esas estaba cuando ha llegado Conchita para trastocar sus planes. Le admira su buen humor y su resolución, su valentía al sacar adelante a dos hijos sin ayuda. Nunca la ha visto con ningún hombre y eso le ha dado valor suficiente para invitarla.

Benancio va hasta la cocina y abre el horno para comprobar el estado del pollo con patatas que ha preparado. Está casi listo. Se avergüenza un poco de sus escasas dotes culinarias, aunque confía en salir airoso de la situación con un plato sencillo. Ha comprado un vino en el Mercadona de la esquina aconsejado por el encargado. Nada demasiado caro, pero algo un poco especial. Descorcha la botella porque ha escuchado decir que el vino hay que abrirlo antes para que respire. No sabe lo que significa eso, pero sigue el consejo. Con la botella todavía en la mano escucha el timbre de la puerta y esboza una sonrisa. La puntualidad de Conchita es una buena señal.

Se mira en el espejo del recibidor, mete barriga y abre la puerta.

Sorpresa.

Una detonación y los sesos de Benancio salen despedidos contra la pared. Su cuerpo cae a plomo hacia atrás y la botella estalla en mil pedazos. El vino se desparrama y se mezcla con la sangre que mana de su cabeza. Un chino enorme pasa por encima de su cadáver.

Unos minutos después, Conchita nota el olor del pollo quemado cuando sube por las escaleras. Sonríe cuando imagina a Benancio trastear en la cocina para intentar arreglar el desaguisado culinario. Le enternece que ese hombre la haya invitado a cenar a su casa pese a no saber cocinar. Cuando llega al descansillo la puerta está entreabierta. Percibe el olor a vino y a algo que no sabe identificar. Duda si llamar al timbre y empuja un poco la puerta. En ese momento lo ve. Benancio tendido con la cabeza reventada. Se queda paralizada por el terror y empieza a temblar. Siente que se va a desmayar. Sus ojos se encuentran entonces con los de un chino que la mira desde el fondo del pasillo. Una escopeta de cañones recortados cuelga de su mano. Y actúa sin pensar. Cierra la puerta de golpe y sube las escaleras. No sabe por qué sube en lugar de bajar. Quizá el instinto primario de proteger a sus hijos, de alejarlos de la muerte. Sube todo lo deprisa que puede. Escucha a su espalda cómo se abre la puerta del piso de Benancio y unos pasos que la siguen escaleras arriba. Son solo dos pisos, pero se le hacen eternos. El asesino de Benancio sube los peldaños de tres en tres. La ventaja de Conchita se reduce a cada paso. Consigue llegar al último piso, busca las llaves de la terraza en su bolso, pero le tiemblan tanto las manos que apenas acierta a escoger la llave correcta. Está frente a la puerta de salida a la terraza. Intenta introducir la llave y el manojo se le cae de las manos. Escucha los pasos cercanos. El corazón se le sale por la boca. Recoge el llavero y escoge la llave incorrecta. Prueba con otra y de reojo ve la cabeza del asesino por encima de la barandilla. Gira la llave, abre la puerta de hierro y cierra de un portazo en el mismo momento en el que un estruendo de perdigones se estrella contra la superficie metálica. Se aparta hacia un lado, se deja caer en el suelo y escucha golpes en la puerta. Se tapa los oídos y cierra los ojos. Los golpes cesan y la terraza queda en silencio. Busca su teléfono móvil, trata de marcar el

número de Casimiro, pero le cuesta coordinar sus movimientos y el aparato se le cae de las manos. Lo recoge e intenta marcar de nuevo. No lo consigue. Se abraza a sus rodillas y comienza a llorar. Entonces piensa que tiene que dominarse, la vida de sus hijos corre peligro. Marca el número de su casa y ordena a Charly que no abran la puerta a nadie. Su hijo no comprende muy bien qué está pasando, pero la voz aterrorizada de su madre es suficiente para que entienda la orden. A continuación, marca el número de Casimiro y le cuenta atropelladamente que Benancio está muerto. Debe buscar a Julius y abandonar la vivienda de inmediato. Todavía no lo sabe, pero ha comenzado una cacería y todos ellos son las presas.

29

Casimiro baja deprisa las escaleras tirando de la perra. Llama con insistencia a la puerta de Julius. Cuando este abre le explica atropelladamente la situación. Tienen que abandonar el edificio de inmediato. Benancio ha sido asesinado. Julius lo hace pasar y cierra la puerta. No puede creer que hayan matado a Benancio. Deben haber tocado un avispero sin darse cuenta. Han sido unos ingenuos al subestimar a los extorsionadores de Li. Mientras Casimiro espera impaciente, Julius prepara una pequeña mochila. Mete todo el dinero que ganó Conchita en la peluquería y el poco que tiene en casa. Abre un armario y saca algo envuelto en un trapo del altillo, lo mete también en la mochila junto con una muda de ropa. De vuelta al recibidor se dispone a salir, pero en el último momento se detiene. Va al salón y mira a través de la cortina por la ventana. Y lo ve. Es el mismo BMW que siguieron hasta la casa del prestamista. Está aparcado en doble fila frente al portal. Están jodidos. Tiene que pensar deprisa.

—Casimiro, están fuera —dice de vuelta en el recibidor.

—Déjeme pensar —pide Casimiro con aplomo, aunque por dentro siente cómo el miedo se apodera de él. Para cualquier persona ser perseguido es preocupante, para un ciego es sencillamente aterrador.

Al cabo de unos segundos reacciona.

—Escúcheme bien Julius, esto es lo que vamos a hacer. Sé que le parecerá una locura, pero no hay otro modo de hacerlo, hay que salir antes de que entren en el edificio o estamos perdidos.

Julius hace una llamada con su teléfono, espera unos minutos y observa por la ventana cómo un taxi se detiene tras el BMW. Hora de ponerse en marcha. Hay dos ocupantes en el todoterreno que esperan vigilantes. Desde el interior del vehículo ven salir al ciego con el perro y el bastón. Camina despacio tanteando la fachada. Cuando se ha alejado unos metros ponen el coche en marcha y lo

siguen. Al llegar a la esquina de la Gran Vía, perro y dueño se detienen, el semáforo está en rojo y el tráfico es intenso, pero sin previo aviso el hombre sale corriendo, sortea los coches que frenan bruscamente, se mueve con una agilidad impropia de un ciego, parece un milagro que no lo atropellen. Llega al jardín central y sigue corriendo con el perro junto a él hasta alcanzar el otro lado de la avenida. El BMW se salta el semáforo en rojo con un chirriar de ruedas, provoca frenazos y pitidos de otros conductores, pero tiene que dar un rodeo para cambiar de sentido. Para cuando lo hacen el ciego ya ha desaparecido.

Mientras tanto, Casimiro, vestido con las ropas de Julius, sale del portal y trata de alcanzar el taxi. Sin su perra y su bastón el mundo es mucho más complejo. Al llegar al bordillo se trastabilla, pero consigue mantenerse en pie. Se guía por su oído. Escucha el motor al ralentí del vehículo y palpa el lateral. Abre la puerta trasera y se deja caer en el asiento. Pide al conductor que lo saque de allí lo más rápido que pueda. Saca su teléfono móvil y le ordena que marque el número de Julius. Teme que nadie conteste, pero al cabo de un par de tonos escucha con alivio su voz. Lo ha conseguido. El factor sorpresa ha funcionado. Pregunta al taxista si pueden recoger a un amigo con un perro. El hombre pone mala cara y niega con la cabeza. Ante el silencio Casimiro se quita sus gafas de sol y le dice al hombre que es ciego, que es su perro guía al que van a recoger. Por el retrovisor el taxista ve los ojos sin vida de Casimiro y sabe que no puede negarse. Adelante. Tras recoger a Julius le dan la dirección de casa de Conchita. No tienen tiempo que perder. La señorita Pérez viaja sentada a los pies de Julius, que trata de tranquilizarla con suaves caricias en la cabeza. Cuando llegan frente al portal de Conchita Julius hace una llamada. Todavía está en la terraza muerta de miedo. No se ha atrevido a moverse. Julius le da unas instrucciones y cuelga. Pide al taxista que vigile la entrada y comunique a Casimiro si alguien entra en el portal. Coge su mochila y llama al timbre. Charly contesta, su madre acaba de llamarle con instrucciones de abrir exclusivamente a Julius. La puerta se abre y este entra en el zaguán. Saca un par de cuchillos envueltos en un trapo de su mochila, se la pone de nuevo en la espalda y sube despacio piso por piso. Todo despejado. Al llegar ante la puerta de la terraza toca con los nudillos y avisa a Conchita

de que no hay nadie en el edificio. Conchita abre y se abraza a Julius, se le saltan las lágrimas. Este le pide que se domine, que piense en sus hijos, hay que recogerlos y salir zumbando, no conviene asustarlos. Llama a Casimiro y le dice que pida otro taxi. Bajan al piso de Conchita. Sus hijos están dentro, asustados. Tienen que recoger sus cosas. Incluso Charly, que tiene todo su mundo metido en su cuarto, no protesta. Tan solo coge un ordenador portátil y algunos cedés y lápices de memoria. Conchita mete algo de ropa en sus mochilas. Sus hijos miran a Julius con recelo. Nunca han visto a un tipo tan raro. Viste unos pantalones y una chaqueta que le quedan visiblemente cortos. Cuando llega el taxi bajan todos a la calle.

30

Conchita ha llevado a sus hijos al único sitio en el que pueden estar seguros. Las monjas siempre fueron buenas con ella, jamás la dejaron de lado. Y ahora las necesita más que nunca. El convento de las Clarisas Franciscanas se encuentra en una de las zonas más visitadas del casco antiguo, junto a la Plaza de la Virgen y a espaldas del Palacio de la Generalitat. Es un oasis de silencio y recogimiento en medio de un barrio tomado por los turistas. Sus hijos están asustados, nunca han entrado en un convento. Las rejas de forja de la puerta imponen respeto, lo mismo que el hábito de la hermana Carmen. La hermana se sorprende al ver a Conchita acompañada de sus hijos a esas horas de la noche. Nunca los ha traído al convento las veces que ha venido de visita. Pero le basta una mirada a los ojos para saber que algo no anda bien. Y tiene la prudencia de no hacer demasiadas preguntas. Si algo sabe una religiosa es que el tiempo no es importante, lo que tenga que venir vendrá, a su debido momento. Hace pasar a Conchita y a sus hijos, que no saben muy bien cómo comportarse, es todo demasiado extraño. En el taxi Charly ha intentado que su madre le dijera qué estaba pasando, pero ha comprendido que no iba a obtener respuesta en ese momento.

La hermana Carmen los acomoda en una de sus austeras habitaciones. Apenas hay muebles, tan solo un par de camas y una silla junto a la ventana enrejada. Un rato más tarde Conchita y la hermana Carmen están frente a la madre superiora en su despacho. Se dicen pocas cosas. A veces sobran las palabras. Pueden quedarse, pero solo unos días. Conchita agradece en silencio con lágrimas en los ojos. Allí sus hijos están seguros. La madre superiora imagina una historia de malos tratos, un marido violento, cosas que ve todos los días en la televisión. No imagina lo lejos que está de la verdad. La hermana Carmen tampoco hace preguntas cuando regresan a las habitaciones. Conchita es una buena mujer, sobre eso no tiene

dudas. Se despide con un abrazo antes de retirarse a su cuarto. Conchita solo quiere saber una cosa.

—Hermana Carmen, ¿tienen *wifi* en el convento?

31

Julius, Casimiro y la señorita Pérez se instalan en un apartamento de alquiler turístico en la zona de la playa. Les ha costado encontrar uno que admita perros y pago en metálico. Han tenido que convencer a la dueña y pagar una semana por adelantado. La condición de invidente de Casimiro y de perro guía de la señorita Pérez es un argumento poderoso. Nadie quiere cargar con una denuncia por discriminación y mucho menos por un apartamento ilegal, de los que hay a cientos en la ciudad.

Casimiro llama a Conchita y se asegura de que están a salvo en el convento. Escucha con preocupación que tan solo podrá estar unos días escondida con sus hijos. Cuando cuelga decide sacar a pasear a la señorita Pérez por la playa, la perra necesita correr. Julius se apunta, no quiere dejar solo a Casimiro y a todos les vendrá bien el paseo. Mientras caminan por la arena la perra da largas carreras por la orilla, juega con otros perros y parece feliz, ajena a todo lo que se les viene encima. Casimiro y Julius no entienden lo que ha ocurrido. Es evidente que alguien debió seguirlos cuando estuvieron en casa del prestamista al salir de la peluquería. Quizá averiguaron que Benancio pertenecía a las fuerzas de seguridad y decidieron acabar con él. Lo más sensato sería acudir a la policía, pero la vida de Xin y ahora también la de Li corre peligro. Necesitan ponerse en contacto con Li. Julius decide ir a echar un vistazo a la tienda. Saben que ella vive dentro. A Casimiro no le gusta la idea, pero es cierto que tienen que averiguar si está a salvo. No se atreven a llamarla por teléfono por si lo tiene pinchado. Después de lo que han hecho con Benancio, todo es posible.

Vuelven al apartamento y Casimiro le pide a Julius que lo acompañe habitación por habitación describiendo lo que ve. Él va palpando todos los obstáculos, necesita hacerse un mapa mental del lugar, memorizar cada rincón, la posición de las sillas, las mesas.

Todo lo que los demás pueden retener en un segundo mediante una imagen Casimiro debe memorizarlo por medio del tacto, construir un espacio en su cabeza, ubicar los objetos en esa representación mental en la que sus manos hacen de ojos. Recorre una y otra vez el lugar hasta que puede moverse con el bastón con cierta soltura. La perra hace algo parecido y al final se tumba sobre una alfombra en el salón.

La tienda de Li parece despejada. La persiana está bajada y una pequeña puerta de acceso lateral cerrada. Julius se aproxima y llama con los nudillos. Una tenue luz se atisba por el enrejado superior de la persiana, pero nadie abre. Vuelve a llamar. Nada. Presiente que hay alguien tras la puerta y decide probar suerte.

—¡Li, soy yo, Julius! ¡Abra, necesito hablar con usted!

Al cabo de un momento la puerta se abre. Los ojos de Li transmiten el miedo. Deja que Julius entre y cierra la puerta. La tienda está en penumbra, iluminada tan solo por la luz que proviene de una habitación interior.

—Li, ¿está usted bien?

Li no contesta, está aterrada. Julius no puede verle la cara, el contraluz convierte su rostro en una sombra. Si hubiera podido ver sus ojos hubiera notado que su mirada enfocaba algo a espaldas de Julius. Algo que lo golpea en la cabeza con fuerza, lo derriba y lo deja sin conocimiento.

32

Julius abre los ojos. Y sabe que ha llegado el momento del dolor. Está sentado a una silla con las manos atadas por detrás del respaldo. Le han arrancado la peluca y eso es algo que no le gusta. Tres hombres están frente a él. Sus miradas le dicen que son instrumentos del dolor, dispuestos a romper su espíritu a través del sufrimiento. Su mente empieza a prepararse, a disociarse de su cuerpo como tantas veces ha entrenado. Cierra los ojos y realiza varias inspiraciones profundas.

La primera hostia es a mano abierta, sin contemplaciones. Julius sacude la cabeza y observa el dolor, lo asimila.

—Es mejor que hables.

Chang, el que fue atacado con la sartén, parece dirigir el interrogatorio.

Julius permanece en silencio. Una leve sonrisa aparece en su rostro. Se prepara para dejar de luchar, su mente pugna por aceptar el dolor, una lucha espiritual. Dominar para no ser dominado.

—¿Quién eres y qué buscas?

Silencio.

Respondiendo a un gesto de Chang, uno de los chinos propina un puñetazo en el rostro de Julius, que comienza a sangrar por la nariz. Sus ojos se llenan de lágrimas y le cuesta respirar. Sus gafas yacen rotas en el suelo. Echa la cabeza hacia atrás. Pero sigue sin decir nada. Se concentra en sus sensaciones, observa su cuerpo como si lo viera desde fuera, sus músculos, sus nervios, sus huesos.

—¿Dónde está el ciego?

Uno de los chinos se aproxima y le ata los pies a las patas de la silla con unas bridas. Le quita los zapatos y los calcetines. Y luego saca un martillo de un maletín. Julius no quiere mirar. Su mente pugna por salir de su cuerpo. El primer martillazo en el dedo gordo lo devuelve a su ser de inmediato. Grita sin poder evitarlo. El segundo martillazo le hace trizas otro dedo. Julius grita con todas

sus fuerzas, suplica y llora implorando. Su mente se caga en Buda, en el zen y en la puta madre que parió a todos los yoguis.

—¡Por favor, parad! ¡No, no!

—¿A quién buscas? ¿Qué quieres?

—Al niño —gime Julius—, buscamos al niño. Por favor, más no. Tenemos dinero, podemos pagar la deuda de Li, pero por favor, no me peguéis más.

—¿Dónde están el ciego y su ayudante?

Julius piensa en Benancio, y sabe el destino que les espera a Casimiro y Conchita si habla. Sabe que probablemente lo matarán en cuanto hable y luego harán lo mismo con ellos. Comprende que va a morir, y del sufrimiento que sea capaz de soportar dependerá que muera él solo o también lo hagan sus amigos. Y algo se descontrola en su mente.

—¡Vete a la puta mierda, chino de los cojones! ¡Me cago en todos tus putos muertos, en Confucio, en Mato Tsé Tung, en Chiang Kai Shek, en la puta dinastía Ming! ¡Me cago en Bruce Lee y en Chackie Chan! ¿Te enteras, majadero? ¡Me importa tres cojones que me torturéis y me matéis! ¡Me cago en la muralla china, en los osos panda y en los rollitos de primavera!

Le destrozan todos los dedos del pie. Los martillazos son seguidos de gritos desconsolados de Julius, que sin poder evitarlo, gime, llora, ríe fuera de sí. Su mente ya no razona. Escupe, insulta, se retuerce con cada nuevo golpe. El otro pie sufre la misma suerte. Con cada nuevo chasquido de huesos Julius grita más alto, pide que le torturen más fuerte, quiere más dolor, reta a sus torturadores a emplearse a fondo, se desgañita entre lágrimas y carcajadas suicidas. Le cae encima una lluvia de golpes. Su cara es un amasijo de sangre y mocos, pero está consiguiendo su objetivo, su mente ya no está allí, el dolor ya no es dolor, es tan solo el camino que le llevará a dejar de sufrir. El zen sí tenía razón en algo, todo dolor tiene un principio y un final, siempre.

—¡Basta! —grita Chang.

Sus hombres se detienen sudorosos, agotados por la brutal paliza, incapaces de comprender cómo aquel hombre sigue riendo a cada golpe. Chang comprende que ha perdido el juicio, saca una pistola y apunta a la cabeza de Julius.

—Por última vez. ¿Dónde están?

Julius levanta la cabeza. Sus ojos hinchados apenas le dejan ver el cañón del arma a la altura de su frente. Escupe un esputo de sangre y sonríe. Por última vez.

33

Casimiro comprende que algo no ha salido bien. El teléfono de Julius lleva horas apagado. Nunca debió permitir que fuera solo a la tienda de Li. No ha sido capaz de adivinar que se estaban metiendo en un avispero mucho más peligroso de lo que pensaron. Juego ilegal, inmigración, extorsión, chantaje y quién sabe cuántas cosas más. Piensa en llamar a la policía, pero sabe que pondría en peligro a Li y a su hijo. Y además sabe que no pueden protegerle de esto. Nadie puede. Tiene que pensar deprisa.

Apenas ha dormido nada. Su mente ha imaginado los peores escenarios posibles, pero ni aun así es capaz de imaginar el horrendo final que ha tenido Julius. Intuye que puede haber corrido la misma suerte que Benancio. Y se asusta. Su mundo sin imágenes se tiñe de miedo. Un miedo como no había sentido nunca. Solo se le ocurre una persona a quien llamar. Marca el número de Jian, el abogado que le llamó de parte del señor Fang.

—¿Señor Jian? Soy Casimiro, no sé si me recuerda.

—Perfectamente, Casimiro. ¿En qué puedo ayudarle?

—Es muy urgente que nos veamos, Jian. Han ocurrido cosas muy graves.

—Dígame dónde quiere que nos veamos.

—Le espero dentro de dos horas en la fuente de la plaza de la Virgen.

—Allí estaré.

Casimiro llama a Conchita. También está asustada. Ha pasado una noche de lágrimas en recuerdo de Benancio. No entiende cómo puede estar sucediendo esto. Le informa de su cita con Jian, quiere que ella acuda también, pero sin que la vean. Toda precaución es poca. Ella debe ser sus ojos en la distancia. La necesita más que nunca, su valor y su determinación son necesarios. Ahora están solos.

Al cabo de una hora el taxi deja a Casimiro y a la señorita Pérez

junto al convento. Conchita está nerviosa, sus hijos no paran de preguntarle qué está ocurriendo. Tienen que resolver este asunto lo antes posible. Ambos caminan hacia la plaza y al llegar, Casimiro le entrega la correa de la perra.

—Conchita, ahora voy a entrar en la catedral. Cuando aparezca el señor Jian me hace una llamada perdida en el móvil. Quiero que se quede fuera vigilando por si ve algo extraño. ¿Está claro?

—Muy claro, pero yo no sé quién es el señor Jian. ¿Qué pinta tiene?

—¿Y cómo quiere que lo sepa, Conchita? Anda que pregunta usted unas cosas a estas alturas.

—Usted perdone, oiga, que una está muy nerviosa.

—Lo único que sé es que es chino. Y un chino junto a la fuente no creo que tenga mucha pérdida. Es abogado, así que imagino que vestirá con chaqueta. Confiemos en que a ningún turista chino se le ocurra sentarse en la fuente a descansar.

—Vale, lo haré lo mejor que pueda.

—Y recuerde, si cuando estamos dentro ve algo extraño no me llame, mándeme un mensaje.

—Tenga cuidado, Casimiro. Por Dios, tenga mucho cuidado.

Casimiro se aleja y se pierde por la calle Micalet para entrar por la Puerta de los Hierros. Conchita se queda con la señorita Pérez junto a los jardines que dan a la plaza. Sola, con la perra y con su miedo. Al cabo de unos minutos un chino trajeado se aproxima a la fuente y se queda apoyado en uno de sus bordes. Tiene que ser el señor Jian. Saca el teléfono y hace una llamada perdida al teléfono de Casimiro. A los pocos segundos ve cómo Jian recibe una llamada al móvil y a continuación se dirige a la calle Micalet y se introduce en la iglesia. Conchita lo sigue y se queda fuera vigilando.

En el interior de la catedral Casimiro espera sentado en uno de los bancos laterales junto a la entrada. Escucha los pasos de Jian aproximarse y el crujir del banco de madera cuando se sienta a su lado.

—Buenos días, Jian.

—Hola, Casimiro. Curioso lugar para una cita.

—Bueno, pensé que le gustaría visitar esta joya arquitectónica. ¿La conocía?

—Sí, vine una vez de visita cuando llegué a Valencia. Muy

hermosa.

Casimiro necesita estar seguro de reconocer la voz de Jian antes de hablar de cosas importantes. No tiene duda de que es él.

—Eso dicen. Y muy tranquila.

—¿Qué es eso tan grave que ha ocurrido, Casimiro?

—¿Ha podido averiguar algo sobre Li?

—Bueno, he estado preguntando por ahí. Algo me han informado, sí. Parece que sus deudas de trabajo no son el mayor de sus problemas.

—Lo sé, Jian, lo sé. La situación de esa mujer se ha complicado mucho. Y su hijo sigue sin aparecer.

En el exterior Conchita ve llegar un vehículo todoterreno negro. De su interior salen dos chinos enormes y un tercero permanece al volante. Y en ese momento lo reconoce. Esos ojos. Es el mismo hombre que asesinó a Benancio. No podrá olvidar esa mirada por muchos años que pasen. Comienza a temblar. La perra presiente su miedo y se revuelve nerviosa. Uno de los chinos se queda junto a la Puerta de los Hierros mientras que el asesino se dirige a la Puerta de los Apóstoles, quizás ignorante de que siempre permanece cerrada. No sabe qué hacer. Saca su teléfono móvil y manda un mensaje a Casimiro en el que le informa de la presencia de los chinos. Le dice que no se mueva, que ella va a entrar. Saca un pañuelo del bolso y se lo ata a la cabeza. Los turistas miran con curiosidad a la perra cuando entra en la catedral.

Casimiro siente vibrar su móvil en el bolsillo y se disculpa con Jian, debe atender la llamada. Se retira unos metros y escucha parapetado tras una columna el mensaje de Conchita. Y le embarga el miedo. Está atrapado. Escucha el rumor de los pasos de los turistas que caminan por el lateral de la basílica. Sin la señorita Pérez y sin los ojos de Conchita está perdido. Entonces recibe una llamada. Conchita está dentro y le dice que no se mueva. Casimiro se apoya en la columna y reza para que Jian no se levante. En ese momento alguien lo coge del brazo y lo conduce hacia el altar.

—Venga conmigo, Casimiro, rápido.

Casimiro puede escuchar el jadeo de la señorita Pérez y la voz de Conchita. Eso le infunde cierto valor. Se deja arrastrar hasta el ábside y escucha cómo se abre una puerta, entran y se hace un silencio.

—¿Dónde estamos, Conchita?

—En la sacristía. Vengo a limpiar dos tardes a la semana. Con lo que usted me paga no me llega. Tal vez tengamos suerte. Tiene que haber alguna por aquí.

—¿Qué está buscando?

Conchita abre un armario y da con lo que busca.

En el interior de la catedral Jian se ha levantado en busca de Casimiro. Al no encontrarlo llama por teléfono y avisa a los chinos de fuera. Tienen que estar atentos, se ha escabullido en el interior de la catedral. Corre por los pasillos arriba y abajo, mira entre los bancos, en las capillas laterales. Parece que se lo ha tragado la tierra.

En la sacristía Conchita ha dado con una casulla y ha obligado a Casimiro a ponérsela. Es su única oportunidad. Esperan poder despistar a los chinos entre la marea de turistas. Se asoma desde la sacristía y entonces se le ilumina la mirada. Un grupo de monjas con sus hábitos están de visita en la catedral. Sale y se dirige a ellas.

—Hermanas, ¿puedo pedirles un favor? Es muy importante.

—Claro, hija. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Verá, el arzobispo ha tenido una subida de tensión repentina y se ha quedado momentáneamente ciego. No quiere alarmar a los visitantes llamando a una ambulancia, pero es muy urgente que acuda a un hospital de inmediato. ¿Serían tan amables de escoltarlo con celeridad hasta la salida? Yo ya he avisado a un taxi que está esperando fuera.

—¡Dios del cielo! ¿El Arzobispo en persona? ¡Pues claro que puede contar con nosotras, será un honor inmenso!

—Perfecto, hermanas, no saben cuánto se lo agradezco. En cuanto salga, dos de ustedes cójanlo de los brazos para que se apoye y las demás vayan delante apartando a los visitantes.

Conchita se gira y abre la puerta de la sacristía.

—Señor, Arzobispo, estamos listas. Puede salir.

Casimiro no entiende nada, pero Conchita le coge la mano y lo deposita en brazos de las religiosas, que como un ejército romano forman una coraza protectora y lo arrastran en volandas hacia la salida por uno de los laterales.

—Baje la cabeza, señor Arzobispo —le recomienda Conchita.

El chino de la entrada ni siquiera repara en el coro de monjas

que ayudan a un cura con casulla a salir por la puerta. Conchita los sigue con la señorita Pérez, llegan hasta la parada de taxis e introduce a Casimiro en uno de ellos. Agradece a las monjas sus servicios y les promete que Monseñor se acordará de ellas en su próxima homilía. El taxista no ha visto nunca nada parecido en su taxi, un Arzobispo con gafas de sol y un bastón de ciego a modo de báculo acompañado de una señora con un perro, y mira que ha visto cosas raras. Salen de allí zumbando.

34

Casimiro regresa con Conchita al apartamento alquilado en la playa. Dan una vuelta a la manzana para que la señorita Pérez se alivie y de paso comprobar que nadie los ha seguido hasta allí. La perra corretea a su alrededor ignorante de la angustia que embarga a su dueño.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Casimiro?

—No lo sé, Conchita. Lamento mucho todo lo que ha ocurrido. Quizás usted tenía razón y he sido un estúpido al pensar que era capaz de llevar esto adelante. Siento haberla metido en este lío. La he puesto en peligro, a usted y a sus hijos.

—No es culpa suya, Casimiro. Yo le insistí para que aceptara el caso de esa pobre mujer. También me siento culpable. Ninguno podíamos saber lo que iba a pasar.

—Es usted una buena mujer.

—Gracias. Usted también es una buena persona. Un poco rancio a veces, pero en el fondo tiene buen corazón.

Casimiro sonríe. Conchita rara vez lo ha visto sonreír. Y le gusta.

—¿Puedo pedirle una cosa? —pregunta Conchita con timidez.

—Claro.

—¿Me puede dar un abrazo?

Casimiro extiende los brazos y siente cómo Conchita lo rodea por la cintura. Posa sus manos en los hombros de ella y siente el temblor del llanto en su cuerpo menudo. Hacía mucho tiempo que nadie le pedía un abrazo. La señorita Pérez se les acerca moviendo el rabo y alza las patas como reclamando su dosis de cariño. Ambos ríen la ocurrencia de la perra.

—Conchita, necesito pensar —dice Casimiro una vez deshecho el abrazo—. Coja un taxi y vaya al convento junto a sus hijos. La llamaré en cuanto decida lo que hacer. Yo no puedo estar mucho más tiempo en este apartamento, tenemos que resolver esto cuanto antes.

—Tenga mucho cuidado, por favor. Esperaré su llamada.

Casimiro sube al apartamento con la perra. Se sienta en la mesa y llama a Glovo, una empresa que reparte comida a domicilio, pregunta si le pueden traer un saco de pienso para la señorita Pérez y una ración de paella para él. Pasados veinte minutos llaman al timbre. Es de la empresa de reparto, con el pienso y su comida. Se aproxima a la entrada y pregunta de nuevo quién es. No se atreve a abrir, demasiado arriesgado. El repartidor repite que viene a traer su pedido. Casimiro pregunta cuánto es a través de la puerta. Pasa un billete por debajo y le dice que lo deje todo en el suelo y se quede con el cambio. Escucha pasos que se alejan escaleras abajo. Cuando está seguro de que no hay nadie abre y palpa con su bastón el saco y la bolsa con su comida, lo mete dentro y cierra. Busca un par de cuencos y vierte unos puñados de pienso para la perra en uno y un poco de agua en el otro. La señorita Pérez mastica con avidez los pequeños trozos. El ruido tranquiliza a Casimiro.

Casimiro enciende la televisión mientras come. Busca un canal de noticias y escucha. La aparición de un guardia civil muerto en Valencia abre el telediario. No se tienen pistas de los motivos, no era un agente implicado en operaciones de narcotráfico ni en ningún asunto peligroso, era tan solo un funcionario de oficina. El presentador no da detalles del brutal suceso, no debe haber trascendido el modo horrible en el que fue asesinado. Cuando el presentador pasa a otras noticias Casimiro apaga el televisor y se queda pensando.

La llegada de los chinos a la catedral lo cogió por sorpresa. Sin duda fueron avisados por Jian, el abogado. La primera vez que Jian contactó con él fue por orden del señor Fang. ¿Qué tiene que ver el señor Fang en esto? Recuerda que fue un compañero de Benancio el que les habló del señor Fang, una institución entre los chinos de Valencia. ¿Está metido el señor Fang en todo el asunto o es Jian quien ha actuado por su cuenta? Necesita averiguarlo, pero ¿cómo? La muerte de Benancio y la desaparición de Julius hacen muy complicado que pueda moverse por su cuenta y sin ayuda. Hay tres cosas que tiene que lograr. La primera es encontrar a Xin, como sea. La segunda es ponerlo a él y a Li a buen recaudo. Y la tercera es a alguien que sea sus ojos, alguien que no despierte sospechas, que pueda mostrarse donde él no puede hacerlo. Y solo se le ocurre una

idea. Descuelga el teléfono.

—Hola, Conchita.

—Hola, Casimiro. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Todo bien. He estado pensando en cómo salir de esto. Pero debo pedirle algo. Entenderé que se niegue, pero no encuentro otra salida.

—Dígame lo que necesita, Casimiro.

—Se trata de su hijo.

—¿De Charly?

—Sí, el que estuvo en mi casa con sus amigos. Necesito varias cosas de él.

—Usted dirá.

—¿Tienen ahí en el convento algún ordenador?

—No lo sé, pero mi hijo se ha traído su portátil. No puede vivir sin él.

—Fantástico. Necesito que averigüe todo lo que pueda sobre ese tal señor Fang y el abogado Jian. Que mire en el Colegio de Abogados a ver si hay algún abogado chino colegiado con ese nombre. Que investigue también los restaurantes que regenta la hija de Fang. Todo lo que pueda.

—Se lo diré, descuide. ¿Algo más?

—Sí, pero es un poco más delicado. Necesitamos que siga a ese tal Chang, el que pasa a cobrar por la tienda de Li.

Se hace un silencio durante el cual Conchita no dice nada.

—¿Sigue ahí, Conchita?

—Sí. Estoy aquí.

—Sé lo que está pensando, Conchita. Es probable que esos hombres sean los que asesinaron a Benancio, pero su hijo no tiene nada que temer. No lo conocen, no lo han visto nunca, no pueden relacionarlo con nosotros. Dígale que vaya con sus amigos, serán tan solo unos adolescentes ganduleando. Estoy seguro de que si lo seguimos, antes o después nos llevará hasta el sitio en el que tienen a Xin.

—No me pida eso, Casimiro, por Dios. Eso no.

—Lo sé, Conchita, sé que te pido mucho, pero no veo otro modo.

—Yo sí veo otro modo. ¿Usted se fía de mí?

—A estas alturas es la única persona en la que confío. Muy a mi pesar.

—Mañana por la mañana póngase ropa cómoda. Pasaré a buscarlo sobre las nueve.

Casimiro no tiene tiempo de decirle a Conchita que ni siquiera tiene ropa para cambiarse antes de que ella cuelgue la llamada. Solo Dios sabe qué se le habrá ocurrido ahora a esa mujer.

35

Casimiro está tendido en la cama, incapaz de conciliar el sueño. La noche para alguien que viven en una permanente oscuridad es una cuestión de sonidos y de temperatura. El calor mengua y los ruidos de la ciudad se apagan. Es sencillo escuchar los propios pensamientos cuando eso sucede. Casimiro deja caer un brazo y acaricia a la señorita Pérez que yace tumbada a su lado. Sentir la respiración de la perra y notar el calor de su cuerpo lo tranquilizan. No deja de pensar en todo lo que está sucediendo. En cómo se han internado sin saberlo en esa capa de realidad desconocida. Porque Casimiro sabe que la realidad está compuesta de muchas capas distintas, superpuestas unas sobre otras y que raramente se mezclan. Es difícil saber manejarse entre ellas, ser capaz de transitar de una a otra y salir indemne. Cada una tiene sus reglas, sus códigos, sus gentes. Son como entidades de espacio y tiempo diferentes. A Benancio le ha costado la vida entrar en una de esas capas. Puede que a Julius también. Y ahí están ellos huyendo de una a la otra, sin poder regresar a la que les corresponde. Tendrán que guiarse por el instinto y confiar en su suerte. La señorita Pérez sube a la cama de un salto y se ovilla junto a Casimiro. Tan solo así es capaz de dejarse llevar por esa otra oscuridad plagada de sueños.

Por la mañana Casimiro espera en el portal del apartamento de la playa a que aparezca Conchita. Se ha levantado temprano, ha bajado a pasear a la señorita Pérez que ahora dormita plácidamente en el salón. Pulsa el botón de su reloj, que le informa de que son las nueve menos cinco. Pasados algunos minutos presiente unos pasos que se aproximan de frente.

—Casimiro, soy yo —es la voz de Conchita.

—Buenos días, Conchita.

—Tenga, póngase esto.

Casimiro coge el objeto que le tiende Conchita. Le cuesta hacerse una idea de lo que tiene entre las manos. Lo acaricia,

recorre su superficie con las manos para construir una imagen mental. Es del tamaño de una sandía, liso, suave, vaciado y acolchado por dentro con un par de correas terminadas en lo que parece un cierre.

—¿Esto es lo que creo que es?

—Ni idea de lo que cree que es. Pero se lo tiene que poner o nos pondrán una multa. Se llama casco.

—Ya sé lo que es un casco, pero debe estar loca si cree que voy a subirme a una moto con usted.

—Ande, déjese de tonterías y póngaselo. No tenemos otra forma de seguir al chino sin que sospeche. Con los cascos puestos nadie nos reconocerá. Además, seguro que no se imaginarán que un ciego pueda ir en moto.

—Conchita, yo nunca he subido a una moto. No creo que pueda hacerlo. En serio.

—Para todo hay una primera vez, Casimiro. No tenga miedo.

—¿Pero usted sabe conducir una moto?

—No se preocupe, me ha enseñado el Charly.

—¿Le ha enseñado cuándo?

—Esta mañana.

—Conchita, no me fastidie.

—Casimiro, no tenemos tiempo para cháchara. O sube o no sube, pero decídase ya. Esto es como ir en bici. No me he caído ni una sola vez, se me da bastante bien, para que lo sepa.

—Déjeme tocar la moto, necesito hacerme una idea antes de subir.

Casimiro se aproxima al ciclomotor aparcado en la acera junto a Conchita. Toca su manillar, el asiento de cuero, el maletín amarillo que descansa en la parte trasera, la altura, la anchura, se hace una idea de todo en su cabeza.

—Que sea lo que Dios quiera —sentencia al fin mientras se pone el casco.

—Genial. Sabía que no se iba a arrugar.

Conchita le ayuda a abrochar los cierres del casco, se pone el suyo propio, quita el caballete y sube a la espera de que Casimiro haga lo propio.

—Suba.

—¿No la pone en marcha?

—Ya está en marcha.

Casimiro duda, no escucha sonido alguno.

—Yo no escucho nada.

—Es una moto eléctrica, Casimiro. Se ha quedado usted anticuado. Ahora las alquilan por toda la ciudad. Se descarga una aplicación en el móvil y se pone en marcha desde el teléfono. Es como magia. Charly lo ha hecho todo esta mañana en un santiamén desde mi móvil. Ande, suba.

Casimiro levanta una pierna y se sienta detrás de Conchita. Palpa los estribos de la moto con los pies y se remueve nervioso en el asiento. No sabe qué esperar de aquello. El hecho de que la moto no emita ningún sonido motorizado lo confunde.

—Agárrese, que nos vamos.

Apenas tiene tiempo de decidir si debe sujetarse a Conchita. La moto se pone en marcha con un suave tirón y él se aferra a la cintura como si le fuera la vida en ello.

—¡No me estruje, hombre de Dios!

—Usted perdone.

La estabilidad de la moto le parece a Casimiro un poco *regulera*. Para su gusto se tambalea más de lo aconsejable. Conchita ha practicado esa mañana con resultados aceptables, pero con un pasajero a bordo la cosa cambia. Le cuesta mantener el equilibrio, los brazos le tiemblan y la moto se desplaza en un zigzag nada tranquilizador.

—¡No se mueva tanto, corcho!

—¡Yo no me muevo, más quisiera que poder moverme! ¡Haga el favor de no dar tantos bandazos que nos vamos a partir la crisma!

—¡Cállese, que me está poniendo nerviosa!

Al llegar al primer semáforo en rojo Conchita acciona el freno con demasiado ímpetu y Casimiro a punto está de precipitarse por encima de su hombro.

—¡Jesús! ¿Qué ha sido eso? —grita Casimiro.

—Nada —miente Conchita—, un gato que se ha cruzado de repente. Usted tranquilo.

Al cabo de unos cuantos frenazos más, Conchita acaba por acostumbrarse al tacto del freno y al equilibrio necesario para mantener la moto más o menos derecha. La avenida Baleares es una larga recta que no presenta ningún problema. Casimiro casi llega a

disfrutar de la sensación de desplazarse en moto. Le resultan extraños los sonidos fugaces, los coches a su alrededor, otras motos que pasan zumbando junto a ellos, formar parte del tráfico.

Se detienen frente a la tienda de Li. Esperan con los cascos puestos para pasar inadvertidos. Según Conchita hoy es el día en el que Chang pasa a cobrar. Al cabo de unos minutos un vehículo de lujo se detiene en la puerta. Chang sale del asiento trasero y se introduce en el establecimiento. Conchita va narrando todo lo que ve a Casimiro. El chino sale de la tienda, se guarda un sobre en el bolsillo interior de la chaqueta y se mete en el coche que a los pocos segundos se incorpora al tráfico. Conchita acelera y se sitúa un par de vehículos por detrás. No le resulta difícil mantenerse a una distancia prudencial. El vehículo se detiene frente a un restaurante chino, Chang entra y el vehículo se aleja. A los diez minutos vuelve a salir y se queda en la puerta. Parece que espera a alguien. Aparece entonces una mujer china de edad avanzada. Chang le entrega un sobre y parece darle algunas instrucciones. Luego cada uno se aleja en una dirección. Y Casimiro tiene entonces una intuición. Ordena a Conchita seguir a la mujer, no sabe por qué, pero algo le dice que puede llevarles hasta su objetivo. La china sube a un autobús y se sienta en la parte trasera. Conchita se lanza tras el vehículo rojo de la empresa municipal de transportes, que sale de la ciudad y se interna en la población de Alboraya. Tras apearse en el centro del pueblo, la mujer camina hacia las afueras. Es una zona de huerta sembrada de pequeños caminos y acequias. Todavía puede verse algún agricultor roturando los campos con arados tirados por mulos. Es una estampa sacada de otra época. Siguen a la china por un estrecho camino asfaltado entre campos de chufas. Conchita se detiene y la observa en la distancia, sería peligroso acercarse demasiado. Casimiro puede notar el cambio producido por la ausencia de tráfico y sabe que han salido de la ciudad. Tan solo se escucha el trino de los pájaros y el ladrido de algún perro. La china se detiene frente a la valla de una vieja alquería. Mira a derecha y a izquierda, abre el candado y se introduce en la parcela. Cuando desaparece en el interior de la casa Conchita y Casimiro se aproximan. Se detienen en el recodo del camino y dejan la moto junto a una palmera solitaria. Guardan los cascos en el maletín y se aproximan caminando. La alquería es una

vieja construcción con un porche emparrado bajo el que descansa un enorme mastín. El perro levanta las orejas cuando los ve, pero no parece agresivo.

Conchita describe con precisión todo lo que ve, cualquier detalle es importante. Casimiro escucha con atención. Si alguien quisiera esconder a un niño, aquel sería un lugar perfecto, alejado de todo y con fácil acceso por carretera. Un buen perro que guarda la casa y una anciana que no hace preguntas. Es hora de volver a la ciudad.

36

De regreso al convento Casimiro y Conchita se entrevistan con Charly en un bar cercano a la plaza de la Virgen. Ha obtenido mucha información interesante. Es asombroso lo que puede conseguir ese chico solo con un ordenador. Casimiro trata de retener y ordenar toda la información grabando notas de voz en su teléfono móvil. Charly ha entrado en las cuentas bancarias del abogado Jian, que también tiene conexiones con la empresa de Chang y con los restaurantes del señor Fang. Y hay un dato curioso que llama la atención de Casimiro. Desde la desaparición de Xin, una de las cuentas del abogado ha empezado a recibir importantes sumas de dinero. Siempre la misma cantidad. Cada dos o tres días.

Conchita se siente orgullosa de su hijo, y curiosamente su hijo también está impresionado con su madre. Sabe que tiene algo grave entre manos, pero no se atreve a preguntar.

—Charly —pregunta Casimiro—, ¿puedes averiguar quién hace esos ingresos en la cuenta del abogado Jian?

—Ya lo he hecho —dice Charly sin darle importancia—. Aquí tiene una lista de los nombres.

Conchita lee la lista en voz alta para Casimiro. Y los nombres que a ella y a Charly no les dicen nada, suponen un mazazo para Casimiro. En esa lista hay empresarios, políticos y algún que otro personaje famoso. Gente importante.

—Conchita, esto es muy gordo. Esa gente es gente importante. Y si lo que estoy pensando es cierto, tenemos que averiguar si el niño está en esa casa. Hay que sacarlo de allí como sea. Esta misma noche. Necesitamos un coche.

Charly mira a Conchita. Conchita mira a Charly. Su hijo asiente.

—Charly puede conseguir un coche —dice Conchita.

—Con que no sea robado me sirve —contesta Casimiro.

—No es robado. Es del padre de Igna. Él tiene carnet.

—Conchita, sé que es pedirle mucho, pero necesitamos a los

chicos. Le prometo que será solo esta vez. La única manera de salir de esto es liberar a Xin.

—Lo sé, Casimiro. Pero prométame que si hay peligro nos largamos.

—En peligro ya estamos, Conchita. Todos. Pero le prometo que si en la casa hay alguien más que esa mujer nos iremos. Le doy mi palabra.

—Hay otra cosa —comenta Charly.

—¿Qué es?

—La hija del señor Fang se va a casar. Está preparando una boda por todo lo alto. Acudirá mucha gente de la comunidad china. Si quiere puedo averiguar dónde y cuándo.

—Hazlo. Y esta noche me recogéis todos a las once en el piso de la playa. Traed linternas. Ah, Conchita, compre algo de carne y llévela también. Hígado si es posible. Ahora quiero que vayáis al convento y os quedéis allí hasta entonces.

37

La huerta está silenciosa y oscura. La luna menguante apenas es un paréntesis en el cielo estrellado. Xin está sentado en el suelo del cuarto con la cabeza entre las rodillas. No sabe si hoy tiene visita. Nunca lo sabe. A veces ocurre cuando ya está dormido, otras cuando apenas ha cerrado los ojos. Solo se escucha el rumor de las telenovelas que la vieja mira a todas horas en su teléfono móvil.

A unos kilómetros de allí, en la ciudad, Casimiro espera impaciente en el portal del piso de la playa. La perra husmea un árbol en un alcorque junto a él. Casimiro lleva una bolsa de deportes y pulsa el botón de su reloj de pulsera, que le indica que faltan diez minutos para las once. La calle está tranquila a esas horas. Al cabo de unos minutos escucha cómo un vehículo se detiene frente a él. Se le tensan todos los músculos del cuerpo hasta que escucha a Conchita bajar del coche.

—Aquí estamos, Casimiro, puntuales. ¿La perra también se viene?

—Hola, Conchita. Sí, necesitamos a la señorita Pérez más que nunca. Confíe en mí. Deje esto en el maletero —ordena a Conchita al tenderle la bolsa de deportes.

Conchita obedece y a continuación ayuda a Casimiro y a la perra a instalarse en el asiento trasero junto a ella.

—Chicos —dice Conchita cuando cierran las puertas—, a Casimiro ya lo conocéis. Es el que manda, así que aquí se hace lo que diga él, ¿estamos? Igna, arranca, yo te voy indicando por dónde.

Igna pone en marcha el Ford Kuga de su padre y Charly se gira para acariciar a la señorita Pérez que le lame la mano con alegría.

—Mamá —pregunta—, ¿qué vamos a hacer?

Conchita mira a Casimiro alzando las cejas y este responde por ella.

—Si estoy en lo cierto, y espero que sí, hay un niño retenido

contra su voluntad en una casa en mitad de la huerta. Tenemos que liberarlo como sea. La gente que ha secuestrado a ese niño ha descubierto que estamos investigando su desaparición, por eso habéis tenido que iros de casa de momento.

Charly e Igna se miran y sonríen, como si estuvieran viviendo una aventura.

—Charly —pregunta Conchita—, ¿sabes la tienda de Li que hay cerca de casa?

—¿La de los chinos? Claro.

—Pues es el hijo de Li quien ha desparecido.

—¿Xin? Ostras. Me cae bien ese niño, es muy listo.

—¿Y cómo vamos a liberar al niño? —Quiere saber Igna.

—Lo sabremos al llegar —responde Casimiro—. Ni siquiera estamos seguros de que esté allí, pero tengo una corazonada. Hay una mujer china, casi una anciana, que se encarga de cuidarlo y vigilarlo. Pero también hay un perro enorme atado en la entrada, ese será el principal problema.

Conchita entiende ahora por qué ha traído el hígado que le pidió Casimiro y la razón por la que la señorita Pérez ha venido con ellos. El resto del viaje lo realizan en un silencio tenso. Cuando se aproximan a la casa, Conchita ordena a Igna que detenga el vehículo junto a la misma palmera en la que dejaron la moto por la mañana. Igna apaga el motor y todos descienden del coche. Casimiro le pide a Conchita que saque la bolsa del maletero. Descorre la cremallera y saca guantes y pasamontañas que reparte a todos. Los chavales se miran con los pasamontañas en la mano, no se pueden creer que estén haciendo esto de verdad. Están emocionados. Se ponen los guantes y los pasamontañas. Conchita los imita. El aspecto de Conchita con su vestido de flores naranjas y el pasamontañas es ciertamente desconcertante.

—¿Usted no se pone pasamontañas?

—A mí ya me conocen, Conchita. Da igual que me vean, y necesito escuchar bien, es lo único que me sirve.

La señorita Pérez revolotea nerviosa a su alrededor, detecta la tensión que todos están sintiendo en este momento, la electricidad que desprenden sus cuerpos.

—Conchita, ¿ha traído usted el hígado?

—Aquí lo tengo, fresco y sanguinolento.

—Perfecto. ¿Lleváis las linternas?

—Las llevamos —responde Conchita.

Casimiro saca entonces una cizalla grande de la bolsa y le pide a Charly que la coja. Luego entrega a Igna unas bridas, un rollo de cinta americana y una cuerda.

—¿A mí no me da nada? —pregunta, algo dolida, Conchita.

—No, Conchita. A usted la necesito conmigo, tiene que ser mis ojos esta noche.

—Pues estamos buenos, Casimiro, usted no lo sabe, pero no se ve un pimiento esta noche.

—No se preocupe. Sus ojos se acostumbrarán a la oscuridad en unos minutos, deles tiempo. Bien —prosigue—, esto es lo que vamos a hacer. Desde aquí puede verse la casa, según me dice Conchita. ¿Es así?

—Sí, es aquella luz —indica a los chavales con el dedo.

—Nos acercaremos dando un rodeo. Lo primero será cortar la cadena de la valla con la cizalla. Para evitar que el perro ladre, vosotros dos iréis con la señorita Pérez y con el hígado. Lo normal es que el perro esté suelto por la noche, así que uno de vosotros cortará la cadena y el otro sujetará a la perra para atraerlo. Si deja de ladrar es que está interesado en la señorita Pérez, en ese caso le abrís la puerta y os alejáis corriendo con la perra, lo normal será que os siga. Si es así, llegad junto al coche y tratad de atarlo a la palmera. Si lo conseguís, perfecto. Si se pone agresivo, atáis a la señorita Pérez y dejáis el hígado en el suelo, pero no cerca de ella, si no se pelearán por la comida. Luego regresáis hasta donde estamos nosotros. ¿Está claro?

—Sí —responden al unísono los chicos.

—Repetidlo.

Los chavales se miran sin saber quién debe hacerlo. Es Charly quien toma la iniciativa.

—Vamos a la puerta con la señorita Pérez, cortamos la cadena, abrimos, nos llevamos al perro, lo atamos a la palmera y volvemos.

—Y si el perro es chungo atamos a la señorita Pérez y le dejamos la comida en el suelo —añade Igna.

—Perfecto. Ahora nos acercaremos todos a la casa por un lateral de la valla. Si el perro ladra, cosa que hará, esperaremos a ver si sale alguien. Si no sale nadie será un buen indicio. Esperemos que la

anciana esté sola. Vamos.

Xin escucha los ladridos del perro y su corazón se acelera. Todas las visitas comienzan con los ladridos de ese perro, que siempre avisa cuando se aproxima alguien. Pero esta vez es diferente. No hay movimiento al otro lado de la puerta. En lugar de eso escucha cómo la anciana le grita al perro para que se calle. Lo hace en chino, y Xin no puede evitar pensar que el perro no entiende el chino. Es un pensamiento absurdo, pero le ayuda. Tiene la esperanza de que no se trate de una visita, no se escucha ningún vehículo y la vieja no ha entrado para lavarlo ni preparar la cama. Sin embargo, los ladridos del perro no cesan. La anciana grita de nuevo. Está sentada en la mesa, absorta en la telenovela que proyecta su teléfono móvil, su única distracción en esa casa solitaria. Pausa la reproducción en el teléfono y se levanta con fastidio mientras maldice en chino. Enciende la luz del porche y se asoma a través de una de las ventanas. El mastín ladra mientras recorre la valla metálica, pero no se ve a nadie fuera. La mujer abre la puerta y sale al empedrado del porche. Mira a un lado y a otro y no distingue a nadie en el camino que pasa junto a la casa. Le grita al perro para que se calle y el animal la mira un instante y ladra de nuevo. De pronto la señorita Pérez aparece en el camino, al otro lado de la valla. El mastín menea el rabo y ambos canes se lamen el hocico a través de los rombos metálicos de la cerca. Amor a primera vista.

Apenas unos momentos antes, Conchita y los chavales han contenido la respiración. Metidos en una acequia de riego que pasa junto a la valla lateral de la casa. No lleva agua y tiene la anchura suficiente como para que se agachen todos en su interior. Casimiro ha escuchado a Conchita relatar en un susurro que la anciana ha salido al porche a gritarle al perro. No, no hay nadie más. Solo la anciana. Sí, está segura. Casimiro ha soltado entonces a la señorita Pérez que de un brinco ha subido al camino y se ha aproximado a la valla luciendo sus encantos de perra. Cesan los ladridos del mastín y tan solo se escuchan gemidos. Al cabo de unos segundos la puerta de la casa se cierra y se apaga la luz del porche.

En el cuarto, también Xin ha escuchado la puerta de la casa abrirse y ha contenido la respiración, ha cerrado los ojos y ha rezado para que la de su cuarto no se abriera. La casa vuelve a

quedar en silencio, los ladridos del perro han cesado y tan solo percibe el rumor de las voces en chino del móvil de la mujer. Ese vaivén constante de su miedo, el tensar y destensar todo su cuerpo lo agotan, se siente cansado y cierra los ojos imaginando, una vez más, que no está ahí metido, esperando una visita.

En la acequia, Casimiro da la orden. Los chicos salen al camino. Igna lleva los trozos de hígado y Charly la cizalla. Llegan hasta la puerta y el mastín no parece recibirlos con agresividad, está demasiado centrado en besuquearse el hocico con la señorita Pérez. Por si acaso, Igna le lanza un trozo de hígado. El animal parece dudar sobre qué instinto primario satisfacer, si la reproducción o la alimentación. Baja la cabeza y se zampa el trozo de carne de un bocado. Se relame las fauces y menea el rabo. Charly empuña la enorme cizalla y corta uno de los eslabones de la cadena. La desliza con cuidado de no hacer ruido y la puerta queda abierta. Los chavales sujetan a la señorita Pérez con la correa y salen zumbando hacia el coche. Se detienen a los pocos metros, incitando al mastín para que los siga. El enorme perro empuja la puerta con el hocico y sale detrás de los muchachos.

Conchita y Casimiro aguardan agazapados. Los muchachos han desaparecido por el camino en dirección al vehículo. Han conseguido abrir la puerta y sacar al mastín. Primer objetivo cumplido. A los pocos segundos Casimiro puede escuchar pasos lejanos que avanzan por los surcos del campo labrado. Avisa a Conchita de que llegan. Ella, con el pasamontañas puesto, no ha escuchado nada. Los muchachos llegan jadeando a la acequia. Están excitados, la adrenalina inunda sus músculos y se sienten importantes. Ahora viene la parte más complicada. Casimiro les explica el plan y eso dispara aún más sus pulsaciones. Pueden hacerlo.

Xin se ha dejado caer en la cama. La tristeza y el miedo se tumban a su lado, como cada noche. Y entonces algo estalla en el porche delantero. Algo como una botella de cristal que se hace añicos contra el empedrado. Pero el perro no ladra. Al otro lado de la puerta la mujer ha detenido la reproducción de la telenovela y se ha quedado quieta, sus sentidos alerta. Tiene orden de llamar a Chang si ocurre algo extraño, lo que sea. Se aproxima a la ventana y otea el exterior. Enciende la luz exterior y no ve al perro. Algo no

va bien. Marca el número de Chang y espera. Cuando contesta le informa de que el perro no está. Maldita vieja. ¿Ha mirado bien? No ha salido a comprobarlo, pero no lo ve desde dentro. Tampoco lo escucha ladrar. Hace un rato había un perro flaco al otro lado de la valla. Ha salido y no ha visto nada extraño. Está bien, eche un vistazo por si acaso. Llámeme si ve algo raro. De acuerdo. Chang se queda un rato en silencio con el teléfono en la mano. ¿Un perro flaco? No puede ser. ¡Mierda!

La anciana abre la puerta y se asoma. Llama al perro y no obtiene respuesta. Sale al porche y se acerca a la puerta. Y entonces se percata de que está medio abierta. Alguien ha cortado la cadena y el mastín no está. Escucha su teléfono móvil sonar en el interior de la casa y se da la vuelta, pero es demasiado tarde. Dos hombres con pasamontañas se abalanzan sobre ella. Charly la sujeta por detrás rodeándola con los brazos. Igna se queda frente a ella, pero no sabe qué hacer. El primer impulso de la mujer es gritar, pero recuerda la orden recibida al llegar a la casa. Nada de escándalos, ni gritos ni ruidos. Deben pasar desapercibidos. Trata de zafarse de ese abrazo, pero su cuerpo menudo no es nada comparado con la fuerza de ese chaval que la inmoviliza. Se retuerce en vano. Igna la coge entonces por los tobillos y entre los dos la llevan como si fuera una alfombra enrollada al interior de la casa. Conchita y Casimiro aparecen en ese momento y entran también. Se cierra la puerta.

Todos sucede deprisa pero como a cámara lenta. Casimiro empieza a dar órdenes. Sientan a la mujer en una silla. Le sujetan los tobillos a las patas con las bridas y las manos por detrás del respaldo. La anciana les increpa en chino. Nadie sabe lo que dice. Conchita le pregunta por Xin. Al escuchar ese nombre la mujer la mira, y en sus ojos Conchita puede ver que lo conoce. Registran la casa y no hay nadie más, tan solo una puerta cerrada con un candado por fuera. Conchita golpea la madera con los nudillos y llama.

—¡Xin! ¿Estás ahí? ¡Xin!

En el interior, Xin está aterrorizado. No sabe qué está pasando. Todo han sido ruidos que no ha sabido identificar. Muebles que se arrastran, carreras, gritos. Ha escuchado voces en español, y a la mujer maldiciendo en chino. Ahora no sabe si contestar a esos golpes en su puerta. Está demasiado confundido y asustado.

—¡Xin! ¿Eres tú? ¡Soy Conchita, la amiga de tu madre! ¡Xin!

Xin reconoce esa voz, pero su mente está confusa. Ha escuchado mencionar a su madre. Se orina encima. Y llora. Y siente vergüenza. Pero hace un esfuerzo y contesta.

—Estoy aquí —es apenas un susurro.

—¡Xin, gracias a Dios! ¡Venimos a sacarte!

—¡Apártese, Conchita!

Igna blande la cizalla y tensa todos sus músculos cuando las dos hojas se clavan en el arco metálico del candado. La adrenalina se concentra en sus brazos, en sus hombros, en sus manos; tensa su cuerpo y aprieta con todas sus fuerzas hasta que escucha el candado saltar por los aires.

A Conchita se le escapan las lágrimas bajo el pasamontañas cuando mira a Xin a los ojos, esa mirada vacía. Lo abraza y lo saca de la habitación. Tienen que salir de allí cuanto antes, cada minuto que pasa el peligro aumenta. Entonces suena un teléfono sobre la mesa del salón. Todos se quedan paralizados mirando el parpadeo del aparato hasta que la llamada se corta. Se hace un silencio tenso. Y se escucha la voz de la mujer, socarrona, desafiante. Nadie entiende lo que ha dicho. Salvo Xin. Conchita le pregunta qué ha dicho la vieja.

—Dice que ya vienen.

38

Xin duerme junto a Li, su madre, en una habitación del convento. Su sueño es agitado y su cuerpo menudo se revuelve con espasmos. Ella permanece despierta, le resulta imposible conciliar el sueño. Cuando Conchita y Casimiro fueron en un taxi a buscarla hace unos días creyó que traían malas noticias, pero resultó que habían encontrado a Xin. Y ahora tiene miedo. Miedo de que la encuentren los que se llevaron a su hijo, miedo a no saber lo que va a ocurrir, miedo al futuro. Pero lo que más teme, por encima de todo, es que Conchita y Casimiro descubran su secreto. La verdad que se esconde detrás de todo lo que ha ocurrido. Mira a su hijo dormir mientras llora en silencio. Siente vergüenza. Y desesperación.

39

Casimiro repasa una y otra vez todas sus notas. Va grabando en su móvil un relato con toda la información que tienen. La sociedad a nombre de Chang, sus conexiones con los restaurantes de la hija del señor Fang, los ingresos en las cuentas del abogado Jian que coinciden con la desaparición del pequeño Xin, la identidad de las personas que hacen esos ingresos. Sociedades mercantiles de importación de productos chinos, contratos de trabajo fraudulentos, garitos de apuestas, prestamistas, extorsión. Todo un entramado de actividades ilegales. ¿Cómo es posible que todo eso suceda y nadie se haya dado cuenta? O a lo mejor sí hay mucha gente que no solo se ha dado cuenta, sino que participa y se lucra con toda esa actividad. Pero por encima de todo eso hay una cosa que no puede comprender. El relato de lo que sucedía con Xin en esa alquería perdida en mitad de la huerta. Es demasiado horrible para asimilarlo, demasiado mezquino para consentirlo.

Según los datos recabados por Charly, la boda de la hija del señor Fang tendrá lugar el próximo viernes, dentro de una semana. Según ha podido averiguar, una boda en la comunidad china tiene un significado social que va mucho más allá de un simple enlace entre dos personas que se quieren. Los amigos de Charly le han hablado de un chino que atiende un restaurante cerca de su casa. Es el chino Julián. Así le llaman, nunca dicen Julián, sino «el chino Julián». Es un emprendedor, hijo de emigrantes. Ha accedido a entrevistarse con Casimiro en su restaurante. Necesita recabar información sobre una boda china. Todo lo que pueda averiguar.

El chino Julián es un joven amable, de aspecto limpio y sonrisa generosa. Habla un castellano perfecto, tanto que a Casimiro le cuesta hacerse a la idea de que se encuentra ante un chino.

—Mis padres son emigrantes, pero yo ya nací aquí, en España —aclara divertido el chino Julián ante las dudas de Casimiro—, y le aseguro que soy muy chino.

Ambos están sentados a una mesa en una esquina del restaurante. Todavía no han empezado a llegar los clientes. El restaurante es idéntico a cualquier otro, farolillos, colores rojos, dragones, peces dorados, sillas lacadas en negro, manteles blancos.

—Julián —comenta Casimiro—, tengo que acudir a una boda importante, una boda china. Y necesito información.

—No suele haber invitados occidentales en las bodas chinas, debe sentirse usted muy halagado.

Casimiro no le comenta al chino Julián que, lejos de sentirse halagado, ni siquiera ha sido invitado a esa boda.

—Tal vez hasta conozcas a los contrayentes. El padre de ella tiene varios restaurantes.

—¡No fastidie que va a la boda de la hija del señor Fang!

—¿Lo conoces?

—Toda la comunidad china conoce al señor Fang, Casimiro. Es una especie de institución. Supongo que ya sabrá que está también casi ciego.

—Lo sé, lo sé. Pero necesito saber cómo comportarme. Siendo ciego temo cometer alguna incorrección que sea vista como una falta de respeto.

—Verá, Casimiro, es complicado entender una boda china sin saber nada de cómo funciona la comunidad. Hay tres conceptos que debe usted comprender, el *Li*, el *Mianzi* y el *Guanxi*. El *Li* es la tradición, la moralidad, los ritos. El *Mianzi* es el prestigio que uno tiene dentro de la comunidad, este se gana o se pierde según el comportamiento y las acciones. Y el *Guanxi* se basa en las amistades y en las relaciones, sociales y económicas. Podemos decir que siguiendo los dictados del *Li* uno fortalece su *Guanxi* y poco a poco, a base de presencia y prestigio uno consigue un *Mianzi* respetable. La boda de la que usted me habla, la de la hija del señor Fang, es una boda de mucho *Mianzi* y mucho *Guanxi*. Gente muy rica.

—Entiendo. ¿Qué ocurre nada más llegar? ¿Cómo se recibe a los invitados?

—Bueno, lo primero que se encontrará al llegar será una mesa en la que los invitados depositan sus sobres rojos. Siempre rojos, no lo olvide, es el color de la suerte para los chinos. En el sobre irá su nombre bien visible y en su interior la cantidad entregada a los novios. Las bodas chinas salen muy caras. Tenga en cuenta que esta

cantidad irá en función del precio del cubierto. Si, por ejemplo, el cubierto cuesta cien euros, lo que es barato para una boda china, en el sobre no deberá meter menos de trescientos.

—¿Trescientos euros? —se sorprende Casimiro.

—En su caso me temo que bastante más —se ríe el chino Julián —, no creo que el señor Fang escatime en la boda de su única hija. Entienda que las bodas chinas pueden ser una manera de ganar *Mianzi*, y cuando los novios sean invitados a otra boda deberán regalar una cantidad superior a la que recibieron de cada invitado. Así se fortalecen las relaciones de la comunidad. Muchos de nosotros hemos iniciado nuestros negocios con los ingresos de una boda. Y eso nos pone en deuda con la comunidad. Así es como funcionamos. No solemos acudir a los bancos, son frecuentes los préstamos entre nosotros, es nuestra manera de ayudarnos.

—Comprendo. ¿Hay mucho protocolo?

—Pues menos del que se imagina. No habrá mesas asignadas, cada uno se sienta donde quiere. Los jóvenes acaban juntos y los mayores también. Los novios estarán haciéndose fotos con los invitados conforme vayan entrando, lo normal es que se hayan casado en otro lugar antes del banquete. Es probable que la familia más allegada lleve algún distintivo, un lazo rojo, por ejemplo, algo así. No debe usted preocuparse, siendo ciego no creo que tenga problemas para pasar desapercibido. Supongo que llevará acompañante.

Casimiro asiente y piensa en Conchita, porque a estas alturas no puede pensar en nadie más. De nuevo estarán solos en esto, y tendrán que apañarse como mejor puedan. Tras alguna pregunta rutinaria más, Casimiro agradece al chino Julián su amabilidad y se despide con un apretón de manos.

40

El enlace se celebra hoy en el restaurante Gran Rong Hua de Manises, junto al aeropuerto y a muchas de las naves industriales de importación de productos procedentes del gigante asiático. Es uno de los lugares más conocidos entre la comunidad china para la celebración de banquetes nupciales. Casimiro y Conchita han invertido parte de lo ganado en el casino ilegal en alquilar trajes elegantes. Él se ha tenido que fiar del criterio de Conchita, así que en realidad no sabe de qué va vestido. El tejido es de seda, ligero y muy suave. La chaqueta no lleva solapas y según Conchita es lo que se llama cuello *mao*. A él le parece más un pijama que un traje para una boda, pero no ha encontrado argumentos para oponerse, y eso que no puede ver el color rojo fuego de la tela. Conchita, por su parte, lleva un vestido algo atrevido, también rojo y con muchos volantes y arreglos florales que dejan sus hombros descubiertos. Se ha tocado con una pamela exagerada que haría palidecer a cualquier entendido en protocolo nupcial. En realidad, a ella le da igual que la boda sea por la noche, siempre quiso llevar una pamela y nadie va a convencerla de lo contrario. Además, los chinos, piensa, no deben entender de costumbres de boda occidentales. Poco importa que Casimiro parezca *Fumanchú* y ella una *amanita muscaria* en la feria de Sevilla; cree que cuanto más extravagantes, más sencillo será fingir que son invitados a la boda.

El taxista que los deja frente al restaurante está convencido de que acuden a una fiesta de disfraces, pero no hace ningún comentario al respecto. Nada más bajar, Conchita comienza a relatar a Casimiro todo lo que ve. La gente va llegando en coches de lujo. Los invitados van ataviados con colores vivos entre los que predomina el rojo, lo que confirma el acierto de Conchita. No se ve ningún occidental por ningún lado. Hay parejas de todas las edades, algunas con vestidos tradicionales y otras más occidentalizadas. Se forma una pequeña aglomeración a la entrada del restaurante. Tal y

como le había indicado el chino Julián a Casimiro, hay una mesa a la izquierda en la que los asistentes depositan sus sobres rojos con el dinero. Casimiro se palpa el bolsillo de su extraño atuendo para asegurarse de que el sobre sigue ahí. Se acercan a la entrada y se mezclan con los asistentes que aguardan su turno para entregar sus sobres. Todos hablan en chino. Conchita se siente como Cenicienta acudiendo al baile, está asustada y emocionada por igual. Casimiro está más serio, es consciente de que se están metiendo en una guarida de la que no sabe si podrán salir, pero no hay otra manera, tiene que enfrentarse a ellos con lo que sabe, ahora, cara a cara.

Cuando llega su turno en la mesa de recepción de invitados es Casimiro el que habla. Da las buenas noches con educación y entrega el abultado sobre a dos chinos trajeados que lo miran con cierta desconfianza. Nadie les ha avisado de la invitación de dos occidentales como esos. Tal vez el aspecto descabellado de ambos sea lo que los convence de que nadie en su sano juicio trataría de colarse en una boda de esa guisa, y menos entregando un sobre de dinero como ese. Les dejan pasar, pero uno de los hombres coge un *walkie talkie* y avisa a seguridad de que no los pierdan de vista.

Conchita está hechizada. El local es un sitio luminoso, decorado con mucho oropel, lazos, flores, farolillos. Al fondo, sobre una plataforma ligeramente elevada, un chino trajeado ameniza el salón sentado a un piano de cola reluciente. Las mujeres visten de manera exquisita, adornos tradicionales, sedas, zapatos delicados, peinados relucientes, colores vivos. Una gran pantalla proyecta fotos de los novios en los lugares más significativos del planeta. Desde la terraza del Empire State hasta la ópera de Sidney, pasando por un paseo en barca por la Albufera y la Ciudad de las Ciencias. Es un catálogo cuyo significado es una demostración de riqueza, de poder. Casimiro no deja de pensar que la exhibición es excesiva para alguien que regenta tan solo tres restaurantes chinos en una ciudad como Valencia. Sabe que hay algo que no encaja, y sospecha que la mayoría de asistentes también lo saben.

Casimiro escucha una voz por los altavoces. Es un locutor que parece dar la bienvenida a los asistentes, animar la velada y, a juzgar por las risas que se escuchan de vez en cuando, realizar algún comentario jocoso. Conchita mira en todas direcciones, tal y como le ha pedido Casimiro, para ver si puede identificar al señor

Fang, pero de momento no lo ve. Tal vez, dice Casimiro, sea mejor dejar que sea él quien los encuentre a ellos. Buscan una mesa en un rincón algo apartado del jolgorio principal y se sientan. Al cabo de unos minutos escuchan una voz a su lado.

—¿Desean tomar algo?

Casimiro se sobresalta.

—¿Quién es? —pregunta a Conchita en voz baja.

—Es el camarero, no se preocupe.

El joven es el único occidental entre el resto de camareros, todos chinos.

—Yo me tomaría un martini —es lo más distinguido que se le ocurre a Conchita.

—Para mí un vermut, si puede ser.

—Claro —responde servicial el joven—, enseguida se lo traigo.

El murmullo de la boda crece. El local se llena poco a poco de gente que parece pasarlo bien. La suave música del pianista ha dejado paso a canciones más modernas que ahora suenan por los altavoces. De pronto la música se detiene y el murmullo crece con exclamaciones de asombro. Como atendiendo a una señal invisible el ruido cesa y todos callan expectantes.

—¿Qué pasa? —Quiere saber Casimiro.

—No sé, no veo nada. Se han callado todos de repente. Voy a subirme a la silla.

—¡Conchita, por Dios, ni se le ocurra subirse a una silla!

—Vale, vale. No me se ponga nervioso. Pero no veo ni torta, oiga.

Suena una especie de marcha nupcial y los asistentes murmuran con admiración. Conchita consigue hacerse un hueco entre los invitados y puede atisbar la llegada de la pareja de novios. Ella viste de novia occidental, un vestido con encajes blancos y una cola larguísima. Conchita no ha visto una cosa más bonita en su vida. El novio, por su parte, lleva un traje tradicional chino, de seda roja con delicados bordados dorados de flores. Los asistentes rompen en aplausos y los novios saludan sonrientes. Un ejército de camareros comienza a distribuir bandejas por las mesas. Ostras, gambas, jamón, fresas, uvas, canapés; todo preparado con pequeños adornos florales muy delicados.

Conchita regresa a su asiento junto a Casimiro y le relata con

entusiasmo la entrada de los novios. Junto a sus bebidas han llegado bandejas cargadas de manjares. Conchita coge la mano de Casimiro y la acerca a la copa de vermut. Casimiro se lo agradece, las copas son un problema para un invidente, inestables y fáciles de derramar de un golpe. Sorbe un trago y lo saborea. Conchita casi se atraganta con su martini cuando distingue entre los comensales al abogado Jian, el que se reunió con Casimiro en la catedral.

La música regresa con fuerza y los invitados pasan uno a uno a saludar a los novios, se hacen fotos con ellos y les rinden pleitesía. El ambiente se torna festivo, el locutor anima ahora con entusiasmo y todo el mundo parece estar disfrutando. De vez en cuando alguien repara en esos dos extraños sentados a una mesa. Conchita empieza a ponerse nerviosa. Parece que nada sucede, pero Casimiro sabe que algo va a ocurrir. Y no tarda en comprobar que está en lo cierto. De entre los comensales, un viejo al que Conchita no ha visto nunca, camina del brazo de un chino enorme. Algo en ese hombre la estremece, aunque no sabe decir por qué. El anciano se sienta en una de las sillas junto a Casimiro mientras el otro, el que parece y es un guardaespaldas, se deja caer junto a Conchita.

—Hola, Casimiro —saluda el viejo.

—Hola, señor Fang. Le esperaba.

—Usted debe ser Conchita, ¿me equivoco?

—No se equivoca —contesta Casimiro.

—Es muy poco respetuoso por su parte presentarse así en la boda de mi hija.

—Lamento que lo tome como una falta de respeto —se disculpa Casimiro—. No era mi intención. Pero imaginé que estaríamos más seguros en un acto como este.

—Esto probablemente haya sido el peor error de su vida. Pero supongo que eso ya lo sabe.

—¿Qué ha hecho con nuestro amigo Julius, señor Fang?

—No sé de qué me habla, Casimiro. Debo pedirles que se marchen inmediatamente. Me temo que no han sido invitados a esta celebración, y se lo estoy pidiendo con amabilidad.

—Señor Fang. Usted sabe por qué estamos aquí. También sabe que no nos iremos sin obtener algunas respuestas y llegar a un acuerdo.

El señor Fang se frota las sienes. Su rostro se tensa antes de

hablar.

—Mire, usted no está en condiciones de obtener nada, y mucho menos un acuerdo. Recuerde que se lo he pedido por la buenas.

—Lo que le han hecho a ese niño, señor Fang. Secuestrarlo y abusar de él. ¿Cómo pueden hacer eso y dormir por las noches?

—Casimiro, es usted un estúpido. No sabe de lo que habla. Esa mujer, Li, vendió a su hijo para poder seguir jugando. Ha sido usted manipulado y engañado; ni siquiera es capaz de entender el mundo en el que vive. Y se va ir de él sin entenderlo.

El señor Fang chasquea los dedos y señala la puerta con un dedo. Su guardaespaldas habla por un intercomunicador y a los pocos segundos dos hombres corpulentos se acercan a la mesa.

Conchita, que ha asistido a la conversación petrificada, lanza un grito corto y agudo que se eleva por encima de la música de los altavoces. Algunos invitados se giran hacia la mesa.

—¿Está usted seguro de que a su hija le gustaría que montáramos una escena el día más importante de su vida? —pregunta Casimiro—. Yo creo que no.

El señor Fang parece dudar. Uno de los hombres se agacha y le susurra algo al oído. El señor Fang asiente con calma.

—Bien. Como quiera. Pero tenga en cuenta una cosa. El banquete terminará, los invitados se irán marchando poco a poco, este salón se quedará vacío. Y cuando eso ocurra, ninguno de los dos saldrá de aquí con vida. Que disfruten del banquete.

El señor Fang se levanta, su guardaespaldas hace lo mismo y los dos hombres que se habían acercado a la mesa ocupan sus asientos. Conchita y Casimiro no saben qué hacer. Quizás hayan medido mal sus fuerzas. Ella se inclina y le habla a Casimiro al oído en un susurro.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé, Conchita, no había previsto esto.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Usted se cree lo que ha dicho de Li? ¿Que vendió a su hijo?

—Déjeme pensar. Hay que salir antes de que se termine el banquete o estamos perdidos. No se levante de la mesa hasta que yo se lo diga, por nada del mundo.

—Pues estamos buenos. Yo me estoy meando, Casimiro. No creo que pueda aguantar mucho más si no voy al servicio.

—La virgen, Conchita, es usted de lo más inoportuna. ¡Aguante!

—Que no puedo, Casimiro, de verdad. Que si no voy me meo encima. Cuando me pongo nerviosa me entran todavía más ganas.

Conchita taconea nerviosa mientras trata de controlar su vejiga. Cierra los ojos y aprieta los labios con fuerza.

En esas están cuando varias mujeres gritan. Se produce un silencio en el salón y los invitados se hacen a un lado asustados. Un rumor de pánico se extiende por el local como una serpiente. La música cesa y algunas personas se agachan tras las mesas. Conchita no puede creer lo que ven sus ojos. Julius, ensangrentado, con la cara hinchada por los golpes, se tambalea en el centro del salón. Apenas se tiene en pie. Sus ojos son una rendija sanguinolenta y su boca es un amasijo de carne reventada. Se gira con dificultad en círculos apuntando con una pistola.

—¿Ahora qué? ¿Dónde estáis, malnacidos? —grita Julius—. ¿Creíais que podíais acabar con Julius? ¡Vais a pagar todos juntos por esto!

Los matones en la mesa de Conchita sacan sendas pistolas y apuntan a Julius. Nadie sabe muy bien qué hacer. Nadie excepto el camarero español, que saca un arma y efectúa dos disparos al aire a la vez que grita que nadie se mueva. Algunos de los comensales se arrojan al suelo, otros se quedan paralizados y se escuchan algunos gritos de histeria. La novia ha comenzado a llorar en brazos de su amado. Y entre tanto desconcierto se escucha con claridad la voz del señor Fang que grita:

—¡Matadlos!

El camarero se arroja sobre Julius, tumba una de las mesas y se parapeta tras ella. Se escuchan varios disparos y las ventanas y puertas del local estallan en mil pedazos. Conchita coge a Casimiro y lo arroja bajo la mesa. Levanta un poco el mantel y trata de ver lo que está pasando. Un grupo especial de operaciones de la policía entra en el local mientras uno de ellos grita que no se mueva nadie. Más disparos. La locura se extiende por el restaurante, gritos, carreras, mesas que se vuelcan, cristales rotos. Uno de los chinos cae herido junto a Conchita que grita asustada. Casimiro no puede hacer nada. Es el caos en medio de la oscuridad. Es la oscuridad en medio del caos. Uno de los chinos levanta el mantel de la mesa bajo la que se esconde Casimiro y lo apunta con la pistola para cumplir

la orden del señor Fang. Pero la bala que le atraviesa la frente detiene la orden en su cerebro. Conchita ve al camarero español todavía con la rodilla en el suelo apuntando a la cabeza del chino que acaba de reventar.

Poco a poco los disparos cesan y la policía se hace con el control del local. Se escuchan sirenas y las luces intermitentes de las ambulancias tiñen de naranja el techo del salón a través de las ventanas. Los invitados son obligados a ponerse de rodillas con las manos en la cabeza. Conchita y Casimiro se atreven a salir de debajo de la mesa y permanecen de pie, asustados y sin comprender lo que acaba de suceder. Julius ha sido trasladado urgentemente en una de las ambulancias. El camarero español, que se identifica como agente de policía, les aconseja que se sienten y no se muevan hasta que los invitados sean identificados y llevados a comisaría. Asisten así a un desfile de detenidos de gala. Son trasladados en varios autobuses custodiados por agentes del orden. El local se queda en silencio. Casimiro sabe que no todos los silencios suenan igual, y este es un silencio que habla de lo cerca que han estado de no contarlo.

41

Julius está tumbado en la cama del hospital. Pese al aspecto amoratado de su cara Conchita y Casimiro lo miran aliviados. Acercan dos sillas y se sientan a su lado.

—Julius —susurra Casimiro—, ¿puede oírnos? Soy yo, Casimiro.

Julius abre ligeramente sus ojos hinchados.

—Querido Casimiro, su voz es música celestial para mis oídos.

—¿Cómo se encuentra?

—Vivo, que ya es decir.

—Nos ha dado usted un susto de muerte —dice Conchita—, pensábamos que no lo había contado.

—Hola, querida Conchita. También yo pensé que no lo contaba. Supongo que me dejaron con vida para negociar con ustedes.

—No tiene usted muy buen aspecto, la verdad.

—Ya puede decirlo, amiga. Me duelen hasta las uñas de los pies, si es que me queda alguna.

—¿Qué pasó, Julius?

—No sabría decirle, amigo. Creo que en algún momento perdí el conocimiento y me debieron dar por muerto. Al despertar tenía a un chino al lado, de espaldas y con una pistola sobresaliendo del pantalón. Por suerte pude arrebatársela y obligarlo a desatarme los pies. Luego lo até a él y me dijo dónde podía encontrar al sarraceno que había ordenado la paliza. Tuve que pegarle un pequeño tiro en la rodilla, pero después de eso se prestó a colaborar. Curiosamente me tenían encerrado en una nave a pocos metros del local en el que celebraban esa boda. La verdad es que no recuerdo muy bien qué pasó allí dentro. Solo sé que un camarero muy amable y armado me salvó la vida.

—No era un camarero —aclara Casimiro—, era un policía camuflado. También nos salvó a nosotros.

Julius cierra los ojos y parece quedarse dormido. Conchita toca el brazo de Casimiro y le susurra al oído.

—Será mejor que lo dejemos descansar, Casimiro. El médico ha dicho que no lo mareemos mucho. Creo que se ha quedado dormido.

42

Conchita está en la habitación del convento con Li y Xin. El pequeño tiene unos auriculares puestos y juega con un teléfono móvil, aparentemente ajeno a todo lo que ha ocurrido. Li se sienta en el borde de la cama, la espalda recta, la cabeza gacha, incapaz de mirar a la cara a Conchita. Se frota las manos. Una maleta vieja, una mochila infantil y unas pocas bolsas con sus pertenencias descansan en el suelo junto a la cama. Conchita no sabe muy bien qué decir. Hay una pregunta que le ronda la cabeza, pero la respuesta le asusta tanto que no es capaz de formularla.

—Li —dice al fin—, quiero que cojas esto.

Le tiende un sobre.

Li no dice nada. Abre el sobre con cuidado, se queda mirando su contenido y las lágrimas resbalan por sus mejillas. Conchita mira a Xin, que no parece advertir el llanto de su madre.

En el interior del sobre hay un pasaporte, algo de dinero y un solo billete de avión. Li levanta la cabeza y pese a la vergüenza que siente, en su mirada hay una súplica, un ruego. Cuando Conchita niega con la cabeza también hay lágrimas en sus ojos. Le gustaría que el final fuera otro, pero no puede ser. No debe ser.

43

De camino a casa de Casimiro, Conchita tiene miedo de no haber tomado la decisión correcta. Pero más que una decisión ha sido un acto instintivo, un impulso que le ha salido de muy adentro. Ni siquiera se ha parado a pensar en las consecuencias.

Abre la puerta nerviosa y escucha a Casimiro en el salón. La señorita Pérez sale a recibirla meneando el rabo.

—¿Eres tú, Conchita?

Conchita se acerca a Casimiro. Le tiembla la voz.

—Sí, Casimiro, soy yo. Hay algo que tengo que decirle.

—No hace falta que digas nada, Conchita. Puedes instalar a Xin en la habitación de invitados. Ya nos apañaremos como podamos. El chico es listo. A mí no me vendrá mal algo de ayuda y a él, bueno, solo Dios sabe lo que será bueno para él a partir de ahora.

Las lágrimas vuelven al rostro de Conchita. No sabe cómo ha sabido Casimiro que no dejaría que Li se llevara a su hijo. Este hombre no deja nunca de sorprenderla. Quizás se lo deban a Benancio, a Julius, a ellos mismos. Después de todo lo que ha pasado, de toda la locura, de los sinsentidos, de la maldad que han visto, la crueldad y la mezquindad que puede albergar el ser humano, esto era lo único sensato que podían hacer. Tal vez era el único final posible.

Mi más sincera gratitud a Lola, Elvira y Javier, quienes leyeron el manuscrito y me hicieron saber su opinión. Si no os hice caso en todo no es porque no tuvierais razón, es porque soy muy vago. Gracias también a Fernando por su fabulosa portada y a Luis por las estupendas fotos.

A Vik y a Ignasi, porque me alegran la vida con sus gilipolleces, siempre dispuestos a tocarme los huevos y a sacar lo mejor de mí.

A Carlos, Mercedes y todo el equipo de la editorial Amarante, gracias por arriesgaros con una comedia y hacer las cosas con tanta ilusión.

Y a Lolita, mi científica favorita, capaz de mantener la calma incluso en la peor de las tormentas.



SALVA ALEMANY (València, 1968). Estudió Derecho, carrera que abandonó a tiempo para dedicarse a la música. Montó un sello discográfico y un estudio de grabación musical en el que produjo y grabó a un buen número de bandas. Tocó en diversos grupos de *rock* y también hizo crítica musical. Con fuerzas para fracasar de nuevo, se hizo funcionario del Ayuntamiento de València, profesión que abandonó durante algunos años para viajar y dedicarse a cosas tan variopintas como diseñar webs, hacer de ayudante de dirección teatral o técnico de sonido y luces. De regreso en el Ayuntamiento comenzó su carrera literaria.

Su primera novela *La suerte no existe* resultó finalista del II certámen de creación literaria Bubok. Con su segunda novela *Éire* fue finalista del Premio La Trama (ediciones B). Su tercera novela *Alacrán* (Ed. Amarante) cosechó excelentes críticas. Acaba de publicar *Una mirada perdida* (Ed. Amarante), una comedia negra ambientada en València.

En la actualidad Salva Alemany dirige el primer Club de Lectura de Novela Negra de las Bibliotecas Municipales de València. Escribe reseñas literarias para publicaciones como *Revista Calibre. 38 o Moon Magazine*. Colabora semanalmente con el programa de Valencia Radio *Abierto al Mediodía* que dirige el escritor y periodista Ramón Palomar.

Practica alpinismo, submarinismo, tenis, boxeo, esquí, toca la guitarra y viaja sin descanso.